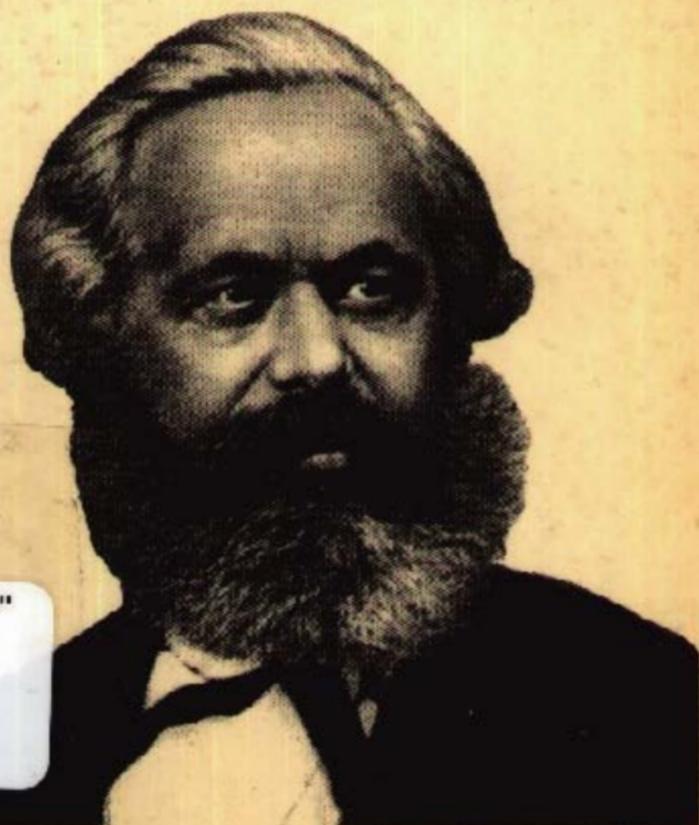


DESARROLLO

Maurice Dobb

# MARX

## COMO ECONOMISTA



S SILVA HERZOG"  
5 D62



HB935  
D62



EDITORIAL NUESTRO TIEMPO

MAURICE DOBB

MARX COMO  
ECONOMISTA

y

Sobre la Contribución a la Crítica  
de la Economía Política

Traducción

FRANCISCA LAZO

Apéndice

MARX, ENGELS Y LENIN  
sobre el método de la Economía Política



E D I T O R I A L  
NUESTRO TIEMPO, S. A.

Colección: DESARROLLO

Primera edición: 1977

Derechos reservados conforme a la ley

© EDITORIAL NUESTRO TIEMPO, S. A.

Avenida Copilco 300

Locales 6 y 7

México 20, D. F.

Impreso y hecho en México

*Printed and made in Mexico*





## MARX COMO ECONOMISTA

*Maurice DOBB*

En 1842 Marx había salido de su período universitario para iniciar una breve carrera de periodismo político como director del recién formado órgano de pensamiento radical en Alemania Occidental llamado *Rheinische Zeitung*. Ya para entonces había adoptado una postura intelectual que, a los pocos años, habría de expresar de esta forma: “crítica despiadada de todo lo que existe, despiadada en el sentido de que tal crítica no eludirá ni sus propias conclusiones ni el conflicto con los poderes establecidos.” Marx había sido enviado por su padre, primero en 1835 por un año, a la Universidad de Bonn, y después a la Universidad de Berlín, con la intención primordial de estudiar derecho. Pero muy pronto desvió su interés hacia la historia, y seguidamente a la filosofía, sin duda impulsado a ello por el afán de encontrar una filosofía del derecho y una filosofía de la historia; y fue principalmente hacia la filosofía adonde la pasión de sus años universitarios había de encauzarse. A los pocos meses de haber llegado a Berlín, se había convertido en miembro activo de un club de “jóvenes hegelianos» (o «hegelianos de izquierda», como se les llamaba a veces); y al doctorarse en 1841, en la Uni-

versidad de Jena, lo hizo con base en una tesis sobre filosofía (un ensayo sobre la filosofía de Demócrito y Epicuro).

En esta época la “crítica despiadada” se mantenía todavía dentro de los confines de las ideas abstractas. Mas su breve período en la dirección de *Rheinische Zeitung* lo había de poner en contacto con cuestiones económicas y sociales. Su periódico, por ejemplo, tuvo ocasión de tratar la cuestión de las condiciones de vida de los campesinos del Mosela; y cuando, en una oportunidad, un periódico rival acusó a Marx de coquetear con el comunismo, comenzó a familiarizarse con los escritos socialistas contemporáneos. Ya para cuando abandonó Alemania para dirigirse a París en 1843, hubo de complementar la antes citada frase sobre la crítica con la afirmación de que la tarea de la filosofía crítica era la de proporcionar a la sociedad la conciencia de sí misma de la que previamente había carecido —de “enseñarle por qué lucha”— y que la crítica debe comenzar por “tomar parte en la política, o sea en luchas verdaderas.” Esta afirmación resumía una actitud muy poco común entre los pensadores de aquel entonces: una actitud que, conforme fue madurado, había de hacer que su camino se apartara cada vez más del de la mayoría de sus amigos de los años universitarios. Su estancia en París, hacia 1845, lo puso en contacto no sólo con las ideas de los socialistas franceses sino también con los escritos de los economistas ingleses. Fue aquí donde hizo su primer estudio serio de las obras de Adam Smith y Ricardo, de McCulloch y James Mill y del economista francés Jean Baptiste Say. En 1846 visitó por primera vez Inglaterra, dirigiéndose allí desde Bruselas en compañía de Engels, y su primer contacto con el movimiento laboral inglés fue al través de los artistas y los primitivos «tradeunionistas». En el invierno de 1847 viajó una vez más a Londres, en esta ocasión para asistir a una reunión de una entidad conocida como los Demócratas Fraternal, y para estar presente en el segundo Congreso de la recién formada Liga Comunista. Finalmente, en 1849, luego de ser sucesivamente

expulsado de Alemania y de París por sus actividades durante el año revolucionario de 1848, se trasladó a Londres, en donde residiría en adelante. Procedente del continente europeo, donde la revolución democrático-burguesa sólo se había realizado en forma parcial, se encontró en el país en el que el capitalismo surgió primeramente, apareciendo en su forma clásica: un país donde (como no tardó en darse cuenta) el movimiento popular había llegado a una etapa de desarrollo histórico completamente nueva, y en que el dilema era (como más tarde escribiría) “no de la república *versus* la monarquía, sino de la dominación de la clase trabajadora o de la burguesía.” A partir de este momento, el centro de su interés se había encauzado hacia la crítica de la sociedad capitalista misma, hacia un análisis crítico de las raíces sociales y económicas de la sociedad contemporánea, como clave de la comprensión de “la ley del movimiento” de esa sociedad y de cómo el hombre podía cambiarla. “Los filósofos se han limitado a *interpretar* de diversos modos el mundo; de lo que se trata es de *transformarlo*.”

Durante el resto de su vida, Marx dedicó casi todo aquel tiempo que no ocupaba en trabajos políticos a la tarea de la crítica económica. Esto implicaba un amplio estudio tanto de la sociedad capitalista en sí, como de las ideas que los economistas habían sostenido acerca de ella. Durante toda la década de 1850, se pasaba gran parte de cada día en la Sala de Lectura del Museo Británico, explorando “las malditas ramificaciones de la Economía Política.” Aquí solía trabajar desde las 9 hasta las 7, regresando a su alojamiento de Soho (o, más tarde, a Grafton Terrace o Maitlan Park Road, cerca de Chalk Farm) a leer y escribir hasta las altas horas de la madrugada, fumando desenfrenadamente (principalmente puros corrientes) mientras trabajaba; largos ratos de concentración, interrumpidos sólo por una que otra partida de ajedrez con algún visitante, por la lectura de Esquilo en griego, o las lecturas en familia de Shakespeare o Goethe. En el Museo

Británico consultaba las obras históricas, los informes del gobierno [*government blue books*] y oscuros folletos sobre economía; todo ello era materia prima para sus reflexiones. De hecho, Marx tenía amplísimos conocimientos de todo lo publicado en materia de pensamiento y discusión sobre economía; como ejemplo de su minuciosidad está el hecho de que, cuando estaba redactando sus capítulos sobre la maquinaria, asistió a un curso práctico de tecnología en el Instituto Geológico de Jermyn St. (aunque, como escribía a Engels, “el problema técnico más simple que requiere de la percepción me resulta más difícil que a los más torpes.”) Al mismo tiempo asistía a cursos de economía política para trabajadores (en su mayoría refugiados del continente), poniendo en sus explicaciones, como nos dice Liebknecht, el más esmerado cuidado.

En 1859 se publicó su ensayo introductorio intitulado *Contribución a la crítica de la economía política*. Para 1865 terminó el manuscrito del primer tomo de su gran obra sobre teoría económica: el tomo que se publicó en alemán dos años más tarde con el título de *Das Kapital: Der Produktionsprozess des Kapitals*. Sin embargo, su trabajo sobre los dos tomos subsiguientes habría de interrumpirse y aplazarse, primero por haber reanudado la actividad política y más tarde por enfermedad. En 1864 tuvo lugar en Londres la reunión inaugural de la Primera Internacional, y Marx habría de convertirse en secretario de su muy importante sección alemana. Alrededor de 1870, se vinculó estrechamente con la lucha interna de la Internacional entre el Consejo General y los anarquistas encabezados por Bakunin; y en 1871 escribió en nombre del Consejo General su famoso folleto en defensa de la Comuna de París, *La guerra civil en Francia*, un documento que lo convirtió (según sus propias palabras) en “el hombre mejor calumniado de Londres.” Al final de la década de los setenta una salud quebrantada, que se había agravado sin duda debido a las luchas y la miseria de los primeros años, lo obligó a tomar largos períodos de descanso de su

trabajo, y siguiendo las recomendaciones de los médicos, a visitar sucesivamente Harrogate y Malvern, las Islas del Canal, Karlsbad, Argel, Ginebra y el Sur de Francia. El Tomo I salió en una segunda edición alemana a los cinco años de su publicación original. En 1875 apareció en Francia una traducción autorizada; y especialmente en Rusia su obra ganó rápidamente un amplio reconocimiento. Mas el material para los tomos segundo y tercero no había de completarse durante su vida; al morir, en 1883, estos tomos permanecían en borradores inconclusos y apuntes sueltos, que Engels habría de organizar fielmente en un todo y publicar más adelante, el Tomo II en 1885 y el Tomo III en 1894. De hecho, el Tomo III había sido esbozado en su mayor parte con anterioridad al material que habría de constituir el Tomo II. Fue el producto de sus años de mayor vigor, a mediados de la década de los sesenta. Lo más inacabado de todo fue la tercera y última parte del Tomo II, que contiene mucho de lo que es de gran interés técnico para los economistas sobre la inversión del capital. Esta sección fue compuesta en su mayor parte durante sus años de salud menguante de finales de los setenta; y producto de repetidas revisiones y reconstrucciones, constituyó (en palabras de Engels) "sólo un tratamiento preliminar de la materia, 'fragmentaria' e 'incompleta' en varios pasajes": "en las conclusiones de los capítulos se encontraban sólo algunas frases incoherentes como piedras miliars de deducciones incompletas." También debió haber habido un cuarto tomo que se ocupara de la historia del pensamiento económico. Pero el mismo Engels no vivió para concluir la revisión de los apuntes de Marx sobre este tema. Estos fueron reunidos más tarde por Karl Kautsky en Alemania bajo el título de *Theorien über den Mehrwert* (Historia crítica de las teorías de la plusvalía) en 1905. Ha sido publicada en traducción francesa en ocho partes separadas, pero hasta la fecha aún no existe traducción al inglés. El Instituto Marx-Engels de Moscú tiene en su poder el manuscrito original con el que trabajó Kauts-

ky, y desde algunos años antes de la guerra proyectaba una edición definitiva de él. Pero al estallar el conflicto, aún no había aparecido. La traducción inglesa del primer tomo (que fue el trabajo conjunto de Edward Aveling, yerno de Marx, y de Samuel Moore) no apareció hasta 1887. Los tomos II y III aparecieron en edición norteamericana (en una traducción poco satisfactoria) en 1907<sup>1</sup> y 1909; y ésta sigue siendo la única edición de estos tomos al alcance del mundo de habla inglesa.

## II

Para su comprensión completa, la obra de Marx necesita apreciarse teniendo como fondo tanto su teoría general del desarrollo social, de la cual ésta fue una aplicación particular, como el pensamiento y discusión económicos contemporáneos. En contraste con la interpretación idealista de Hegel, Marx había desarrollado la apreciación de que la forma general de cualquier época histórica dada, la determinaba el modo de producción prevaleciente. Por «modo de producción» no se refería simplemente a la técnica (que incluía dentro de lo que él llamaba las «fuerzas productivas»), sino también a las «relaciones de producción»: las relaciones que los hombres establecían entre sí debido a las distintas posiciones que ocupaban en el proceso productivo. En la sociedad medieval la relación dominante había sido aquella entre los señores feudales y los siervos. En el mundo clásico había sido la de amo y esclavo, donde la relación de servidumbre entre ellos dependía del hecho de que la clase dominante no sólo poseía los instrumentos con los que se hacía el trabajo y el producto del trabajo, sino también al productor mismo

---

<sup>1</sup> La edición de 1907 del Tomo II apareció en Inglaterra publicada conjuntamente por *Swan Sonnenschein & Co.* de Londres y *Charles Kerr & Co.* de Chicago.

como esclavo personal. En la sociedad capitalista, los vínculos legales que ataban al productor a un amo o señor ya no existían. Al trabajador se le había emancipado, y ante la ley era libre y establecía una relación contractual con un patrón, la que se asemejaba en su forma a cualquier otro contrato mercantil. Esto es, que el trabajo para un solo amo ya no era obligatorio: al trabajador se le empleaba en virtud de un acto libre de venta de fuerza de trabajo en el mercado. Esto marcaba la diferencia esencial entre la relación social típica de la sociedad capitalista y aquellas que caracterizaban las formas anteriores de sociedades clasistas. A juzgar por las apariencias del mercado, parecía que las relaciones contractuales libres y equitativas habían sustituido a una relación de explotación y que se había logrado la libertad y la igualdad, por lo que la semejanza con las antiguas sociedades de clase no subsistía. La cuestión en que Marx, como economista, difería de otros economistas era su preocupación por las relaciones de producción que operaban *detrás* del mercado, y que substanciaban las relaciones contractuales que establecían los hombres en el acto de cambio. Lo que le interesaba explorar era el secreto del capitalismo como modo de producción; y de esta forma revelar el carácter específico de los conflictos dentro de este modo de producción que habrían de determinar su lugar en la historia, su crecimiento y movimiento, y la sociedad futura que estaba destinada a reemplazarlo. Al igual que otros economistas, la preocupaban los precios y los valores de cambio; pero sostenía que su explicación final sólo se podría encontrar en términos de las relaciones de clase subyacentes, ya que lo esencial del modo de producción capitalista era que, en este sistema, las relaciones de clase se ocultan tras los velos de la forma del valor.

Los economistas clásicos de la escuela de Adam Smith y Ricardo habían hecho una señalada contribución al desarrollo del pensamiento humano al reconocer que los asuntos económicos de los hombres eran regidos por leyes, tal y

como sucede en el reino de la naturaleza orgánica: es más, por leyes que operaban pese a la voluntad e intenciones de los individuos y aun desafiando sus propósitos. Esta era la significación de la «mano invisible», de la ley natural que operaba a espaldas de los productores, como planteaba Adam Smith. De esto se trataba en su famosa observación de que «no es de la benevolencia del carnicero, el cervicero o el panadero de la que podemos esperar nuestro sustento, sino de la consideración de ellos hacia sus propios intereses», y su referencia al individuo como «guiado por una mano invisible para promover un objeto que no formaba parte de su intención»; así como, años antes, la paradoja de Mandeville de «vicios privados, virtudes públicas». Debido a la competencia del mercado ocurrió que la conducta de todos aquellos que operaban en el mercado se conformaba a cierto patrón. Aunque cada individuo tenía como única mira favorecer sus propios intereses, éste era tan solo una unidad en medio de una multitud, y sus intenciones eran impotentes para controlar la situación en su totalidad, dando como resultado, a fin de cuentas, que las acciones de los individuos que conformaban el mercado eran tales que cumplían con los mandatos de una «ley natural»; para cumplir con objetivos que ningún individuo jamás había contemplado ni se había propuesto. A Marx le ha de haber impresionado la semejanza entre este tema central de los economistas y una doctrina central de la filosofía de la historia de Hegel (doctrina que constituía el elemento objetivo de esa filosofía): «de los actos de los hombres resulta algo bien distinto de lo que se proponen y de lo que conocen y de lo que encuentran el meollo de esta ley que regía las relaciones de cambio en la ley del valor. El valor normal de una mercancía no dependía del dictado de algún vendedor individual; no era producto de la casualidad o de la costumbre, ni tampoco dependía de la valoración que le daba el usuario, o sea, su utilidad. Las mercancías se intercambiaban (en el caso «normal» y

como una tendencia a largo plazo) en proporción a la cantidad de trabajo que requería su producción. Si temporalmente el precio de mercado de un objeto se elevara en relación con el trabajo necesario para producirlo (ya sea porque la demanda fuera intensa o la oferta anormalmente escasa), los productores se verían atraídos a su manufactura, y a fuerza de la competencia su valor de cambio, al correr del tiempo, bajaría; y lo contrario sucedería donde el precio de mercado fuere relativamente bajo en relación con el trabajo necesario para producirlo. El valor de cambio, en otras palabras, era la expresión en el mercado de la manera en que, bajo la ley de la competencia, el trabajo se repartía entre diversas ramas de la producción, y de la productividad de ese trabajo en cada caso. A medida que cambiara la productividad del trabajo —por ejemplo, al incrementarse por el perfeccionamiento técnico o la mayor división del trabajo— de esta manera se alteraría la cantidad de mercancías que rendía una jornada de trabajo, y por ende su valor.

Pero en la forma en que había sido enunciada por los economistas clásicos, esta doctrina no siempre estuvo exenta de ambigüedad. En el pensamiento de Ricardo queda expuesta con bastante claridad; pero en el de Adam Smith a veces es la *cantidad* de trabajo involucrado en producir un objeto, mientras que otras veces es el valor del trabajo que cuesta un objeto o de lo que puede obtenerse a cambio.\* Como resultado, varios economistas (por ejemplo, Malthus), al desarrollar esta segunda versión de la doc-

---

\* Ver Adam Smith, *An Inquiry into the Nature and Causes the Wealth of Nations*, Modern Library, New York 1937, C. V. Ricardo hace la observación de que Smith a veces habla "no de la cantidad de trabajo empleada en la producción de cualquier objeto, sino de la cantidad que puede ser demandada por ese objeto en el mercado; como si estas dos expresiones fuesen equivalentes, y puesto que el trabajo de un hombre resulta así de una eficiencia doble... y como si recibiese, a cambio de él, el doble de su cantidad original."

trina de Smith mantuvieron que el valor de una mercancía dependía del monto del *salario* desembolsado en el curso de su producción (de lo cual se seguía que si subían los salarios, el valor de las mercancías también subía, y *vice-versa*). Una vez más, se dio la tendencia a interpretar “cantidad de trabajo” no en un sentido objetivo como el gasto de un *quantum* definido del trabajo de la sociedad, sino en un sentido subjetivo y psicológico como el «sacrificio» o «desutilidad» que sufrían los individuos en el curso de la producción (Adam Smith asimismo se había referido de una manera algo vaga al “trabajo y la pena”). De aquí fue fácil la transición al modo de ver posterior de Nassau Senior de que la «abstinencia» sufrida por un capitalista era un costo de producción, a la par que el trabajo, y que no sólo el trabajo, sino el trabajo *más* la abstinencia determinaban el valor.

Además, una vez enunciada su ley del valor como algo que rige el cambio, los economistas no se habían ocupado más del asunto. En particular, no habían explicado cómo y por qué sucedía que, mientras el valor lo determinaba la cantidad de trabajo incorporado, una parte del valor producido debía acreditársele al capitalista, quien no aportaba valor alguno en el proceso productivo. Aunque Ricardo había afirmado que “el problema principal de la Economía Política” era la distribución (“las leyes que determinan la división del producto de la industria entre las clases que concurren en su formación”), y aunque había demostrado claramente que la renta de la tierra era un excedente, que no tenía relación alguna con ninguna aportación productiva por parte del terrateniente, y había representado la ganancia de los capitalistas simplemente como al diferencia entre el valor del producto y los salarios que se les pagaba a los trabajadores que creaban ese producto, no había dicho nada adicional acerca del carácter y origen de la ganancia. En este problema cualitativo fundamental guardó silencio. Sin embargo, sin darle una respuesta no se podía obtener una solución satisfactoria ni

siquiera al problema cuantitativo de cómo se determinaba el monto de la ganancia. Más aún, los sucesores de Ricardo —los «economistas vulgares», como los llamó Marx— cada vez más se dirigían hacia una justificación de la ganancia considerada como la recompensa por alguna actividad productiva, y cada vez más le atribuían a la «mano invisible» de la ley natural que regía el mercado un carácter benéfico, como algo que convertía el caos en armonía y daba lugar a que el egoísmo individual inconscientemente fomentara el bien común. Esto fue la mal afamada glorificación del *laissez-faire*, que todavía, aún en la época monopolista de hoy, presta herrumbroso servicio para defender a la empresa privada contra cualquier limitación o agresión.

### III

A partir de este punto, en donde se quedaron los economistas clásicos, Marx inició su análisis de la producción capitalista. En primer lugar, aceptó la teoría del valor-trabajo y la enunció sin ambigüedades. Todas las mercancías (o sea, los objetos que se producen para un mercado) tenían la doble propiedad de ser objetos útiles (servían para alguna necesidad humana) y de ser el producto de una actividad humana. Pero, mientras lo primero era condición necesaria para que un objeto tuviera valor, el valor como una relación social entre los productores de mercancías dependía de la cantidad de “trabajo humano socialmente necesario” que suponía la producción del objeto en cuestión (por término medio y en condiciones «normales»). Lo que parecía ser una relación entre *objetos* en el mercado era sencillamente la expresión de un hecho de su producción, o sea, la relación entre seres humanos en el curso de la producción. “Una relación social definida entre hombres”, dijo Marx, “asume ante sus ojos (esto es, los

de los economistas vulgares) la forma fantástica de una relación entre objetos”.

Para Marx, el problema fundamental era éste: ¿cómo, entonces, si todas las cosas se cambian en proporción al trabajo que está incorporado en ellas y todo cambio es de equivalentes contra equivalentes, sucede que una clase aparentemente recibe algo a cambio de nada, esto es, adquiere parte del valor producido como ganancia para ella sin aportar ningún trabajo (o su equivalente) a cambio? Para Marx resultaba bastante claro que el capitalismo tenía esta semejanza con formas sociales anteriores: que la clase dominante vivía explotando a la clase trabajadora, o apropiándose del excedente de trabajo generado por los trabajadores, en el mismo sentido en que ésto sucedía en una sociedad feudal o de esclavitud. Si ésto era así, ¿cómo hacerlo congruente con la “libertad” del trabajador en la sociedad moderna, con el hecho de que la relación entre él y su patrón tomase la forma de un contrato en un mercado de libre competencia? El enigma no se había de esclarecer de la manera en que algunos de sus predecesores habían intentado hacerlo (por ejemplo, Sismondi y Thompson y Bray), por el hecho de que el capitalista, haciendo trampas o valiéndose de fuerza mayor, compraba algo a un precio *menor* que su valor o vendía alguna cosa por *más* de su valor. Tales explicaciones se prestaban a una respuesta fácil por parte de los economistas ortodoxos: esto es, que si ocurría tal explotación, ya sea de la gente trabajadora o de los consumidores, tal cosa se debía sólo a un funcionamiento defectuoso de la competencia (de otra forma la presión del mercado aseguraría que las cosas se cambiaran por sus valores), y el remedio que exigía semejante situación era una competencia más perfecta, que era precisamente lo que propugnaban los librecambistas burgueses. En algún lugar dice Marx: “La plusvalía tiene que explicarse bajo el supuesto de que las mercancías se cambian por sus valores; de otra forma no se puede explicar en lo absoluto.”

La respuesta que dio Marx es bastante sencilla una vez

que ha sido expuesta: tan sencilla que nos parece sorprendente que se haya derramado tanta tinta para refutarla y propugnar explicaciones alternativas en términos de los “servicios” prestados por el capitalista en la forma de la “abstinencia” que sufre al ahorrar su dinero, o en términos de la “productividad específica” del capital. La respuesta equivalía a una explicación en términos de las circunstancias históricas dentro de las cuales había surgido el capitalismo: las condiciones sociales o relaciones productivas subyacentes al cambio. La producción capitalista implicaba a una misma vez tanto una concentración de la propiedad en manos de un sector de la sociedad como la desposesión del sector mayoritario. Esta última clase, divorciada de los medios de producción y careciendo de medios de vida alternativos, se veía obligada por la situación en que se encontraba a venderse a un amo, a un amo que poseía propiedades y los medios de producción al través de los cuales los trabajadores podían tener ocupación. En otras palabras, la fuerza de trabajo, o sea, la actividad de trabajo o energía física de un ser humano durante un determinado período de tiempo, en sí misma se convertía en mercancía, para su oferta en el mercado y para ser objeto de compra-venta como cualquier mercancía, digamos trigo o hierro o tela. Como cualquier otra mercancía, su valor lo determinaba el tiempo de trabajo necesario para su producción en condiciones normales.

¿Qué era, entonces, esa fuerza de trabajo y en qué sentido se podía hablar de su producción? La fuerza de trabajo, dijo Marx, es esencialmente “la energía transferida, por medio de la materia nutritiva, a un organismo humano”. Su producción y reproducción periódica, por tanto, consistía en introducir “materia nutritiva” dentro del organismo humano para reemplazar la energía que se gasta en el trabajo, en otras palabras, el sustento del trabajador. De ahí que el valor de la fuerza de trabajo de digamos una semana de duración lo regía el tiempo de trabajo necesario para producir el sustento de un trabajador durante

una semana. Pero bajo las condiciones de la industria moderna y división moderna del trabajo, la fuerza de trabajo tenía, como característica peculiar que la distinguía de cualquier otra mercancía, el hecho de que su consumo, o utilización, generaba un valor *mayor que su propio valor*. Dicho de otra manera, no era necesario gastar más que una parte de la jornada de trabajo de un trabajador para reponer el equivalente de su propio valor, es decir, para producir el equivalente en valor del sustento del trabajador por un día. Supongamos que este sustento representaba 4 horas de trabajo. A esto le llamó Marx "el tiempo de trabajo necesario", necesario en el sentido de que sin él la producción cesaría debido a que los trabajadores no repondrían las energías gastadas en el trabajo y con el tiempo morirían. Si la jornada de trabajo era de 8 horas, las 4 horas restantes representaban "tiempo de trabajo excedente" disponible para producir valor para el capitalista; y ya que el capitalista había comprado la fuerza de trabajo a un precio equivalente a 4 horas, y podía disponer del producto de 8 horas de trabajo, la ganancia que le aportaba la transacción, o sea, su «plusvalía», consistía en la diferencia entre estas dos cantidades. Bajo estas condiciones, la proporción del ingreso de los capitalistas sería de 4:4, o sea el 100%; una proporción que Marx llamó la «tasa de plusvalía»,\* o alternativamente, la «tasa de explotación». Esta tasa de explotación era un factor decisivo y fundamental, del que dependía la distribución del producto entre el trabajo y el capital. Dependía exclusivamente de dos factores: del costo (en tiempo de trabajo) requerido para producir lo que en las circunstancias de la época y el lugar

---

\* Esto es lo que Marx llamó la «tasa simple de plusvalía». Posteriormente, en el tomo II, se cuida de puntualizar que cuando se trata de la tasa de ganancia (la relación de la plusvalía, no respecto al capital destinado a salarios, sino al total del capital), es la «tasa anual de plusvalía» la que es pertinente aplicar, relacionándose esta última con la anterior según el número de veces que un capital variable dado es rotado en el curso de un año.

se consideraba el sustento necesario para un trabajador y su familia, y de la duración de una jornada de trabajo.

Las diversas formas en que se podía incrementar la plusvalía, o sea, el ingreso de la clase capitalista, eran susceptibles de clasificarse en dos categorías principales; y una parte considerable del Tomo I de *El Capital* está dedicada a tratar el asunto, con ejemplos históricos de estos métodos tomados de la primera mitad del siglo diecinueve. Por una parte, había lo que Marx llamó un aumento en la *plusvalía absoluta* por medio de un simple aumento en la duración de la jornada de trabajo, método que era muy común en la primera mitad del siglo diecinueve, antes de que la legislación fabril fijara un máximo a esta forma de explotación, por temor de que, a la larga, tuviera el efecto de debilitar y agotar las energías de los productores. Por otra parte, había lo que Marx llamó un aumento en la *plusvalía relativa*, en el que se incrementaba la plusvalía por medio de una disminución del "tiempo necesario de trabajo" como resultado de una baja en el valor del sustento de los trabajadores (y, por ende, en el valor de la fuerza de trabajo). Es esta una consecuencia que tiende a producirse debido a un aumento en la productividad del trabajo (por ejemplo, por medio de técnica perfeccionada), pero siempre y *solamente* cuando esta productividad incrementada se extiende a la producción de bienes que forman parte del sustento de los trabajadores. Impulsado por la presión de la competencia, cada capitalista se esfuerza por obtener una ganancia adicional, perfeccionando sus métodos de producción. Mas no bien se generaliza el perfeccionamiento entre sus congéneres cuando baja el valor de la mercancía y la "super ganancia" provisional lograda por el pionero desaparece. Si el perfeccionamiento, ya que se ha generalizado, va a beneficiar o no a la clase entera de capitalistas dependerá de en qué medida contribuya al incremento de la «plusvalía relativa». Marx escribe lo siguiente:

Para poder efectuar una baja en el valor de la fuerza de trabajo, el incremento de la productividad del trabajo debe localizarse en aquellas ramas de la industria cuyos productos determinan el valor de la fuerza de trabajo, y por lo tanto o pertenecen a la clase de medios de subsistencia acostumbrados o son capaces de proporcionar el lugar de esos medios [...]. Pero un incremento en la productividad del trabajo en esas ramas de la industria que no proporcionan ni las necesidades de la vida, ni los medios de producción de esas necesidades, deja el valor de la fuerza de trabajo como estaba [...]. Cada vez que un capitalista individual abarata las camisas, por ejemplo, al incrementar la productividad del trabajo, de ninguna manera es necesariamente su intención reducir el valor de la fuerza de trabajo y acortar, *por tanto*, el tiempo necesario de trabajo. Pero es solamente en la medida en que ulteriormente contribuya a este resultado que ayuda el capitalista a elevar la tasa general de la plusvalía.

Y asimismo:

El valor de las mercancías es en relación inversa a la productividad del trabajo [...]. La plusvalía relativa es, por el contrario, directamente proporcional a esta productividad. Sube con la productividad ascendente y baja con la productividad descendente [...]. De ahí que es inmanente en el capital una inclinación y una tendencia constante a aumentar la productividad del trabajo, para abaratar las mercancías y por medio de este abaratamiento abaratar al trabajador mismo.<sup>2</sup>

---

<sup>2</sup> *El Capital*, Tomo I, *International Publishers*, Nueva York, 1939, pp. 304-305, 308-309.

Desde luego, esta teoría se basaba en varios supuestos, algunos de los cuales Marx expone en una carta a Engels en 1858. Para que la tarea del análisis fuera manejable, había construido un “modelo” simplificado de la sociedad capitalista —de manera que pudiera “hacer caso omiso de todos los fenómenos que ocultan el movimiento de su mecanismo interno”.<sup>3</sup> Había tomado una sociedad capitalista “pura” como su modelo, en la que había por una parte simplemente capitalistas que desembolsaban su capital para emplear trabajadores y, por otra, trabajadores que ponían en venta su fuerza de trabajo. En esta etapa del análisis, daba por sentado que no existe el problema de la renta; que la tierra es lo que a veces se llama un «bien gratuito» (“renta de la tierra = cero”). Daba por hecho “que todas las mercancías, incluso la fuerza de trabajo, se compran y se venden a su valor completo.”<sup>4</sup> A estos supuestos explícitos podríamos quizá agregar que evidentemente daba por hecho en forma implícita una condición del mercado de trabajo tal que ejerciera una presión sobre los salarios de manera que tendiera a hacer descender éstos: dicho de otra forma, algo así como una tendencia crónica al excedente de trabajo, ya que abundan más los hombres que los empleos. La teoría de la reproducción de lo que él llamó «el ejército industrial de reserva» (“una ley de población peculiar al modo de producción capitalista”) ocupa lugar prominente en el Tomo I. Este reclutamiento periódico del ejército de reserva tenía lugar como resultado del reemplazo del «trabajo vivo» por el «trabajo materializado», o de hombres por máquinas, en la moderna producción maquinizada. “La población trabajadora produce, junto con la acumulación de capital producida por ella, los medios por los que ella misma se hace relativamente supérflua, se convierte en una sobrepoblación relativa; y ésto lo hace en un grado que siempre va en aumento”.<sup>5</sup> (Aunque

---

<sup>3</sup> *Ibid.*, p. 577.

<sup>4</sup> *Ibid.*, p. 302.

<sup>5</sup> *Ibid.*, p. 645.

escrita hace casi un siglo, tal afirmación tiene un tono francamente moderno.) Este proceso reemplazó al de «la acumulación primitiva» por medio del que habían sido reclutadas las filas del proletariado en los albores del capitalismo al través de la expropiación progresiva de pequeños productores, campesinos-granjeros y artesanos; y fue un proceso que operó con particular intensidad durante épocas en las que el precio de la fuerza de trabajo comenzaba a subir y, al hacerlo, amenazaba con una contracción de la plusvalía. Esto no quería decir que Marx aceptara una rígida “ley de bronce de los salarios”: por el contrario, tan fácil idea mecánica era ajena a su método y esta frase, así como la doctrina, pertenecía a Lassalle y no a Marx. En primer lugar, Marx se cuidaba de recalcar que el hábito y la costumbre influenciaban lo que en cualquier país o época convencionalmente se consideraba el sustento necesario, y que la acción sindicalista era capaz de elevar el trabajo por encima del nivel de subsistencia. de la misma manera que la acción concertada o monopolista por parte de los patrones era capaz de deprimir los salarios por debajo de ese nivel, por lo menos por períodos considerables de tiempo. Hizo ver que podía haber épocas de acumulación rápida de capital en las que el precio de la fuerza de trabajo manifestaba una tendencia ascendente. Pero puso de relieve que, debido a la continua tendencia a que se revolucionara la técnica y a que el capital tomara la forma de trabajo materializado, mientras “con el crecimiento del capital y su contribuyente variable, o sea el trabajo en él incorporado, también se incrementa”, lo hace “en proporción continuamente decreciente”.\* La cuestión importante era que cualquier “aumento de salarios queda confinado dentro de límites que no sólo dejan intactos los cimientos

---

\* Ver también: “En la medida en que el capitalismo se desarrolla, la demanda de trabajo disminuye relativamente, aunque aumente de una manera absoluta”. (*Theorien über den Mehrwert*, 1921, tomo 2, parte 3, p. 263).

del sistema capitalista, sino que también obtienen su reproducción en una escala progresiva".<sup>6</sup>

¿A qué, pues, equivalía esta explicación de las fuentes de los ingresos de los capitalistas, y en qué puntos esenciales difería de explicaciones rivales? Primeramente, como hemos visto, puso de relieve la naturaleza de la ganancia o plusvalía como categoría histórica, producto de un conjunto de condiciones históricas, de las cuales la primordial era la existencia de una clase desposeída. La interesaba a una clase perpetuar estas condiciones históricas a toda costa, y a la otra, destruirlas; de donde surgió entre ellas un antagonismo irreconciliable dentro de los confines de ese sistema. Fue ésta una afirmación cualitativa acerca del carácter contrastante de las dos clases de ingreso, esto es, los salarios y las ganancias: el uno, el rendimiento de una actividad humana productiva del equivalente a lo que tal actividad "costaba" o consumía; el otro, un pago de índole tan ajeno a una actividad productiva por parte del receptor como lo había sido el ingreso de un señor feudal o de un dueño de esclavos. Pero aunada a esto había una afirmación cuantitativa: esto es, que dada la magnitud de la fuerza de trabajo empleada, el total de la plusvalía, o sea el ingreso capitalista, dependía exclusivamente de la proporción de esa fuerza de trabajo que se necesitaba para producir el sustento de los trabajadores; o como Marx lo expresó de manera más gráfica, de la porción de la jornada de trabajo durante la cual (por término medio) el trabajador simplemente reproducía su propio valor (es decir, su propio salario). Esta era la proporción básica de explotación de la que esencialmente dependía la distribución de los ingresos entre las clases, y alrededor de la cual giraba la constelación de relaciones de cambio.

Además de los capítulos de análisis, en el Tomo I de la obra más conocida de Marx abunda el material histórico. Este va desde un examen de las distintas etapas de

---

<sup>6</sup> *Ibid.*, p. 634.

transición entre la artesanía y la maquinaria moderna hasta citas de informes de inspectores de fábricas sobre las condiciones deplorables del trabajo fabril; asimismo, desde las «libretas azules» contemporáneas hasta una explicación del proceso histórico, el proceso de la «acumulación primitiva» como resultado de la cual se formó un proletariado. En los inconclusos Tomos II y III, además del vasto y penetrante análisis, se encuentran también intercalados tanto ejemplos como perspicaces comentarios históricos. (Habría que referirse especialmente a algunas notas intituladas “Datos históricos acerca del capital mercantil” en el Tomo III y varios capítulos sobre los tipos de tenencia de la tierra y de rentas, en la transición que va de los servicios feudales del trabajo al capitalismo moderno). El Tomo II tiene como subtítulo “El proceso de la circulación del capital” y se ocupa, en primer término, de lo que Marx llama la rotación del capital, o sea, la influencia del tiempo que transcurre para que el capital que ha sido invertido en cualquier forma determinada emerja como producto final; en segundo lugar, se ocupa de las relaciones de equilibrio entre las distintas ramas de la industria bajo condiciones de “reproducción simple” y “reproducción ampliada” (inversión neta cero e inversión neta positiva). Difícilmente podría ponerse en duda que en estas secciones, que no han sido suficientemente atendidas, mucho de lo que más adelante escribieron los economistas sobre el capital y acerca de la inversión fue primeramente expuesto e incluso es superior.

El Tomo III, que tiene como subtítulo “La producción capitalista en su conjunto”, se acerca más al problema de precios particulares, y se ocupa en primer término de la tasa de ganancia sobre el capital, y subsiguientemente de la división del *genus* plusvalía en las subespecies de ganancia, interés y renta. Esto implica aproximarse más a los complejos detalles de la realidad y descartar algunos de los supuestos planteados con fines analíticos en el Tomo I. La preocupación del Tomo I se concentraba en la *tasa de*

la *plusvalía*, definida como la relación de la plusvalía con aquella parte del capital (llamado el capital variable) que se desembolsa para la compra de fuerza de trabajo. En el Tomo III se concentra en la *tasa de ganancia* que, por contraste, es la “tasa anual de la plusvalía” expresada como la relación con la existencia *total* de capital (el capital “variable” más el “constante”; o sea, el capital desembolsado para la compra de la fuerza de trabajo viva más el capital incorporado en las existencias de materia prima, maquinaria y equipo fijo). Se sigue que esta última pro-

porción  $\frac{p}{c + b}$  será menor que la primera  $\frac{p}{v}$ ; y que será

menor comparada con la primera mientras más *alta* sea la proporción entre el capital «constante» y el «variable» (lo que Marx llamó la “composición orgánica del capital”), o sea, mientras mayor sea la suma de valores incorporados en el trabajo acumulado comparado con el trabajo vivo puesto en movimiento durante cualquier período de tiempo determinado. Se sigue que conforme el progreso técnico tiende a sustituir el trabajo vivo por el trabajo materializado, bajará la tasa de ganancia que reditúa una tasa dada de plusvalía, esto es, bajará la tasa de ganancia *a menos que* la tasa de explotación del trabajo vivo pueda ser suficientemente incrementada. De este análisis se puede derivar otra consecuencia importante. La proporción del «capital constante» en relación al «variable» no es uniforme entre distintas industrias (como fue el supuesto tácito del Tomo I). En la agricultura o en la confección del vestido, la cantidad de maquinaria costosa y equipo fijo empleada por hombres (o mujeres) es mucho menor de la que se emplea en la siderurgia o en la química básica. Asimismo, el «período de rotación» del capital será diferente en casos diferentes. Una misma tasa de plusvalía en estos casos diferentes no redituaba una misma ganancia. Pero si la **tasa de ganancia fuera desigual, el capital emigraría de donde la tasa es baja a donde es alta, disminuyendo así la producción y elevado el precio en el primer**

caso e incrementado la producción y reduciendo el precio en el segundo. A causa de esta “competencia de capitales” —ese “comunismo inconsciente capitalista” que exige al capital que obtenga una tasa de ganancia (aproximadamente) igual— sucedió que las mercancías se cambian, no por sus “valores” sino por lo que Marx llamó sus «precios de producción».\* Este «precio de producción» en algunos casos era superior y en otros casos inferior al “valor” según fuera mayor o menor que el promedio de la «composición orgánica del capital» en la industria de que se trata.

Fue esta salvedad la que hizo que el crítico más importante de Marx (Böhm-Bawerk), en su ensayo polémico “La conclusión del sistema de Marx”, se refiriera a ella como “la gran contradicción” a causa de la cual zozobró todo el sistema. Es cierto que, a primera vista, la aparente incompatibilidad entre la teoría enunciada en el Tomo I y el análisis de los precios de producción en el Tomo III produce desconcierto. Pero la pretensión de que las salvedades introducidas en éste echan por la borda los fundamentos del análisis de plusvalía del Tomo I está fundada en una perversa interpretación del método de Marx. La preocupación primordial de Marx había sido la distribución del ingreso entre las clases, como también la de Ricardo antes que él: hasta no explicar ésto, nada se podría comprender. Para el análisis de este problema mayor él construyó un modelo simplificado, procediendo me-

---

\* Marx define el «precio de producción» como el precio de costo *más* una tasa de ganancia media sobre el capital empleado. El precio de costo = desembolso en salario + capital constante consumido (o sea materias primas consumidas y depreciación de la maquinaria, etc.). En cuanto al efecto de la «tasa de rotación» del capital, Marx escribió: “[...] en capitales de la misma composición orgánica porcentual, a base de la misma cuota de plusvalía y de la misma jornada de trabajo, las cuotas de ganancia de dos capitales se hallan entre sí en razón inversa a sus tiempos de rotación”. (*El Capital*, tomo III, sección primera, Cap. IV, p. 85, FCE, 4a. edición, México, 1966).

diante el bien probado método de las aproximaciones sucesivas. En la primera aproximación se interesó no por el problema de los precios relativos de mercancías particulares, sino por el problema mayor de las relaciones de cambio entre amplios *grupos* de mercancías —mercancías agrícolas y manufactureras, y éstas en relación a la fuerza de trabajo vista como un todo—. Le importaba poner de relieve las influencias básicas que daban forma a la configuración del todo. Cuando en el tomo posterior empezó a manejar el problema de precios particulares, introdujo aspectos adicionales a su modelo simplificado, y demostró las consecuencias que tuvo esta adición. Es ridículo suponer que Marx, al hacer ésto, no tenía perfecta conciencia de lo que hacía. Muy especialmente, no consideró (lo que es un punto clave) que el cambio importara de una manera significativa en cuanto al análisis de las cuestiones de las que se ocupó en el Tomo I. Es más, sin la teoría de cómo se determinaba la ganancia *total* o plusvalía, en términos de la clase de factores que se destacan en el Tomo I, no hubiera podido construir ninguna teoría de la ganancia (y por ende de la tasa media de ganancia) y la teoría de los precios de producción del Tomo III hubiera quedado en el aire (como fue, de hecho, el caso de la Teoría del Costo de Producción de John Stuart Mill). Dicho de otro modo, el análisis que se llevó al cabo en el Tomo III, pese a sus modificaciones secundarias, se basaba esencialmente en el Tomo I y sin él hubiera sido imposible. Para Marx la *tasa* de ganancia de la que se ocupó en el Tomo III, y que era elemento clave en la formación del «precio de producción», dependía del tamaño de la plusvalía en relación con la cantidad de trabajo necesario para producir el *stock* existente de capital (esto es, la cantidad de trabajo acumulado); y la plusvalía agregada a su vez dependía de factores que afectaban la relación básica de explotación que fue analizada en el Tomo I. Seguía siendo cierto que “la ley del valor domina los movimientos de los precios, ya que una reducción o aumento en el tiempo de trabajo

requerido para la producción causa que los precios de producción bajen o suban”, aunque “la ley general del valor se haga cumplir [ella misma] como tendencia prevaleciente, de una manera muy complicada y aproximada”; mientras que la teoría cualitativa de la plusvalía en el Tomo I seguía siendo el meollo esencial del todo si uno había de “penetrar al través del disfraz externo hacia la esencia interna y la forma interior del proceso de producción capitalista”.<sup>7</sup>

## V

Es también en el Tomo III, junto con la tercera parte del Tomo II y una sección del *Theorien*,<sup>8</sup> donde se encuentra el cuerpo de la teoría de Marx sobre las crisis económicas. Los economistas clásicos tendieron a identificar el dominio de la ley económica con el postulado de una estabilidad y armonía subyacentes en el sistema económico. Había habido una controversia famosa entre Malthus y Ricardo acerca de la causa de los periódicos “congestionamientos” de mercancías y de si era posible que ocurriese la sobreproducción general de éstas. Pero la opinión que se convertiría en la doctrina ortodoxa de los sucesos de Ricardo fue que, dado el libre cambio y la eliminación de todo obstáculo a la acumulación de capital y el crecimiento de la industria, no había razón alguna para que ocurrieran los “congestionamientos” generales ni tampoco para que bajara la tasa de ganancia sobre el capital.\*

A esta actitud optimista Marx opuso la idea de que el capitalismo no era un sistema estable, sino inestable. Mien-

<sup>7</sup> *El Capital*, Tomo III, pp. 211, 190, 199.

<sup>8</sup> *Theorien*, Tomo II, Parte 2, pp. 233-332.

\* Para Ricardo la única razón suficiente para que ocurriera una baja en la tasa de ganancia era un alza de salarios debida a un alza en el valor del sustento al través de la operación de un rendimiento decreciente de la tierra. Dado el libre cambio y la posibilidad de importar víveres de ultramar no había ninguna necesidad de que operase el rendimiento decreciente de la tierra.

tras que aceptaba (y aun ponía de relieve) la idea de que sus movimientos se regían por leyes objetivas, al mismo tiempo le interesaba demostrar que, como modo de producción, se basaba en ciertas contradicciones, y que las mismas fuerzas que operaban para producir un equilibrio de sus elementos generaban contrafuerzas que periódicamente rompían ese equilibrio. De hecho, cualquier fácil modelo mecanicista, conformado en términos de situaciones de equilibrio y de vectores de movimiento planos, resultaba inapropiado. El conflicto y la interacción eran lo esencial del sistema: solamente una apreciación de ésto podía proporcionar una visión de su "ley de movimiento" y su destino histórico.

En el *Theorien* Marx habla de las crisis mundiales generales como manifestación sucinta de "todas las contradicciones de la sociedad burguesa"; mientras que "las crisis particulares (tanto en su contenido como en su alcance)" son la expresión de estas contradicciones "meramente en una forma difusa, aislada y parcial (*murzerstreut, isoliert, einseitig*).<sup>9</sup> En su análisis de estas contradicciones constantemente se preocupa por refutar las teorías optimistas de la escuela de Ricardo y por demostrar las distintas maneras en que era posible una ruptura del equilibrio, y que más aún éste tendía a ocurrir periódicamente. No negaba que fuera posible construir en abstracto "condiciones dinámicas de equilibrio" (de las que se podría deducir que las crisis no eran necesarias con tal de que se observaran estas condiciones): lo que negaba era que hubiera de hecho alguna tendencia en la sociedad capitalista a que se cumplieran estas condiciones abstractas —por el contrario, sólo se observan "por accidente". Es más, una crisis era a menudo, no meramente la expresión de una ruptura del equilibrio, sino en sí misma el proceso por medio del cual se imponía la ruptura del equilibrio ("Pues una crisis no es otra cosa que la afirmación de la unidad de las fases

---

<sup>9</sup> *Ibid.*, p. 318.

en el proceso de la producción que han venido a ser independientes las unas de las otras”, y “las crisis son siempre sólo soluciones momentáneas y violentas de contradicciones existentes, erupciones violentas que restablecen por un tiempo el equilibrio roto”).<sup>10</sup> Mas la secuencia de los acontecimientos que originaba una crisis en cualquier caso particular no podía ser postulada de una manera abstracta: debía ser estudiada de acuerdo con las circunstancias concretas y especiales de tiempo y de lugar. “La crisis misma sólo se puede representar contra el fondo de los movimientos reales de la producción capitalista”.<sup>11</sup> Realmente no debe sorprendernos el no encontrar en Marx ninguna demostración simple de que las crisis se deben a una sola causa, o ningún modelo bien perfilado que indique la secuencia de los acontecimientos por los que siempre e inevitablemente surgen las crisis. Un procedimiento como éste hubiera resultado demasiado mecánico para estar en concordancia con el método de Marx. Ha habido bastante controversia durante el último medio siglo en cuanto a qué elemento de la situación que Marx describe tan cabalmente era su intención que se tomara como *la* causa de las crisis. No podemos entrar aquí en la controversia; y a juicio del autor parte de esta discusión se debe a la búsqueda de un tipo de solución demasiado mecánica y excesivamente simplificada. Aquí sólo podemos indicar las corrientes principales que deben distinguirse en el tratamiento que Marx le da a este tema. Lo que de cualquier forma queda completamente claro es que, para Marx, las crisis eran producto inevitable de la sociedad capitalista: producto de la multifacética contradicción entre “las fuerzas de producción y las relaciones productivas” del capitalismo. “De hecho la barrera real de la producción capitalista”, escribió, “es el capital mismo [. . .] las barreras, den-

---

<sup>10</sup> *El Capital*, Tomo I, p. 282, y *El Capital*, Tomo III, p. 292.

<sup>11</sup> *Theorien*, Tomo II, parte II, p. 286.

tro de las cuales la preservación y autoexpansión del valor del capital basado en la expropiación y pauperización de la gran masa de productores sólo puede moverse, estas barreras continuamente están en colisión con los métodos de producción que el capital tiene que emplear para sus propios fines, y que llevan directamente hacia una expansión no restringida de la producción [...] hacia un desarrollo incondicional de las fuerzas productivas de la sociedad". Y también: "El modo de producción capitalista se topa con barreras a una cierta escala de producción, que serían inadecuadas bajo otras condiciones. Se queda detenido en un punto determinado por la producción y la realización de la ganancia, no por satisfacción de necesidades sociales".<sup>12</sup>

En la famosa tercera parte del Tomo II de *El Capital*, Marx expone las condiciones bajo las cuales puede tener lugar la acumulación del capital ("reproducción ampliada") a una tasa constante sin ningún trastorno ni falla en el proceso. Pero Marx no tardó en indicar las numerosas influencias que tenderían a alterar estas condiciones; una de ellas era el hecho de que los capitalistas que estaban acumulando reservas de depreciación no las invertían a un ritmo uniforme en «capital constante» nuevo, esto es, en nuevas existencias de materiales y en el reemplazo de equipo fijo. Una falla semejante en el proceso ocurriría si hubiera un desarrollo desproporcionado de cualquier rama de la producción —si una rama de la producción se rezagaba en cuanto a las demás. Al no encontrar un mercado para sus productos, esta industria se contraería y despediría a sus trabajadores, tendiendo de esta forma, al través de una espiral de demandas decreciente, a propagar la contratación a otras industrias.

Hacia el final del Tomo II (en unos pasajes muy condensados) Marx introduce el caso en que ocurre la «reproducción ampliada», no a un ritmo constante, sino a un

---

<sup>12</sup> *El Capital*, Tomo III, pp. 293, 303.

ritmo *creciente*. Demuestra que en este caso surge un tipo especial de problema; y es aquí donde entra el muy discutido elemento del "subconsumo" en las crisis. Cuando en un año dado aumenta la tasa de acumulación esto quiere decir, *ceteris paribus*, que los capitalistas deciden gastar (para su propio placer) una porción *menor* de su plusvalía y ahorrar una porción mayor de lo que ahorraron el año anterior. La tasa de ahorro subirá y la tasa de consumo bajará. Cuando esto ocurre, ¿cómo podrán los capitalistas de las industrias que producen bienes de consumo, que previamente encontraban un mercado en el gasto suntuario de los capitalistas, deshacerse de toda su producción? Si no pueden deshacerse de toda su producción, ¿cómo realizarán la plusvalía incorporada en ésta? Y si no pueden realizar esta plusvalía en forma de dinero, ¿cómo podrán continuar el proceso de inversión? Es evidente que los trabajadores, debido a sus ingresos limitados, no están en condiciones de comprar los artículos que los capitalistas ya no desean comprar. En estas circunstancias, el proceso de inversión debe fallar una vez más, frenado por el hecho de que la *demanda* de bienes de consumo se queda atrás de su producción, dando por resultado que los capitalistas que son los responsables de la mayor producción no puedan realizar la plusvalía, o ganancia, que esperaban sobre esta producción. Y si carecen del dinero disponible con el cual mantener la inversión, la demanda de los «medios de producción» (maquinaria y materia prima, materiales de construcción, etc.) también tendrá que ser reducida.\*

---

\* La respuesta de Marx al acertijo: ¿cómo puede pues alguna vez aumentar la tasa de reproducción ampliada?, se queda para unos cuantos comentarios en el último párrafo del Tomo II. La respuesta es que sólo puede ocurrir hasta el punto en que los bienes de consumo redundantes se exporten a cambio del oro de los productores de oro. Evidentemente un excedente de exportación que obedezca a cualquier otra causa (por ejemplo, inversión extranjera) serviría para lo mismo; mas una mera expansión del

“La producción sin atender a los límites del mercado se encuentra en la naturaleza de la producción capitalista”, dice Marx.<sup>13</sup>

En su análisis de la reproducción ampliada Marx adopta el supuesto tácito de que, conforme se hace una nueva inversión, la relación en que la nueva inversión se distribuye entre capital constante y variable (la composición orgánica del capital) permanece inalterada. Para que se cumpla esta condición, no sólo la demanda de mercancías sino también la oferta de fuerza de trabajo debe ser capaz de una expansión continua y proporcional. En el Tomo III se elimina este supuesto, y se considera el caso más probable en que, junto con la acumulación de capital, está cambiando la técnica de la industria, y con ella se está elevando la relación de capital constante a capital variable. Marx demuestra que aquí surge un nuevo problema (aun cuando no ocurra un desarrollo desproporcionado y la dificultad de la “realización” no se presente). El problema es la tendencia a que, como resultado del incremento en la composición del capital, baje la *tasa* de ganancia sobre el capital. Es evidente que tal baja tenderá a frenar el proceso de inversión adicional y precipitará una crisis; mientras que, operando como una tendencia a largo plazo, constituirá un obstáculo cada vez más grave para el proceso de expansión del capital.

Marx se cuida de agregar que existen varias “tendencias contrarrestantes” que neutralizan este efecto. Entre las principales se encuentran el aumento en la plusvalía relativa debido a la consiguiente alza en la productividad del trabajo (que hemos examinado antes), el abaratamiento de la maquinaria y las materias primas (disminuyendo de

---

comercio exterior —la exportación de bienes contra importaciones de bienes equivalentes— no cumpliría este fin de encontrar un mercado *adicional* para los bienes. Pero una expansión de crédito (o sea, de dinero bancario) se supone que para esto tendría un efecto similar a la importación de oro.

<sup>13</sup> *Theorien*, Tomo II, Parte 2, p. 301.

esta manera el valor del propio capital constante) y términos ventajosos del comercio exterior. Más aún, lo que a veces llaman “invenciones de ahorro de capital” (a las que Marx dedica un capítulo un tanto largo), aunque puedan aumentar el volumen material de los medios de producción, no aumentarán (y pueden disminuir) el capital constante en términos de *valor* (o alternativamente reducir el período de rotación) y reconocidamente *elevantán* la tasa de ganancia. Sin embargo, hay indicaciones de que Marx consideraba que, en general o por lo menos a largo plazo, la tendencia a bajar se impondría por sobre las contratendencias (aunque se cuidaba de referirse a ello como algo que tiene “meramente el carácter de una tendencia”); y parece claro que en este caso Marx pensaba principalmente en nuevas técnicas para ahorrar trabajo y cambios técnicos como predominantemente de este carácter; aunque el desenlace mismo como es natural tendrá que depender en una buena parte del resultado de la lucha entre el capital y el trabajo sobre el reparto del producto. Mas para determinar el efecto neto de cualquier cambio técnico dado, quedará claro que dos relaciones son de fundamental importancia: Primeramente, hay la relación entre el cambio proporcional en la productividad del trabajo como consecuencia del perfeccionamiento, de un lado, y, de otro, el cambio proporcional en la composición orgánica del capital. Salvo en períodos bastante excepcionales de invención rápida (que cambia nuestro conocimiento de los mecanismos conocidos a diferencia de nuestro uso de ellos) parece razonable suponer que esta relación probablemente declinará conforme proceda la acumulación del capital. En segundo lugar, existe la relación entre este cambio en la productividad del trabajo al resultante aumento en la plusvalía relativa (debido a la disminución en el tiempo de trabajo necesario y el consiguiente aumento en el excedente de tiempo de trabajo). En un pasaje que ha sido a veces mal interpretado, Marx señala que, conforme aumenta la tasa de plusvalía, cada aumento adi-

cional en la productividad (y la consiguiente disminución en el tiempo de trabajo necesario) tiene que causar un aumento proporcional de plusvalía progresivamente *menor*.\* En otras palabras, la contratendencia hacia un aumento de plusvalía relativa tendrá cada vez un efecto más débil, y más allá de cierto punto dejará de frenar la tendencia que tiene la tasa de ganancia a bajar, esto es a menos que, la primera de las dos relaciones que hemos mencionado aumente progresivamente (lo cual parece muy poco probable).

## VI

Diez o quince años después de la aparición del primer tomo de *El Capital*, la economía política oficial, en la forma en que imperaba en los centros académicos, se batía en retirada alejándose de la posición de la escuela clásica. La teoría del valor-trabajo estaba siendo destacada como primitiva y desacreditada solución; mas estaban siendo entronizadas en su lugar las nuevas teorías de la utilidad, que predicaban Menger y Wiesser en Viena y Jevons en Inglaterra.

Difícilmente pudo ser una conciencia que estas nuevas doctrinas tuviesen tan rápida acogida a tan poco tiempo después de que Marx había llevado el razonamiento de Ricardo a conclusiones tan peligrosas. Las más de las veces una doctrina novedosa tiene una aceptación lenta frente a la tradición establecida. Pero tratándose de esta nueva moda fue todo lo contrario: se le dio la bienvenida con una rapidez sin precedente. Junto con su aceptación hubo

---

\* *El Capital*, Tomo III, p. 209. Este es el pasaje que se refiere a que "la intensificación de la explotación" tiene "ciertos límites insuperables". Se llega al límite final cuando el "tiempo de trabajo necesario" se reduce a cero, cuando los aumentos adicionales de productividad ya no pueden aumentar más la plusvalía (dadas la cantidad de trabajo y la duración de la jornada de trabajo); un límite al que se llega asintóticamente.

un decisivo cambio de énfasis y de amplitud. En lugar de la visión más amplia y el gran aliento de la escuela clásica, con su interés en cuestiones de la distribución del producto entre las clases, hubo una concentración en los problemas microscópicos de los precios particulares. Ya no se buscaba la explicación de los fenómenos del mercado en las condiciones de la producción, sino en la relación entre mercancías y las actitudes subjetivas de los consumidores individuales. El molesto problema de la plusvalía, y cuestiones como la de si la ganancia era o no fruto de la explotación, se dejaron de lado habilidosamente, valiéndose del artificio de inventar un aparato de pensamiento en el que tales cuestiones dejarían de tener significado.

De ahí esta economía de precios pasó a simular que se ocupaba de relaciones de cambio comunes a cualquier sistema económico, y que las “leyes” y “necesidades” que enunciaba abarcaban una amplia gama de generalidad. El resultado fue desviar sutilmente la atención, alejándola de las características y los resultados específicos de la sociedad económica abstracta y un “problema económico” que seguiría siendo el mismo cualquiera que fuese el sistema de relaciones de propiedad. En los últimos años, esta tendencia ha aumentado en vez de disminuir, en la medida en que el análisis de la interdependencia de los precios se ha hecho más refinado matemáticamente y más formal; lo que ha dado por resultado que aun ciertos economistas que son adversos al capitalismo han pretendido deducir de sus ecuaciones de precios, leyes que regirían una economía socialista, además del tipo de mecanismo que estas “necesidades” del proceso económico obligarían a tal economía a observar. Como contraste, Marx y Engels consideraban (como lo expresó éste) que la economía política era una “ciencia histórica”, que “debía primeramente investigar la leyes especiales de cada etapa separada en la evolución de la producción y el cambio, y sólo cuando haya completado esta investigación podrá establecer las pocas leyes

bastante generales que se puedan aplicar a la producción y el cambio considerados como un todo". A esto agregó: "Alguien que desee someter bajo la misma ley la economía política de Tierra del Fuego y la de la Inglaterra moderna no podrá producir más que los lugares comunes más vulgares".

Muchos de los precursores de la escuela subjetiva o de la utilidad marginal tenían otra arma. Enunciaron la proposición de que un sistema de libre cambio (al que implícitamente identificaban con el sistema capitalista) daba como resultado lo máximo en utilidad (o sea, satisfacción de necesidades) para los consumidores. Cuando esta proposición resultó ser difícil de concordar con las innegables desigualdades de la riqueza y el ingreso, aunque la idea de la "utilidad" fue pasando de moda y su efectividad se puso en duda, la doctrina fue superada por otra: que el sistema existente proporcionaba un método democrático de "soberanía de los consumidores" —el voto de los consumidores en favor de lo que ellos deseaban que se produjera; y se argumentaba que, aunque fuera deseable que hubiese más igualdad para repartir los votos más equitativamente, esto sería muy poco ventajoso si sólo se podía lograr a expensas de introducir "la regimentación planificada del consumidor".

No nos sorprende para nada que a Marx, cuando no lo estaban "refutando", la mayoría de los economistas oficiales de los últimos cincuenta años lo trataran con despectivo silencio. Aquellos que se han dignado asignarle un lugar en la historia del pensamiento económico generalmente lo han tratado como un propagandista que sacó provecho de los estudios económicos para sus propios fines, pero que, como economista, contribuyó con muy poco o nada de valor permanente. El autor de un bien conocido libro de texto de la historia del pensamiento económico expresa un juicio típico de la falta de comprensión, si no es que verdadera hostilidad, con la que Marx generalmente se ha enfrentado en tales círculos. Las obras económicas

de Marx se descartan en este contexto con el juicio de que “no existe impreso en ningún lado tal milagro de confusión, tal ejemplo de cómo no se debe razonar”, y con referencias a un “pedantesco alarde de erudición, despliegue de fórmulas matemáticas algo pueriles, el patinar con destreza sobre hielo frágil, la sutileza que a veces se vuelve casi sofisma”. A esto se añade el curioso comentario: “Pese a la afectada omnisciencia de Marx, *El Capital* revela muy poco conocimiento real del mundo [. . .] Se pasaba demasiado tiempo en el Museo Británico y demasiado poco en ‘Epsom Downs’ en día de carreras”.<sup>14</sup>

Alguna vez se ha dicho que lo que crean los economistas son instrumentos para el manejo de determinados problemas, y que es como fabricante de instrumentos de uso general como se les debe juzgar. Esta analogía parece claramente insuficiente. Una teoría económica como la que creó Marx tiene que ser juzgada como *modelo* de la sociedad capitalista *real* —una imagen abstracta que debe ser juzgada por su capacidad para poner de relieve ante nuestros ojos los aspectos más significativos y las tendencias dominantes en el mundo de detalles complejos que primero tenemos que comprender antes de que con efectividad podamos actuar sobre él. Visto de esta manera, ¿queda alguna duda razonable acerca de qué sistema de pensamiento ofrece el modelo más esclarecedor de la sociedad capitalista real, el de Marx o el de sus contrarios? A un número creciente de aquellos que hayan logrado una completa apreciación de la naturaleza del capitalismo moderno (¡y no tan sólo como espectador en el hipódromo!) debe parecerles que sencillamente no son comparables las dos imágenes, y mientras que la primera ha demostrado una intuición profética genial, la otra se ha caracterizado por el obscurantismo y el falso vaticinio. Hoy día, un número creciente, aun entre opositores, reconoce que el método de Marx por lo menos planteó las cuestiones que los

---

<sup>14</sup> Alexander Gray, *The Development of Economic Doctrine*, Longmans, Green & Co., Londres, 1931, pp. 300-302.

acontecimientos han demostrado ser correctas. De hecho, resulta evidente que solamente en términos marxistas es posible dar una definición satisfactoria del capitalismo como sistema económico, diferenciándolo de sistemas alternativos; y como prueba de ello, la gran mayoría de los economistas han soslayado del todo la idea del capitalismo y aun le han negado hasta el derecho de existir. Especialmente dos aspectos del mundo moderno han encauzado el pensamiento hacia un nuevo reconocimiento de la importancia de las doctrinas económicas de Marx: nuevos sucesos posteriores en la organización y la práctica monopolistas y la aparición de la crisis económica crónica y el desempleo masivo en los países capitalistas principales en las dos décadas entre las dos guerras. Estos acontecimientos han dado lugar a desarrollos importantes en la teoría económica tradicional (me refiero especialmente a las teorías modernas del monopolio y la competencia imperfecta y a la crítica hoy en boga de la teoría tradicional del empleo), que en sí minan los cimientos de las teorías tradicionales de las "armonías económicas" y del sistema autorregulador de la soberanía de los consumidores. Todavía existen aquellos que, haciendo eco a los revisionistas alemanes de hace un siglo (Bernstein y otros), pretenden que las profecías de Marx acerca del futuro del capitalismo han sido refutadas por los acontecimientos. Ejemplo reciente de este tipo de ataque al marxismo es el que apareció en un tomo de "*Labor Book Service*" y que se basaba principalmente sobre el supuesto "aburguesamiento" del proletariado en países como la Gran Bretaña y los Estados Unidos y sobre el crecimiento en lugar de la declinación numérica de la importancia de la "clase media".<sup>15</sup> Carecemos de espacio para examinar en detalle tales críticas. Solamente podemos advertir, como ejemplo de lo superficial que suelen ser éstas, que en el susodicho ejemplo el supuesto crecimiento de la "clase media" lo sostenían estadísticas que

---

<sup>15</sup> E. F. M. Durbin, *The Politics of Democratic Socialism*, G. Rutledge & Sons, Londres, 1940, especialmente p. 109 y ss.

agrupaban a todos los empleados de oficina y los dependientes de almacenes en la "clase media", haciendo caso omiso del hecho de que las tres cuartas partes de los empleados de oficina (en un año normal de tiempo de paz) perciben ingresos de menos de 5 libras a la semana y aproximadamente una tercera parte, de menos de 50 cheelines a la semana.\*

Asimismo hizo caso omiso del hecho de que tanto los trabajadores de oficina como estratos importantes de trabajadores técnicos y profesionales últimamente han comenzado a parecerse cada vez más al proletariado asalariado, tanto en *status* como en los problemas que enfrentan (por ejemplo, en su tendencia a formar sindicatos), y que se parecen muy poco a aquella clase media de productores independientes y pequeños propietarios de que habló Marx. Cuando consideramos que en las cifras del censo en Inglaterra casi el 90% de la población ocupada se clasifica como «empleada», menos del 6% como patrones o «gerentes», y no más del 6% como «trabajadores por su cuenta», al parecer queda muy poco que discutir en cuanto al cuadro general de las tendencias de clase del capitalismo esbozado por Marx.

De hecho, sería sorprendente que ningún pronóstico social de esta índole resultara correcto en todos sus detalles; y hubo muchos sucesos en el capitalismo de nuestros días que Marx y Engels, escribiendo a mediados del siglo XIX, no estaban en condiciones de prever. Como ejemplo de éstos tenemos el detalle concreto del imperialismo moderno como lo analiza Lenin en su famoso estudio, escrito 30 años después de la muerte de Marx. Pero cuando con-

---

\* (Colin Clark, *National Income and Outlay*, Macmillan Co., Londres, 1937, pp. 101, 106).

En relación con esto, el señor Clark señala que el aumento en la categoría de «trabajadores asalariados» en las cifras del censo durante las tres décadas pasadas representa un aumento en los niveles de mayor ingreso que probablemente se debe a la sustitución del patrón independiente por el gerente asalariado de una gran empresa.

templamos el asunto con perspectiva amplia, el hecho notable e impresionante es sin lugar a dudas cuán correctos en todos sus puntos esenciales han resultado los pronósticos de Marx. La inestabilidad creciente del modo de producción capitalista, desgarrado por una lucha de clases entre los intereses del capital y los del trabajo; un agravamiento, y no una mitigación, de las crisis periódicas, que tienen como consecuencia un ejército de reserva industrial cada vez mayor; una creciente concentración y centralización de los capitales, con la consiguiente subordinación de la vida económica a un círculo cada vez más estrecho de grandes capitalistas, cuyo dominio habría de convertirse más y más tanto en esencia como en apariencia, en una “traba para la producción”. A la validez esencial de la visión del capitalismo que nos dio Marx, se le rinde tributo tardío aun en círculos inesperados. De esto podríamos quizá citar dos ejemplos para concluir.

Hace unos años el bien conocido estudio de Berle y Means<sup>16</sup> sobre la riqueza de las corporaciones norteamericanas reveló que la mitad de toda esta riqueza no bancaria de los Estados Unidos la controlaban no más de 200 compañías. Más recientemente, un Comité oficial de la Comisión de Valores y Cambios estudió una vez más el mismo terreno que la investigación anterior y demostró que, de estas 200 compañías, la mitad de todos los dividendos la recibían menos del 1% de los accionistas. Al resumir sus conclusiones los señores Berle y Means agregan su propio comentario en el sentido de que “el auge de la corporación moderna ha producido una concentración de poder económico que puede competir en términos de igualdad con el Estado moderno [...] [y que en] el futuro puede llegar a desarrollarse aun como forma dominante de organización social”.

Justamente antes de la guerra un economista matemático de la Universidad de Harvard (que repudia muchos

---

<sup>16</sup> *The Public Corporation and Private Property, Commercial Clearing House*, Nueva York, 1932.

de los aspectos de la doctrina y método de Marx) rindió este público tributo al “brillante análisis que hace Marx de las tendencias a largo plazo del sistema capitalista”:

La precisión de los pronósticos que hizo Marx ha sido verdaderamente impresionante: concentración de la riqueza en aumento; eliminación rápida de empresas pequeñas y medianas; la progresiva limitación de la competencia; progreso tecnológico incesante, acompañado de la creciente importancia del capital fijo; y por último, pero no por ello de menor importancia, la no decreciente amplitud de los periódicos ciclos financieros: una serie insuperada de vaticinios cumplidos, en comparación a la cual la teoría económica moderna, con todos sus refinamientos, tiene poco que ofrecer.

#### Y concluye:

Si se quiere saber lo que realmente son las ganancias y los salarios de las empresas capitalistas, en los tres tomos de *El Capital* se puede obtener más información de primera mano, realista y pertinente, de lo que podría encontrarse en diez tomos sucesivos del Censo de los Estados Unidos [o] un docena de libros de texto sobre las instituciones económicas contemporáneas.<sup>17</sup>

Finalmente, podría uno preguntarse ¿qué mejor testimonio se puede pedir de la afirmación de Marx de que el capitalismo es una etapa histórica transitoria, destinada a pasar por una revolución y ser reemplazada por el socialismo, que los acontecimientos en la URSS desde 1917, especialmente su poderío económico y la cohesión social que ha demostrado ese país antes atrasado, cuyos logros de los últimos dos años han maravillado al mundo?

---

<sup>17</sup> W. Leontief, *Proceedings of the 50th Annual Meeting of the American Economic Association, 1937, American Economic Review Supplement*, marzo de 1938, pp. 5, 9.

## SOBRE LA CONTRIBUCIÓN A LA CRÍTICA

*Maurice DOBB*

La *Contribución a la Crítica* de Marx fue publicada por primera vez (en alemán, con el título de *Kritik*) en 1859, ocho años antes que el primer tomo de *Das Kapital*. Como tal, desempeñó el papel de entremés respecto a la obra principal; o quizá un símil más digno sería el de overtura. (El mismo Marx se refiere a ella como “el primer pequeño libro” de sus estudios económicos, y en el Prefacio de la primera edición del Tomo I de *El Capital* habla de este último como “la continuación” de la *Crítica* de 1859.) En contraste, el manuscrito más breve, que se conoce como la *Introducción a una crítica*, escrito al mismo tiempo que los voluminosos manuscritos de 1857-58 y conocidos como los *Grundrisse der Kritik der Politischen Oekonomie (Rohentwurf)*,\* no fue nunca publicado en vida de Marx. Descartado por el mismo Marx como una “intuición de resultados aún no comprobados”, y no destinado a formar parte de la *Crítica* publicada, fue encontrado después de su muerte (como un “esbozo fragmentario”, fechado el 23 de agosto de 1857) entre sus manuscritos, y descifrado y publicado por Karl Kautsky en la revista *Neue Zeit* en marzo de 1903. Apareció por primera vez en inglés, junto

---

\* Conocidos en español como los “*Fundamentos de la Crítica de la Economía Política*”. (Nota de la traductora).

con la *Crítica*, en una edición de N. I. Stone en Chicago, en 1904.

Si la *Crítica* puede ser debidamente comparada a una overtura, fueron los primeros compases de *Das Kapital* y no los temas centrales de ese *opus*, de los cuales fue pre-nuncio. La *Crítica* misma fue, aparentemente, una conden-sación de ciertas partes de los *Grundrisse* de 1857-58. Algunos de estos temas ya habían sido abordados en los "Manuscritos Económicos Filosóficos de 1844". En cier-to sentido, el punto central de la *Crítica* es metodoló-gico. Es decir esto no es menoscabar su interés e importan-cia, tanto en sí misma y también como una introducción a la obra principal de Marx. En el progreso de la ciencia, se encuentra la revolución en la teoría asociada a la revo-lución en la metodología. Por su hincapié en la primacía de la producción y, especialmente, en las relaciones socia-les de producción (incluyendo la apropiación o posesión de los medios de producción), el ángulo de enfoque esen-cialmente histórico que distingue a su obra, es puesto clara-mente de relieve en la *Contribución a la Crítica* (donde encontramos su teoría del valor, y más específicamente, su teoría del dinero, presagiados por primera vez). La pers-pectiva histórica desde la cual él contemplaba la emer-gente sociedad «burguesa» (o capitalista) de su época es-tablece de inmediato el enfoque y el énfasis distintivos de su teoría económica, así como sus límites (enfoque y lí-mites que lo diferencian tajantemente de las cada vez más estrechas teorías de los "equilibrios del mercado" que habrían de caracterizar la teoría académica que se aceptaba a fines del siglo pasado y en el presente). El progreso y la maduración del pensamiento de Marx, de hecho, se enca-minaban hacia profundizarlo en un sentido precisamente opuesto al desarrollo de la «economía burguesa», con su creciente formalización de las relaciones y articulaciones puramente cuantitativas del mercado. De hecho, Marx comenzó a partir de conceptos tales como la oferta y la demanda, la competencia y el mercado. Esto se destaca

mejor en los manuscritos de 1844, cuyas secciones económicas consisten en gran parte de apuntes y comentarios sobre los escritos de Sir James Steuart, Adam Smith, Ricardo, y otros semejantes. Todavía, es evidente también en la presente obra, la *Crítica* de quince años más tarde. (*El Capital*, sin embargo, se ocupa del 'nivel' del mercado hacia su conclusión, hacia el final del Tomo III).<sup>1</sup> El proceso de criticar y explicar estos conceptos, de revelar la esencia que subyace a la *apariencia* fenoménica de las relaciones del mercado, como frecuentemente lo expresa, lo condujo progresivamente al examen de la producción y de las relaciones de producción (inicialmente, la división del trabajo en términos generales, y luego a las formas específicas que asumía la división del trabajo bajo el capitalismo), de las raíces sociales y de clase de una sociedad dominada por la explotación y la búsqueda de la plusvalía.

Si bien el análisis económico de Marx se distinguía por su marco histórico, su interpretación histórica tenía profundas raíces filosóficas, raíces que tuvieron su origen en la filosofía hegeliana que fue la preocupación de sus primeros años de estudiante (primero, en la Universidad de Bonn, y luego, en la de Berlín). A veces se dice que, mientras que para Hegel la dialéctica como principio y patrón estructural del desarrollo partía del Ser abstracto como Mente o "Espíritu", para Marx la dialéctica del desarrollo partía de la Naturaleza, y del Hombre como, desde un principio, una parte integral de la Naturaleza. Pero aun siendo parte de la Naturaleza y sujeto al determinismo de leyes, el Hombre como ser consciente era al mismo tiempo capaz de luchar con y en contra de la Naturaleza; de subordinarla y, finalmente, transformarla según sus propios objetivos. Esto lo hacía por medio de una actividad productiva y creativa concientemente planeada. Esta actividad

---

<sup>1</sup> Cf. la carta de Marx a Engels del 30 de abril de 1868: "Por fin hemos llegado a las *formas de apariencia* que sirven de punto de partida en la concepción vulgar".

humana que diferenciaba al Hombre de la Naturaleza y de la mayor parte de las otras criaturas animadas era el trabajo productivo. La historia humana, así pues, empezó con esta dialéctica de la lucha del Hombre con la Naturaleza, y esencialmente consistió en las distintas formas y etapas asumidas por el trabajo productivo en su desenvolvimiento y progreso. Una característica principal de esta dialéctica del Hombre *vs.* la Naturaleza fue, desde luego, la invención y uso de instrumentos productivos (herramientas y mecanismos) que eran a la vez incorporaciones durables del trabajo y coadyuvantes al trabajo productivo, instrumentos "que el trabajador interpone entre él y el objeto de su trabajo, y que sirven de conductor de su actividad". Son éstos, más que ninguna otra cosa, los que hacen del trabajo productivo un proceso colectivo o social (habla de "la apropiación de la naturaleza por el individuo dentro y al través de una forma definida de la sociedad"); y sobre el desarrollo de estas fuerzas de producción inanimadas dependía fundamentalmente el aumento progresivo de los poderes productivos del trabajo en el curso de la historia humana. "En la producción, los hombres no sólo actúan sobre la naturaleza sino que actúan los unos sobre los otros. Producen solamente cooperando en cierta forma e intercambiando mutuamente sus actividades". De ahí que la división del trabajo, que comienza como una división entre diversos oficios y profesiones, bajo el capitalismo había de convertirse en la complicada división en operaciones productivas, separadas dentro de un proceso colectivo mecanizado, en una fábrica.

Con la división del trabajo está ligado el cambio ("el proceso metabólico social"), y, por ende, el crecimiento de la producción de mercancías; o sea, la producción de objetos para su cambio en el mercado ("el mundo de las mercancías implica la existencia de una división del trabajo altamente desarrollada"); y es aquí donde primero se presenta la recientemente muy discutida idea de la "enajenación" o "alienación" del trabajo. Me parece que puede

haber muy poca duda que en sus primeros escritos (tales como los de 1844), cuando Marx, siguiendo su primer estudio detallado de los economistas clásicos, se ocupaba de las cuestiones económicas al nivel del cambio, su énfasis es sobre la producción de mercancías como la condición y base de esta enajenación; y que interpreta esto último como la enajenación del productor o trabajador del *producto* de su actividad, ya que este último es producido, no para su propio uso y apropiación, sino para el intercambio y, por ende, como un valor de uso para otros. Aquí, el cambio, y por lo tanto el dinero como el medio social de cambio, interviene entre la producción y el consumo. Toma la forma de la separación u «objetivación» del trabajador separándolo de su producto en una sociedad basada en la propiedad privada y el cambio; esto a su vez implicaba la enajenación del hombre como productor, separándolo de los otros hombres, o de la humanidad en general. Habla en los *Manuscritos de 1844* del hecho de que “el objeto producido por el trabajo, su producto, se enfrenta a él como *algo extraño*, como un *poder independiente* del productor”, y que “la enajenación del obrero en su producto no sólo significa que su trabajo se convierte en una existencia *externa*, sino que esta existencia se halla *fuera de él*, es independiente de él y ajena a él, y representa frente a él un poder propio y sustantivo”. A esto agrega el comentario: “la economía política esconde la enajenación contenida en la misma esencia del trabajo por el hecho de que no considera la relación directa entre el obrero y la producción”.\*

Aun aquí, sin embargo, se hace hincapié en que lo que produce la propiedad privada en conjunción con la producción de mercancías es el tipo específico de enajenación que está incorporada a la relación del trabajo al capitalista (“o como le queramos llamar al amo del trabajo”). De

---

\* Traducción tomada de Carlos Marx, *Manuscritos económico-filosóficos de 1844*. Editorial Grijalbo, Colección 70, No. 29, pp. 75, 76, 77. (Nota de la traductora).

allí que, mientras a la propiedad privada se le trata como “el producto, el resultado, la consecuencia necesaria del trabajo enajenado” (este último siendo inherente a, o potencial en, la producción de las mercancías), al mismo tiempo se convierte en la “realización de esta enajenación”, y “la relación [entre la enajenación y la propiedad privada] se hace recíproca”. En otras palabras, el tratamiento de la enajenación tiene dos caras, y es una mera cuestión de énfasis si la producción de las mercancías *per se* o la apropiación del producto por el capitalista se considera como lo esencial de la cuestión. Más tarde, sin duda, el énfasis se desplaza hacia esto último, según el análisis más detallado que hace Marx de la explotación y la producción de la plusvalía, con su acento sobre la distinción entre el trabajo y la fuerza de trabajo, y sobre el capitalismo como, característicamente, una *forma* de la producción de mercancías en la que “la fuerza de trabajo se convierte en sí en una mercancía”.

Ya en época de la *Contribución a la Crítica* era plenamente evidente este desplazamiento del énfasis. En *El Capital*, cabe observarse, Marx es muy explícito en cuanto a la distinción histórica entre la «mercancía» (o sociedad productora de mercancías) y el «capital», siendo la primera una categoría más amplia que la segunda: “el surgimiento de los productos como mercancías”, escribe, “presupone un desarrollo tal de la división social del trabajo que la separación del valor de uso del valor de cambio, una separación que inicialmente comienza con el trueque, debía haberse completado ya a la sazón. Pero tal grado de desarrollo es común a muchas formas de sociedad, que en otros aspectos presentan las características históricas más variadas”. Por otra parte, ocurre “lo contrario con el capitalismo”. Las condiciones históricas de su existencia de ninguna manera se dan por la mera circulación del dinero y las mercancías. Puede surgir a la vida solamente cuando el dueño de los medios de producción y la subsistencia se encuentra en el mercado con el trabajador libre que vende

su fuerza de trabajo. Y esta sola condición histórica abarca la historia del mundo. El capital, por lo tanto, anuncia desde que aparece por primera vez una “nueva época en el proceso de la producción social”.<sup>2</sup>

A pesar de este desplazamiento del énfasis, la *Critica* parte de la cuestión de las mercancías y la producción de éstas, y ligada a ella, la cuestión del dinero como medida universal del valor y medio de intercambio; una preocupación semejante a la de los primeros capítulos del Tomo I de *El Capital*.<sup>3</sup> Mas el interés se centra ahora en la explicación del cambio *en términos* de la producción y en la producción y en la descripción de las relaciones de cambio, inclusive las relaciones monetarias, esencialmente consideradas como relaciones entre los hombres como productores, o entre *trabajos humanos*. (Incidentalmente, se elogia a Ricardo en los *Grundrisse* de uno o dos años antes como “el economista de la producción por excelencia”; y, por implicación, se le contrasta con Smith, así como con los economistas que le siguieron). De hecho, este énfasis es peculiar de Marx, y sin él, su enfoque en *El Capital*, y el papel que le asignó a la teoría del valor, no pueden ser debidamente entendidos. Las relaciones de cambio o “apariencias” del mercado sólo podían ser entendidas, y los “fetiches”, o “mistificaciones” a las que éstos habían sido sujetos solamente podían ser eliminados, si se les viera como la expresión de estas relaciones más fundamentales en las bases de la sociedad; del trabajo como la actividad social por excelencia y como la división social del trabajo. De allí que el trabajo como base del valor de cambio y el precio “se caracteriza por el hecho de que aún las relaciones sociales de los hombres aparecen en la forma inversa

---

<sup>2</sup> *El Capital*, Vol. I (traducción *Moore and Aveling*, Londres 1886), pp. 148-149.

<sup>3</sup> Para citar una vez más del Prefacio de este último: “la sustancia de ese trabajo de su primer época se resume en los primeros tres capítulos de este tomo”, las frases iniciales de ambos son, de hecho, las mismas.

de una relación social de las cosas”, y “una relación de mercancías como valores de cambio no es más que una relación mutua entre las personas en su actividad productiva” (a lo que se le agrega el comentario de que “tan pronto como los economistas modernos, que se mofan de las ilusiones del sistema monetario, se ocupan de categorías económicas más complejas, tales como el capital, manifiestan las mismas ilusiones”). A mí me parece, dicho sea de paso, que es en este contexto, más bien en este sentido, que debemos entender sus referencias al trabajo como la “sustancia del valor”. frase que ha dejado perplejos a muchos lectores modernos que ignoran este contexto.

La misma idea acerca de las relaciones de cambio y las relaciones de producción de nuevo resuena en el primer capítulo de *El Capital*, en la bien conocida referencia al llamado etichismo de las mercancías: “la relación de los productores respecto al total de su propio trabajo se les presenta como una relación social, que existe no entre ellos mismos, sino entre los productos de su trabajo . . . Es una relación social definida entre hombres la que asume ante sus ojos la forma fantástica de una relación entre cosas”. Precisamente esta distinción entre “las verdaderas relaciones de producción” y las “apariencias” del mercado constituía lo esencial de su distinción entre “la economía política clásica” (“aquella economía que desde tiempos de W. Petty, ha investigado las verdaderas relaciones de la producción en la sociedad burguesa”) y la “economía vulgar”, en particular los epígonos y apologistas teóricos que se destacaron en la reacción en contra de Ricardo (“que se ocupa solamente de las apariencias”). Aun “los mejores representantes” de aquellos, debido a que no analizaron la naturaleza plena de la relación entre el “valor” y el “valor de cambio”, no se percataron del “carácter histórico especial” y las raíces de la sociedad contemporánea, y se inclinaban a considerar el modo de producción burgués como “establecido para siempre por la naturaleza”.

De hecho, uno podría decir que la teoría del valor de

Marx era algo *más* que una teoría del valor como generalmente se concibe; no sólo tenía la función de explicar el valor de cambio o los precios en un sentido cuantitativo, sino de exponer la base histórico-social del proceso de trabajo de una sociedad de cambio o de mercancías en la que la fuerza de trabajo mismo se había convertido en una mercancía. Con respecto a esto se puede observar la referencia en la *Introducción a la Crítica*, a “los individuos [que] tienen intercambio mutuo por contrato” de Rousseau, como “el anuncio de la «sociedad burguesa»”, “sociedad de libre competencia a la cual el individuo aparece libre de las ataduras de la naturaleza, etc., que en épocas anteriores de la historia, hacían de él una parte de un conglomerado humano definido y limitado”.

En vista del lugar que ocupaba en su pensamiento este concepto del trabajo y del proceso del trabajo como la clave de la historia humana, fácilmente se puede apreciar el lugar esencial que ocupaba la teoría del valor-trabajo en su sistema de análisis económico. Sucede que ésta era la teoría aceptada por la escuela clásica que él había heredado; pero para él era mucho más que ésto, y conllevaba un significado más amplio en su sistema que el que había tenido en el de ellos. El «valor» se definía *sui generis* y por derecho propio, como representando el rol determinante de «las relaciones sociales de producción», y como una categoría distinta del «valor de cambio». Pero desde el punto de vista de la explicación económica, *explicación* de los valores de cambio, hubiera quedado como una definición «arbitraria», de no poderse demostrar alguna relación cuantitativa entre uno y otro; permitiéndonos hablar de los valores de cambio como de alguna manera «regidos» por, determinados por, o «derivados» de los valores. Desde luego, Marx no se hacía ilusiones de que ambos fueran idénticos (como algunos han supuesto), ni siquiera de que la relación entre las dos categorías fuera directa o simple (*vide* su referencia al principio del Tomo I de *El Capital* al hecho de que los precios divergieran de los valores, en

cuyo caso “primero tenemos que reducir los anteriores a los últimos, en otras palabras, considerar la diferencia como accidental a fin de que los fenómenos puedan ser observados en su pureza, y que nuestras observaciones no se vean estorbadas por circunstancias perturbadoras que no tienen nada que ver con el proceso de que se trata”).<sup>4</sup> Las Partes I y II del Tomo III, como sabemos se ocuparon de demostrar cómo y por qué «los precios de producción» divergían de los valores, divergiendo de una manera sistemática y demostrable. Aunque, como la dejó él, esta demostración quedó incompleta, ahora sabemos, como resultado de la discusión y análisis subsiguientes del llamado ‘Problema de la Transformación’, que, cuando se expresan las relaciones esenciales como un sistema de ecuaciones simultáneas, estos «precios de producción» pueden ser derivados de los valores y de las condiciones esenciales de producción en la «situación de valor» (o sea, dada la tasa de explotación o de plusvalía). Ya que su interpretación se ocupaba primordialmente de lo que hoy día llamaríamos la configuración «macroscópica» de una sociedad productora de mercancías, por lo menos las relaciones esenciales podían ser descritas en términos de relaciones de valor, o de gasto de trabajo, sin que la «aproximación» resultante quedara demasiado lejana del mundo de las «apariencias» microscópicas.

Es en este mismo contexto que debemos entender la importancia que Marx atribuyó a su diferenciación entre el «trabajo» y la «fuerza de trabajo»: importancia esencial al contexto de explotación como clave para la comprensión del modo de producción burgués (o capitalista). El rol de la teoría del valor-trabajo en relación a la teoría de la plusvalía es frecuentemente malinterpretado. A menudo se le interpreta como si incorporara un «derecho natural» lockeano, en el sentido de que el producto del trabajo de un hombre pertenece «por derecho» al trabajador; de donde se

---

<sup>4</sup> *Ibid.*, p. 144.

considera que, en consecuencia, la apropiación de una parte de este producto por el capitalista es antinatural y contraria a las normas de la ética. De ahí que se interprete la explotación como un concepto cuasi-legal o ético en lugar de una descripción económica realista. Si se ha asimilado lo que hemos dicho acerca del trabajo y el proceso de trabajo, debe entenderse claramente que esta es una interpretación incorrecta. Lo que se podía decir, desde luego, es que la noción del trabajo como *actividad* productiva implícitamente proporcionaba la definición de la explotación como una apropiación de los frutos de la actividad por *otras personas*, apropiación de estos frutos por aquellos que no aportaron actividad productiva alguna de su parte. Pero lejos de ser una definición arbitraria o desusada de «productivo» o «improductivo», ésta, sin duda alguna, encontraría una aceptación general como aceptación normal de estas palabras. Para Marx el problema no era comprobar la existencia de la plusvalía y la explotación *por medio* de una teoría del valor: fue, realmente, reconciliar la existencia de la plusvalía y la explotación *por medio* de una teoría del valor: fue, realmente, reconciliar la existencia de la plusvalía con el predominio de la competencia del mercado y del intercambio de equivalentes de valor. Como él mismo lo expresó: “Para explicar *el carácter general de la ganancia*, no tendréis más remedio que partir del teorema de que las mercancías *se venden*, por término medio, *por sus verdaderos valores*. . . Si no conseguís explicar la ganancia sobre esta base, no conseguiréis explicarla de ningún modo”.<sup>5</sup>

El punto central de esto se puede apreciar mejor si se recuerda que la escuela de escritores a la que se le ha dado el nombre de Socialistas (tales como Tomas Hodgkin, William Thompson y John Bray), de quienes se puede decir que sostenían una teoría «primitiva» de la explotación,

---

<sup>5</sup> C. Marx, F. Engels, *Salario, Precio y Ganancia*, Obras escogidas, en tres tomos, Tomo II, Ed. Progreso, Moscú 1973, p. 54. (énfasis en el original).

explicaban la ganancia sobre el capital como el producto de un poder de negociación privilegiado, la falta de competencia y “cambios desiguales entre el Capital y el Trabajo” (esto entraña la analogía con la «teoría de la fuerza» de Eugenio Dühring, que fue atacada por Engels). Este era el tipo de explicación que Marx evitaba en vez de procurar. Definitivamente *no* hacía a la explotación *congruente* con la ley del valor y con la competencia del mercado, sino que la explicaba por medio de apartamientos de, o imperfecciones en, esta última. A ésto le daban una respuesta fácil los economistas liberales y los libre-cambistas: verbigracia, “adhiéranse a nosotros para exigir el verdadero librecambio y entonces no puede haber ningunos «cambios desiguales» ni explotación”.

No siempre es fácil para la mentalidad moderna, en esta época monopolista de la segunda mitad del siglo veinte, darse cuenta del atractivo e influencia que ejercía la teoría de la competencia en sus inicios sobre la mente de los hombres (salvo el hecho de que todavía hoy quedan huellas de dicha teoría en las teorías de los economistas, especialmente en los de convicción «neo-clásica»). Por lo tanto, puede parecer extraño que Marx empleara tanto tiempo en la *Crítica* explayando y sondeando la naturaleza del cambio de mercancías y del dinero como el “equivalente universal”. Especialmente al contrastarse con formas económicas precedentes, por ej., con el feudalismo, la noción de la «automaticidad» benéfica de la competencia era muy convincente. En los *Grundrisse*, Marx hizo el comentario de que “en las formas simples de la relación de dinero todas las contradicciones inmanentes de la sociedad burguesa y parecen extinguidas, que es la razón por la cual los demócratas burgueses buscan refugio en tales formas. . . En tanto que una mercancía o el trabajo sea visto solamente como valor de cambio, y las relaciones entre estos factores sólo como relaciones de cambio. . . los individuos entre los cuales tiene lugar este proceso son meramente socios en el intercambio: no hay diferencia formal

alguna entre ellos”.<sup>6</sup> (Este comentario tiene, de hecho, un tono bastante moderno, ya que ante todo tiene validez en cuanto a las teorías modernas de la distribución del ingreso en términos de «factores de producción» abstractos). Las relaciones económicas aparecen como relaciones de igualdad; y el cambio es necesariamente el cambio de equivalentes, en el que la explotación no puede tener ningún sentido, casi por definición; “un verdadero Edén de los derechos innatos del hombre” donde “reinan sólo la Libertad, la Igualdad, la Propiedad y Bentham”.<sup>7</sup>

La importancia que le dio Marx a la diferenciación entre el trabajo y la fuerza de trabajo radicaba precisamente en que le permitía demostrar cómo podía haber desigualdad y no-equivalencia en el “intercambio equivalente”, o explotación y apropiación de la que era creado por los productores *congruientemente* con la teoría del valor (o sea, demostrando cómo “se obtienen ganancias vendiéndolo por su valor”). La fuerza de trabajo, convertida en una mercancía por el proceso histórico por medio del cual se creó un proletariado y, de allí en adelante, comprado y vendido libremente en el mercado, adquirió un valor como otras mercancías en términos de la cantidad de trabajo que costaba su producción (o reproducción). En *El Capital*, Marx define la fuerza de trabajo como “la energía transferida a un organismo humano por medio de materia nutritiva”, como “una capacidad o poder del individuo viviente” y cómo “el conjunto de esas capacidades mentales y físicas que existen en un ser humano”. (También se habla de la “creación del valor” como “la transformación de la fuerza de trabajo en trabajo”: algo que “se convierte en realidad sólo cuando se ejercita” y “de este modo una cantidad definida de músculo, nervio, cerebro, etc., del individuo se consume y ésta requiere ser repuesta”.<sup>8</sup> De esto

---

<sup>6</sup> *Cit.* Martin Nicolaus, *New Left Review*, No. 48, p. 50.

<sup>7</sup> *El Capital*, Vol. 1 (traducción *Moore and Aveling*), Londres 1886, p. 155.

<sup>8</sup> *Ibid.*, pp. 149, 198.

se sigue que el valor de la fuerza de trabajo es determinado por la cantidad de trabajo que normalmente se necesita para producir la subsistencia del trabajador. El capitalista, habiendo comprado la fuerza de trabajo en el mercado, hace uso de ella en el proceso de trabajo de que dispone para elaborar un producto (por esta misma razón, Marx dice en los *Grundrisse*, “el intercambio entre el trabajo y el capital es ya formalmente diferente al intercambio común y corriente, son dos procesos diferentes”). Bajo las condiciones de la industria moderna, el valor de ese producto supera el valor de la fuerza de trabajo de que se trata: es esto lo que hace a la fuerza de trabajo “algo único” entre las mercancías: su capacidad de rendir una plusvalía cuando se le utiliza. Invirtiendo la afirmación, se puede decir que sólo una *parte* del trabajo de un día (o de una semana o un año) se necesita para reemplazar la fuerza de trabajo consumida en ese período de trabajo. En una escala global, esto se puede expresar diciendo que la relación crucial de la explotación (o tasa de plusvalía) depende de la proporción de la fuerza de trabajo total que se necesita para producir la subsistencia para esa fuerza de trabajo. De esa proporción decisiva (o tasa de explotación expresada como la *ratio* de la inversa de tal relación sobre aquella [o sea sobre el valor de la fuerza de trabajo] dependía esencialmente la configuración total de la distribución de ingreso, así como la estructura de precios relativos (o sea, los «precios de producción» dependiendo como dependen del postulado de una tasa general y uniforme de ganancias). En el desenvolvimiento maduro del pensamiento de Marx, evidentemente no son sólo las mercancías y el dinero, sino el capital y la fuerza de trabajo como una mercancía, lo que forman el meollo de la enajenación humana, así como es la lucha de clases el vehículo que finalmente producirá la solución y la emancipación.

Más de la mitad de la *Crítica* se ocupa del dinero — el dinero como una medida del valor o unidad de cuenta y como medio de intercambio; buena parte de su exposición

se ocupa detalladamente de las teorías de los economistas del siglo dieciocho y de principios del diecinueve, que aún eran de significación para sus contemporáneos, y hacían mella en la mentalidad de la época. Hacía muy poco que Adam Smith había rebatido los mitos de lo que él llamaba la Escuela Mercantilista, en torno al oro y la plata como objetos de política nacional, tratándose del comercio exterior. La década en que escribía Marx atestiguó los resultados de los descubrimientos auríferos de California y Australia, que parecían (según se expresa en el Prefacio) introducir “una nueva etapa de desarrollo” para la sociedad burguesa. Para el lector de hoy día, tales teorías han perdido interés; pero tanto dichas teorías como el tratamiento que les da Marx, siguen siendo de interés duradero para la historia crítica del pensamiento económico. Es en el proceso del examen de los “dos diferentes ciclos” en los que consiste “el proceso de circulación” donde encontramos la respuesta de Marx a lo que ha venido a llamarse “la ley de Say”: un concepto por medio del cual la posibilidad de la sobreproducción general se negaba, y un concepto que ha pasado una vez más a primer término en la discusión y controversia económicas en el transcurso de las últimas tres décadas. A este respecto nos encontramos con el énfasis que él puso sobre el uso del dinero para el “atesoramiento, o como un acopio de valor, y el influjo potencialmente desquiciante que produce sobre la circulación de las mercancías, y por ende, sobre la producción”; noción que una vez más tiene un tono moderno. Es aquí donde a Ricardo y a su escuela se les critica como defensores de la Teoría Cuantitativa del Dinero; una verdad manifiesta destinada a predominar durante más de un siglo en función de una teoría causal. Forma en la que se observará que se le dirige aquí la crítica. A la luz de la crítica renovada (es más, anticipándose a ella) cabe subrayar la afirmación de Marx, según la cual “la teoría del dinero de Ricardo era sumamente cómoda, pues le da a una tautología la apariencia de conexión causal”.

La cita sin duda más conocida en relación con esta

obra es el pasaje del Prefacio de 1859, en donde se hace un resumen (de no más de un largo párrafo) de su doctrina general, la cual, “como hilo conductor de sus estudios”, recibió el nombre de materialismo histórico. He aquí el pasaje que muchos deben saberse casi de memoria y que comienza: “en la producción social de su existencia, los hombres inevitablemente entran en relaciones definidas, independientes de su voluntad”. Siguen las bien repasadas referencias a “las relaciones de producción existentes” “en una cierta etapa de su desarrollo”, convirtiéndose “de formas de desarrollo de las fuerzas productivas. . . en sus grilletes”, introduciendo así “la era de la revolución social”. El pasaje termina con la famosa observación de que “el modo de producción burgués es la última forma antagónica del proceso social de producción”; y dado que las fuerzas productivas crean ya “las condiciones materiales para una solución de este antagonismo”, “la prehistoria de la sociedad humana . . . se cierra con esta formación social”. En la época en que ésto apareció (anticipándose a casi toda la obra madura de Marx y Engels) podemos imaginarnos al impacto profundo e impresionante que debe haber tenido este pasaje sobre las mentes de aquellos primeros lectores; un impacto que, de hecho, sigue teniendo sobre una escala sumamente extendida de lectores de hoy día, inclusive aquellos que han intuido sus palabras incorporadas en la historia reciente de sus propios países.

Cambridge, Enero 1969.

## APÉNDICE\*

*El Método de la Economía Política* y el famoso *Prólogo de Marx a la Contribución a la Crítica . . .* proceden, en la versión en español que aquí se utiliza, de la traducción de José Aricó de la *Introducción* de K. Marx, de 1857, publicada en la segunda edición del volumen número 1 de Cuadernos de Pasado y Presente, en Córdoba, Argentina, en 1969.

El Prólogo a la primera edición de *El Capital*, así como el Epílogo a la segunda edición de dicha obra corresponden, por su parte, a la traducción de Pedro Searon, publicada en México por Siglo XXI Editores, en 1975. Nuestro Tiempo agradece al doctor Arnaldo Orfila, Director de Siglo XXI, la autorización para reproducir aquí los textos antes mencionados.

Las *Cartas* proceden del material seleccionado por el Instituto Marx-Engels-Lenin para el volumen que contiene la *Correspondencia* de Marx y Engels, que Editorial Cartago, de Buenos Aires, publicó en español en 1957.

Las páginas finales, sobre "La Doctrina Económica de Marx" forman parte del ensayo que, bajo el título de "Carlos Marx" escribió Lenin a fines de 1912, y que el Instituto antes citado publicó en Moscú, en 1948.

---

\* Los materiales incluidos en este volumen fueron seleccionados y ordenados por Alonso Aguilar Monteverde.

## EL MÉTODO DE LA ECONOMÍA POLÍTICA

*Karl MARX*

Cuando consideramos un país determinado desde el punto de vista de la economía política, comenzamos por su población: su división en clases, en las ciudades, el campo, el mar, las diferentes ramas de la producción, la exportación y la importación, la producción y el consumo anuales, los precios de las mercaderías, etc.

Parece justo comenzar por lo real y lo concreto, por las suposiciones verdaderas; así, pues, en la economía, por la población que es la base y el sujeto del acto social de la producción en su conjunto. Sin embargo, si se observa de más cerca, uno se da cuenta de que esto es falso. La población es una abstracción si dejas a un lado las clases de que se compone. Estas clases son, a su vez, una palabra sin sentido si ignoras los elementos sobre los cuales reposan, por ejemplo, el trabajo asalariado, el capital, etc. Estos últimos suponen el cambio, la división del trabajo, los precios, etc. El capital, por ejemplo, no es nada sin trabajo asalariado, sin valor, dinero, precios, etc. Si comenzara, pues, por la población, tendría una representación caótica del conjunto. Pero si procediera a través de un análisis cada vez más pre-

ciso, lograría conceptos cada vez más simples: de lo concreto representado llegaría a abstracciones cada vez más sutiles hasta alcanzar las determinaciones más simples. Llegado a este punto, habría que volver a hacer el viaje a la inversa, hasta dar de nuevo con la población. Pero ya no tendría ante los ojos una masa caótica, sino un todo rico en determinaciones y relaciones complejas.

El primer camino es el que siguió históricamente la economía política naciente. Los economistas del siglo XVII, por ejemplo, comienzan siempre por la totalidad viviente, la población, la nación, el Estado, varios Estados, etc.; pero terminan siempre por descubrir, mediante el análisis, un cierto número de relaciones generales abstractas que son determinantes tales como la división del trabajo, el dinero, el valor, etc. Una vez que esos momentos fueron más o menos fijados y abstractos, comenzaron a surgir los sistemas trabajo, división del trabajo, necesidad, valor de cambio, hasta el Estado, el cambio entre las naciones y el mercado mundial. Este último método es manifiestamente el método científico correcto.

Lo concreto es concreto porque es la síntesis de múltiples determinaciones, por lo tanto, unidad en la diversidad. A ello se debe el que aparezca en el pensamiento como proceso de síntesis, como resultado, no como punto de partida, aunque sea el verdadero punto de partida y, en consecuencia, el punto de partida también de la intuición y de la representación. En el primer caso, la representación plena es volatilizada en una determinación abstracta; en el segundo, las determinaciones abstractas conducen a la reproducción de lo concreto por vía del pensamiento. He aquí por qué Hegel cayó en la ilusión de concebir lo real como resultado del pensamiento que, partiendo de sí mismo, se reabsorbe y se profundiza en sí mismo, mientras que el método que consiste en elevarse de lo abstracto a lo concreto no es para el pensamiento sino la manera de apropiarse lo concreto, de reproducirlo bajo la forma de un concreto mental. Pero esto no es de ningún modo el proceso de la génesis de lo concreto mismo. La

categoría económica más simple, como por ejemplo el valor de cambio, supone una población que produce en determinadas condiciones y también en cierto tipo de familia o de comunidad, o de Estado, etc. Dicho valor no puede existir jamás de otro modo que bajo la forma de relación unilateral y abstracta de un todo concreto viviente ya dado. Como categoría, por el contrario, el valor de cambio posee una existencia antediluviana. Para la conciencia —y la conciencia filosófica está determinada de tal modo que el pensamiento conceptivo es para ella el hombre real, y lo real es el mundo una vez concebido como tal— el movimiento de las categorías aparece como un verdadero acto de producción (el cual, si bien es molesto reconocerlo, recibe el impulso del exterior) cuyo resultado es el mundo; esto es exacto en la medida en que —pero aquí tenemos de nuevo una tautología— la totalidad concreta como totalidad de pensamiento, como un *concretum* de pensamiento, es en realidad un producto del pensamiento y de la representación. De ninguna manera es un producto del concepto que piensa, que se engendra a sí mismo, en el exterior o por encima de las intuiciones y de las representaciones, sino que, por el contrario, es un producto del trabajo de elaboración que transforma intuiciones y representaciones en conceptos. La totalidad, tal como aparece en el cerebro como un todo pensado, es un producto del cerebro pensante que se apropia el mundo de la única manera posible, manera que difiere de la apropiación de ese mundo en el arte, la religión, el espíritu práctico. El sujeto real mantiene, antes como después, su autonomía fuera de la mente, por lo menos durante el tiempo en que el cerebro se comporte únicamente de manera especulativa, teórica. En consecuencia, también en el método teórico es necesario que el sujeto, la sociedad, esté siempre presente en la mente como premisa.

Pero estas categorías simples, ¿no tienen una existencia autónoma, histórica o natural, anterior a las categorías concretas? *Ça dépend* [Según]. Hegel tiene razón cuando comienza la filosofía del derecho a partir de la posesión, ya

que constituye la relación jurídica más simple del sujeto. Pero no existe posesión antes de la familia, o las relaciones de dominación y de esclavitud, que son relaciones mucho más concretas. En cambio, sería justo decir que existen familias, tribus, que se limitan a *poseer*, pero que no tienen *propiedad*. Con relación a la propiedad, la categoría más simple aparece pues como la relación de simples comunidades de familias o de tribus. En un estadio social superior, ella aparece como la relación más simple de una organización desarrollada. Pero el sustrato concreto, cuya relación es la posesión, es un simple presupuesto. Puede imaginarse un salvaje aislado que sea poseedor, pero en este caso la posesión no es una relación jurídica. No es exacto que la posesión evolucione históricamente hacia la familia, por el contrario, ella presupone siempre esta "categoría jurídica más concreta". Sin embargo, quedaría siempre en pie el hecho de que las categorías simples expresan relaciones en las cuales lo concreto insuficientemente desarrollado pudo haberse realizado sin haber establecido aún la relación más compleja que se expresa teóricamente en la categoría más concreta; mientras que lo concreto más desarrollado deja subsistir esta misma categoría como una relación subordinada. El dinero puede existir y ha existido históricamente antes de la existencia del capital, de los bancos, del trabajo asalariado. A este respecto, puede afirmarse que la categoría más simple puede expresar las relaciones dominantes de un conjunto poco desarrollado o las relaciones subordinadas de un conjunto más desarrollado, que existían ya históricamente antes de que el conjunto se desarrollara en el sentido expresado por una categoría más concreta. Sólo entonces el camino del pensamiento abstracto, que se eleva de lo simple a lo complejo, podría corresponder al proceso histórico real. Por otra parte, puede decirse que existen formas de sociedad muy desarrolladas, pero que no han alcanzado todavía la madurez histórica, en las que se encuentran las formas más elevadas de la economía, tales como la cooperación, una división desarrollada del trabajo, etc., sin que exista ningún tipo de moneda; por ejemplo,

el Perú. También en las comunidades eslavas, el dinero y el cambio del que ellas dependen se manifiestan muy raramente en el seno de cada comunidad; aparecen en sus fronteras, en su comercio con otras comunidades. Además, es erróneo situar el cambio en el centro de la comunidad como elemento que la constituye originalmente. Al principio aparece más bien en las relaciones de las diversas comunidades entre sí, antes que en las relaciones de los miembros en el interior de una misma y única comunidad. Aunque el dinero haya desempeñado desde muy temprano un papel múltiple, sin embargo, como elemento dominante, pertenece en la antigüedad sólo a naciones desarrolladas de modo unilateral, a naciones comerciales. Y hasta en las naciones más evolucionadas de la antigüedad, entre los griegos y los romanos, el dinero no alcanza su pleno desarrollo —premisas de la sociedad burguesa moderno— sino en el período de su disolución. Esta categoría totalmente simple aparece históricamente en toda su plena intensidad sólo en las condiciones más desarrolladas de la sociedad. Pero de ninguna manera impregna todas las relaciones económicas. En el imperio romano, en la época de su apogeo, el impuesto en especie y las prestaciones en especie, permanecieron como fundamentales. La moneda propiamente dicha sólo se había desarrollado completamente en el ejército y jamás llegó a dominar en la totalidad del trabajo. De modo que aunque la categoría más simple haya podido existir históricamente antes que la más concreta, en su pleno desarrollo intensivo y extensivo, ella puede pertenecer sólo a formaciones sociales complejas, mientras que la categoría se hallaba plenamente desarrollada en una forma de sociedad menos evolucionada.

El trabajo parece ser una categoría totalmente simple. La idea del trabajo en esa universalidad —como trabajo en general— es, ella también, de las más antiguas. Sin embargo, concebido desde el punto de vista económico, bajo esta forma simple, el «trabajo» es una categoría tan moderna como las relaciones que dan origen a esta abstracción simple. El sistema monetario, por ejemplo, coloca to-

avía, de un modo completamente objetivo, la riqueza en el dinero, como una cosa totalmente exterior. A este respecto, hubo un gran progreso cuando al sistema manufacturero o comercial transfirió la fuente de la riqueza del objeto a la actividad subjetiva —el trabajo comercial y manufacturero—, pero concibiendo todavía esta actividad en sus límites de simple productora de dinero. Frente a este sistema, el sistema fisiocrático presenta a una forma determinada de trabajo —la agricultura— como fuente de la riqueza; el objeto mismo no aparece ya bajo el disfraz del dinero, sino como producto en general, como resultado general del trabajo. Este producto, en razón de la naturaleza limitada de la actividad, es concebido como un producto natural, un producto de la agricultura, un producto de la tierra *par excellence*.

Un enorme progreso se dio cuando Adam Smith rechazó todo carácter determinado de la actividad creadora de riqueza considerándola simplemente como trabajo; dicho de otro modo, ni trabajo manufacturero, ni trabajo comercial, ni agricultura, sino todas las actividades sin distinción. Con la universalidad abstracta de la actividad creadora de riqueza, se da al mismo tiempo la universalidad del objeto en tanto que riqueza, el producto en general o, una vez más, el trabajo general, pero en tanto que trabajo pasado, materializado. La dificultad e importancia de esta transición lo prueba el hecho de que el mismo Adam Smith vuelve a caer de cuando en cuando en el sistema fisiocrático. Podría parecer ahora que de este modo se habría encontrado simplemente la expresión abstracta de la relación más simple y antigua de la actividad productiva de los hombres, cualquiera haya sido la forma de la sociedad. Esto es cierto en un sentido, pero no en otro. La indiferencia frente a un género determinado de trabajo supone una totalidad muy desarrollada de géneros de trabajos reales, ninguno de los cuales predomina sobre los demás. Así, las abstracciones más generales surgen sólo allí donde existe el desarrollo concreto más rico, donde una característica aparece como común a muchos, a todos.

Entonces ya no puede ser imaginada solamente desde una forma particular. Por otra parte, esta abstracción del trabajo en general no es solamente el resultado en el pensamiento de una totalidad concreta de trabajos. La indiferencia hacia un trabajo particular corresponde a una forma de sociedad en la cual los individuos pueden pasar fácilmente de un trabajo a otro y en la que el género determinado de trabajo es para ellos fortuito y, por lo tanto, indiferente. El trabajo se ha convertido entonces, no sólo en cuanto categoría, sino también en la misma realidad, en un medio de producir la riqueza en general, y ha dejado de confundirse con el individuo como un destino especial suyo. Este estado de cosas es desarrollado al máximo en el tipo más moderno de sociedad burguesa, en los Estados Unidos. Aquí, pues, la abstracción de la categoría «trabajo», el «trabajo en general», el trabajo *sans phrase*, que es el punto de partida de la economía moderna, resulta por primera vez prácticamente cierta. De este modo, la abstracción más simple que la economía moderna coloca en el vértice y que expresa un fenómeno ancestral, válido para todas las formas de sociedad, aparece sin embargo como prácticamente cierta en esta abstracción sólo como categoría de la sociedad más moderna. Podría decirse que la que aparece en los Estados Unidos como un producto histórico —me refiero a esta indiferencia hacia un trabajo determinado—, se presenta entre los rusos, por ejemplo, como una disposición natural. Pero en primer lugar, existe una diferencia enorme entre bárbaros aptos para ser empleados en cualquier cosa y civilizados que se dedican ellos mismos a todo. Además, a esta indiferencia hacia el trabajo determinado corresponde prácticamente, en los rusos, la sujeción tradicional a un trabajo bien determinado, del que sólo pueden arrancarles las influencias exteriores.

Este ejemplo del trabajo muestra de una manera clara que las categorías más abstractas, a pesar de su validez (precisamente debido a su naturaleza abstracta) para todas las épocas, son no obstante, en lo que hay de determinado en esta abstracción, el producto de condiciones

históricas y no poseen plena validez sino para estas condiciones y dentro de sus límites.

La sociedad burguesa es la organización histórica de la producción más desarrollada y más diferenciada. Las categorías que expresan sus condiciones y la comprensión de sus estructuras permiten al mismo tiempo comprender la estructura y las relaciones de producción de todos los tipos de sociedad desaparecidos, sobre cuyas ruinas y elementos se halla edificada y cuyos vestigios, aún no separados, continúa arrastrando, mientras que aquello que estaba apenas insinuado se ha desarrollado plenamente, etc. La anatomía del hombre es una clave para la anatomía del mono. Aquello que en las especies animales inferiores insinúa una forma superior no puede, por el contrario, ser comprendido sino cuando se conoce la forma superior. La economía burguesa suministra así la clave de la economía antigua, etc. Pero no ciertamente al modo de los economistas, que cancelan todas las diferencias históricas y ven la forma burguesa en todas las formas de sociedad. Puede comprender el tributo, el diezmo, etc., cuando se conoce la renta territorial; pero no hay que identificarlos. Además, como la sociedad burguesa no es en sí más que una forma antagónica de la evolución, ciertas relaciones pertenecientes a formaciones sociales anteriores aparecen en ella sólo de manera atrofiada o hasta disfrazadas; por ejemplo, la propiedad comunal. En consecuencia, si es cierto que las categorías de la economía burguesa poseen cierto grado de validez para todas las otras formas de sociedad, esto debe ser admitido *cum grano salis*. Ellas pueden contenerlas bajo una forma desarrollada, atrofiada, disfrazada, etc., pero la diferencia será siempre esencial. La pretendida evolución histórica reposa en general en el hecho de que la última formación social considera las formas pasadas como otras tantas etapas hacia ella misma, y en el hecho de que las concibe siempre de manera unilateral. Sólo muy raramente —y únicamente en condiciones bien determinadas— es capaz de criticarse a sí misma. Aquí no se trata, como es natural, de esos períodos históricos que se consideran a

sí mismos como una época de decadencia. La religión cristiana pudo ayudarnos a comprender de una manera objetiva las mitologías anteriores sólo cuando su autocrítica estuvo hasta cierto punto acabada, completa, por así decirlo *dynamei* (virtualmente). Del mismo modo, la economía burguesa únicamente llegó a comprender la sociedad feudal, antigua, oriental, cuando comenzó a criticarse a sí misma. Precisamente porque la economía burguesa no se identificó pura y simplemente con el pasado fabricándose mitos, su crítica de las sociedades anteriores, sobre todo del feudalismo contra el cual tuvo que luchar directamente, fue semejante a la crítica dirigida por el cristianismo contra el paganismo, o también a la del protestantismo contra el catolicismo.

Como en toda ciencia histórica y social en general, al ordenar las categorías económicas conviene siempre recordar que el sujeto —la sociedad burguesa moderna en este caso— existe como algo dado tanto en la realidad como en la mente, y que las categorías expresan formas y modos de existencia, a menudo simples aspectos, de esta sociedad, de este sujeto. Desde el punto de vista científico, su existencia es anterior al momento en que se comienza a hablar de ella *en tanto que tal*; esto es cierto también para las categorías económicas. Es una regla esencial pues ayuda de manera decisiva a establecer el plan de estudios.

Nada parece más natural, por ejemplo, que comenzar por la renta del suelo, la propiedad territorial, porque se halla ligada a la tierra, fuente de toda producción y de toda existencia, así como a la primera forma de producción de todas las sociedades más o menos estabilizadas: la agricultura. Y sin embargo, nada más falso que esto. En todas las formas de sociedad existe una determinada producción que decide del rango y de la importancia de todas las otras. Es como una luz general en la que se bañan todos los colores modificando sus tonalidades particulares. Es como un éter particular que determina el peso específico de todas las formas de existencia que allí toman relieve. Consideremos, por ejemplo, los pueblos pastores (los sim-

ples pueblos de cazadores y pescadores están fuera de la esfera donde comienza el verdadero desarrollo). Existe entre ellos cierta forma esporádica de agricultura que determina la propiedad de la tierra. Esta propiedad es común y conserva esta forma en mayor o menor grado según que esos pueblos estén más o menos adheridos a sus tradiciones: véase por ejemplo la propiedad comunal entre los eslavos. Entre los pueblos que practican la agricultura sedentaria —lo cual constituye ya un progreso considerable—, así como en la sociedad antigua y feudal, la industria misma y su organización, y las formas de propiedad que le corresponden, tienen en mayor o menor medida el carácter de propiedad territorial. La industria depende completamente de la agricultura, como entre los antiguos romanos; o bien, como en el medioevo, ella imita la organización rural en la ciudad. En la Edad Media el capital mismo (en cuanto no es simplemente capital monetario), como utensilio artesanal, etc., tradicional, etc., tiene este carácter de propiedad territorial. En la sociedad burguesa ocurre lo contrario. La agricultura se transforma de más en más en una simple rama de la industria y es dominada completamente por el capital. Lo mismo ocurre con la renta territorial. En todas las formas de sociedad en que domina la propiedad territorial, la relación con la naturaleza es aún predominante. En aquellas donde reina el capital, la preponderancia pertenece a los elementos que han sido creados por la sociedad y por la historia. No se puede comprender la renta del suelo sin el capital, pero no se puede comprender el capital sin la renta del suelo. El capital es la fuerza económica que lo domina todo. Constituye necesariamente, tanto el punto de partida como el de llegada, y debe ser explicado antes que la renta del suelo. Una vez estudiados específicamente —capital y renta del suelo— es menester examinar su relación recíproca.

En consecuencia, sería falso e inoportuno alinear las categorías económicas en el orden en que fueron históricamente determinantes. Su orden de sucesión es, por el contrario, determinado por las relaciones que existen entre

ellas en la sociedad burguesa moderna, y resulta precisamente el inverso del que parece ser su orden natural o del que correspondería a su orden de sucesión en el curso de la evolución histórica. No se trata de la posición que las relaciones económicas ocupen históricamente en la sucesión de los diferentes tipos de sociedades. Aún menos de su orden de sucesión "en la idea" (Proudhon), concepción nebulosa, si la hay, del movimiento histórico. Se trata de su jerarquía y de su conexión orgánica en el interior de la sociedad burguesa moderna.

Los pueblos comerciantes —fenicios, cartagineses— aparecieron en toda su pureza en el mundo antiguo: esta pureza (de la determinación abstracta) proviene precisamente de la supremacía adquirida por los pueblos agricultores. El capital como capital comercial o capital monetario, se presenta justamente bajo esta forma abstracta allí donde el capital no es aún el elemento dominante de la sociedad. Los lombardos, los judíos, ocupan la misma posición respecto de las sociedades medievales que practican la agricultura.

Otro ejemplo de las distintas posiciones que ocupan las mismas categorías en los diversos estadios de la sociedad: una de las últimas instituciones de la sociedad burguesa, las sociedades por acciones (*joint-stock-companies*), aparecen también en sus comienzos en las grandes compañías comerciales privilegiadas que gozan de monopolios.

El concepto mismo de riqueza nacional se insinúa entre los economistas del siglo xvii (la idea subsiste en parte entre los del siglo xviii) bajo un aspecto tal que la riqueza aparece creada únicamente por el Estado, cuya potencia aparece proporcional a esta riqueza. Era ésta una forma todavía inconscientemente hipócrita bajo la cual la riqueza y la producción de la misma se anunciaban como el fin de los Estados modernos, considerados en adelante únicamente como medios de producir riqueza.

He aquí cómo se esboza desde entonces el plan de este estudio:

1º Las determinaciones que, en su generalidad abstracta, son comunes en mayor o menor medida a todos los tipos de sociedad, pero en el sentido arriba expuesto.

2º Las categorías que constituyen la estructura interna de la sociedad burguesa y sobre las cuales reposan las clases fundamentales. Capital, trabajo asalariado, propiedad territorial. Sus relaciones recíprocas. Ciudad y campo. Las tres grandes clases sociales. El cambio entre ellas. Circulación. Crédito (privado).

3º Síntesis de la sociedad burguesa bajo la forma de Estado. El Estado considerado en sí mismo. Las clases "improductivas". Impuestos. Deuda pública. Crédito público. La población. Las colonias. Emigración.

4º La producción en sus relaciones internacionales. División internacional del trabajo. Cambios internacionales. Exportación e importación. Curso del cambio.

5º El mercado mundial y las crisis.

## PRÓLOGO A *CONTRIBUCIÓN A LA CRÍTICA DE LA ECONOMÍA POLÍTICA*

*Karl MARX*

Estudio el sistema de la economía burguesa por este orden: *capital, propiedad del suelo, trabajo asalariado; Estado, comercio exterior, mercado mundial*. Bajo los tres primeros títulos, investigo las condiciones económicas de vida de las tres grandes clases en que se divide la moderna sociedad burguesa; la conexión entre los tres títulos restantes salta a la vista. La primera sección del libro primero, que trata del capital, contiene los siguientes capítulos: 1. La mercancía; 2. El dinero o la circulación simple; 3. El capital en general. Los dos primeros capítulos forman el contenido del presente fascículo. Tengo ante mí todos los materiales de la obra en forma de monografías, redactadas con grandes intervalos de tiempo para el esclarecimiento de mis propias ideas y no para su publicación; la elaboración sistemática de todos estos materiales con arreglo al plan apuntado, dependerá de circunstancias externas.

Aunque había esbozado una introducción general, prescindiendo de ella,<sup>1</sup> pues, bien pensada la cosa, creo que el adelantar los resultados que han de demostrarse, más bien sería un estorbo, y el lector que quiera realmente seguirme

---

<sup>1</sup> Marx se refiere aquí a la *Introducción general a la crítica de la economía política*. 1857.

deberá estar dispuesto a remontarse de lo particular a lo general. En cambio, me parecen oportunas aquí algunas referencias acerca de la trayectoria de mis estudios de economía política.

Mis estudios profesionales eran los de Jurisprudencia, de la que, sin embargo, sólo me preocupé como disciplina secundaria, al lado de la filosofía y de la historia. En 1842-1843, siendo redactor de la *Rheinische Zeitung*, me vi por vez primera en el trance difícil de tener que opinar acerca de los llamados intereses materiales. Los debates de la Dieta renana sobre la tala furtiva y la parcelación de la propiedad del suelo, la polémica oficial mantenida entre el señor von Schaper, a la sazón gobernador de la provincia renana, y la *Rheinische Zeitung*, sobre la situación de los campesinos del Mosela, fue lo que me movió a ocuparme por vez primera de cuestiones económicas. Por otra parte, en aquellos tiempos en que el buen deseo de «marchar a la vanguardia» superaba con mucho el conocimiento de la materia, el *Rheinische Zeitung* dejaba traslucir un eco del socialismo y del comunismo francés, teñido de un tenue matiz filosófico. Yo me declaré en contra de aquellas chapucerías, pero confesando al mismo tiempo francamente, en una controversia con la *Allgemeine Augsburger Zeitung*, que mis estudios hasta entonces no me permitían aventurar ningún juicio acerca del contenido propiamente dicho de las tendencias francesas.<sup>2</sup> Lejos de esto, aproveché ávidamente la ilusión de los gerentes de la *Rheinische Zeitung*, quienes creían que suavizando la posición del periódico iban a conseguir que se revocase la sentencia de muerte ya decretada contra él, para retirarme de la escena pública a mi cuarto de estudio.

Mi primer trabajo, emprendido para resolver las dudas que me asaltaban, fue una revisión crítica de la filosofía

---

<sup>2</sup>. Se trata del artículo publicado por Marx en la *Rheinische Zeitung* del 16 de octubre de 1842 con el título de “Der Kommunismus und die Augsburger Allgemeine Zeitung” [El comunismo y la “Gaceta general de Absburgo”].

hegeliana del derecho,<sup>3</sup> trabajo cuya introducción vio la luz en los *Deutsch-Französische Jahrbücher*, publicados en París en 1844. Mis investigaciones desembocaban en el resultado que sigue:

Tanto las relaciones jurídicas como las formas de Estado no pueden comprenderse por sí mismas ni por la llamada evolución general del espíritu humano, sino que radican, por el contrario, en las condiciones materiales de vida cuyo conjunto resume Hegel, siguiendo el precedente de los ingleses y franceses del siglo XVIII, bajo el nombre de "sociedad civil", y que la anatomía de la sociedad civil hay que buscarla en la economía política. En Bruselas, a donde me trasladé en virtud de una orden de destierro dictada por el señor Guizot, hube de proseguir mis estudios de economía política, comenzados en París. El resultado general a que llegué y que, una vez obtenido, sirvió de hilo conductor a mis estudios, puede resumirse así: en la producción social de su existencia, los hombres contraen determinadas relaciones necesarias e independientes de su voluntad, relaciones de producción que corresponden a una determinada fase de desarrollo de sus fuerzas productivas materiales. El conjunto de estas relaciones de producción forma la estructura económica de la sociedad, la base real sobre la que eleva un edificio [*Uberbau*] jurídico y político y a la que corresponden determinadas formas de conciencia social. El modo de producción de la vida material determina [*bedingen*] el proceso de la vida social, política y espiritual en general.<sup>4</sup> No es la conciencia del hombre la

---

<sup>3</sup> La *Kritik des hegelschen Staatsrechts* [Crítica del Derecho público de Hegel] permaneció inédita en vida de Marx y fue publicada por primera vez en 1927 en la MEGA I. 1/1, pp. 401-553. De este libro hay una edición castellana basada en la traducción francesa de J. Molitor: *Crítica de la filosofía del Estado de Hegel*. Buenos Aires, Editorial Claridad, 1946. Siglo XXI Argentina tiene en preparación una nueva versión, traducida directamente del alemán.

<sup>4</sup> Siguiendo el criterio de Maximilian Rubel hemos traducido respectivamente como "determina" y "edificio" los términos ale-

que determina su ser, sino, por el contrario, el ser social es lo que determina su conciencia.<sup>5</sup> Al llegar a una determinada fase de desarrollo, las fuerzas productivas materiales de la sociedad chocan con las relaciones de producción existentes, o, lo que no es más que la expresión jurídica de esto, con las relaciones de propiedad dentro de las cuales se han desenvuelto hasta allí. De formas de desarrollo de las fuerzas productivas, estas relaciones se convierten en trabas suyas. Se abre así una época de revolución social. Al cambiar la base económica, se revoluciona, más o menos rápidamente, todo el inmenso edificio erigido sobre ella. Cuando se estudia esas revoluciones, hay que distinguir siempre entre los cambios materiales ocurridos en las condiciones económicas de producción y que pueden apreciarse con la exactitud propia de las ciencias naturales, y las formas jurídicas, políticas, religiosas artísticas o filosóficas, en una palabra, las formas ideológicas en que los hombres adquieren conciencia de este conflicto y luchan por resolverlo y del mismo modo que no podemos juzgar a un individuo por lo que él piensa de sí, no podemos juzgar tampoco a estas épocas de revolución por su conciencia, sino que, por el contrario, hay que explicarse esta conciencia por las contradicciones de la vida material, por el conflicto existente entre las fuerzas productivas sociales y las relaciones de producción. Ninguna formación social desaparece antes de que se desarrollen todas las fuerzas productivas

---

manes *bedingen* y *Uberbau*. Este último ha sido traducido habitualmente como "superestructura".

<sup>5</sup>. Recordar al respecto el siguiente fragmento de *La ideología alemana*: "La moral, la religión, la metafísica y cualquier otra ideología y las formas de conciencia que a ellas corresponden pierden, así, la apariencia de su propia sustantividad. No tiene su propia historia ni su propio desarrollo, sino que los hombres que desarrollan su producción material y su intercambio material cambian también, al cambiar esta realidad, su pensamiento y los productos de su pensamiento. No es la conciencia la que determina la vida, sino la vida la que determina la conciencia" (*op. cit.*, p. 26 ss).

que caben dentro de ella, y jamás aparecen nuevas y más altas relaciones de producción antes de que las condiciones materiales para su existencia hayan madurado en el seno de la propia sociedad antigua. Por eso, la humanidad se propone siempre únicamente los objetivos que puede alcanzar, pues, bien miradas las cosas, vemos siempre que estos objetivos brotan cuando ya se dan o, por lo menos, se están gestando, las condiciones materiales para su realización. A grandes rasgos, podemos designar como otras tantas épocas progresivas de la formación económica de la sociedad, el modo de producción asiático, el antiguo, el feudal y el moderno burgués. Las relaciones burguesas de producción son la última forma antagónica del proceso social de producción; antagónica no en el sentido de un antagonismo individual, sino de un antagonismo que proviene de las condiciones sociales de vida de los individuos. Pero las fuerzas productivas que se desarrollan en el seno de la sociedad burguesa brindan, al mismo tiempo, las condiciones materiales para la solución de este antagonismo. Con esta formación social se cierra, por tanto, la prehistoria de la sociedad humana.

Friedrich Engels, con el que yo mantenía un constante intercambio escrito de ideas desde la publicación de su genial bosquejo sobre la crítica de las categorías económicas, en los *Deutsch-Französische Jahrbücher*, había llegado por distinto camino (Véase su libro *La situación de la clase obrera en Inglaterra*) al mismo resultado que yo.<sup>6</sup> Y cuando en la primavera de 1845 se estableció también en Bruselas, acordamos contrastar conjuntamente nuestro punto de vista con el ideológico de la filosofía alemana. En el fondo, deseábamos liquidar nuestra conciencia filo-

---

<sup>6</sup> Marx se refiere al trabajo de Engels, *Umriss zu einer Kritik der Nationalökonomie* (1844) [cf. versión castellana con el título de "Esbozo de crítica de la economía política" en los *Escritos económicos varios* de Marx y Engels; México, Editorial Grijalbo, 1962] y a *Die Lage der arbeitenden Klasse in England* [cf. versión castellana: *La situación de la clase obrera en Inglaterra*, Buenos Aires, Editorial Futuro, 1946].

sófica anterior. El propósito fue realizado bajo la forma de una crítica de la filosofía posthegeliana. El manuscrito —dos gruesos volúmenes en octavo— llevaba ya la mar de tiempo de Wesfalia, en el sitio en que había de editarse, cuando nos enteramos de que nuevas circunstancias imprevisibles impedían su publicación. En vista de esto, entregamos el manuscrito a la crítica roedora de los ratones, muy de buen grado, pues nuestro objeto principal: esclarecer nuestras propias ideas, estaba ya conseguido.<sup>7</sup> Entre los trabajos dispersos en que por aquel entonces expusimos al público nuestras ideas, bajo unos y otros aspectos, sólo citaré el *Manifiesto del partido comunista*, redactado en colaboración con Engels, y mi *Discurso sobre el libre cambio*. Los puntos decisivos de nuestra concepción fueron expuestos por vez primera, científicamente, aunque sólo en forma polémica, en mi escrito *Miseria de la filosofía*, publicado en 1847 y dirigida contra Proudhon. La publicación de un estudio escrito en alemán sobre el *Trabajo asalariado*, en el que recogía las conferencias dictadas por mí en la Asociación obrera alemana de Bruselas, fue interrumpida por la revolución de febrero, que trajo como consecuencia mi alejamiento forzoso de Bélgica.

La publicación de la *Neue Rheinische Zeitung*, en 1848-1849, y los acontecimientos posteriores, interrumpieron mis estudios económicos, que no pude reanudar hasta 1850, en Londres. Los inmensos materiales para la historia de la economía política acumulados en el *British Museum*, la posición tan favorable que brinda Londres para la observación de la sociedad burguesa, y, finalmente, la nueva fase de desarrollo en que parecía entrar ésta con el descubrimiento del oro de California y de Australia, me impulsaron a volver a empezar desde el principio, abriéndome paso

---

<sup>7</sup> El manuscrito de *La ideología alemana* fue publicado por primera vez de manera integral en 1927 en las MEGA, V, pp. 3-528. [Cf. en castellano la versión de Wenceslao Roces. Ediciones Pueblos Unidos, S. A., Uruguay, 1958, reeditada en México, por Ediciones de Cultura Popular, 1977].

de un modo crítico, a través de los nuevos materiales. Estos estudios me llevan, a veces, por sí mismos, a campos aparentemente alejados y en los que tenía que detenerme durante más o menos tiempo. Pero fue la imperiosa necesidad de ganarme la vida lo que redujo el tiempo de que disponía. Mi colaboración desde hace ya ocho años en el primer periódico anglo-americano, el *New-York Tribune*, me obligaba a desperdigar extraordinariamente mis estudios, ya que sólo en casos excepcionales me dedico a escribir crónicas periodísticas. Los artículos sobre los acontecimientos más salientes de Inglaterra y el continente formaban una parte tan importante de mi colaboración, que esto me obligaba a familiarizarme con una serie de detalles de carácter práctico situados fuera de la órbita de la ciencia económica propiamente dicha.

Este esbozo sobre la trayectoria de mis estudios en el campo de la economía política tiende simplemente a demostrar que mis ideas, cualquiera que sea el juicio que merezcan, y por mucho que choquen con los prejuicios interesados de las clases dominantes, son el fruto de largos años de concienzuda investigación. Y a la puerta de la ciencia, como a la puerta del infierno, debiera estamparse esta consigna:

*Qui si convien lasciare ogni sospetto  
Ogni viltá convien che qui sia morta.*

[“Abandónese aquí todo recelo / Mátese aquí cualquier vileza”. (Dante)]

Londres, enero de 1859.

## PRÓLOGO A LA PRIMERA EDICIÓN DE *EL CAPITAL*

La obra cuyo primer tomo entrego al público es la continuación de mi trabajo *Contribución a la crítica de la economía política*, publicado en 1859. La prolongada pausa entre comienzo y continuación se debió a una enfermedad que me ha aquejado durante años e interrumpido una y otra vez mi labor.

En el *primer capítulo* del presente tomo se resume el contenido de ese escrito anterior. Y ello, no sólo para ofrecer una presentación continua y completa. Se ha mejorado la exposición. En la medida en que las circunstancias lo permitieron, ampliamos el desarrollo de muchos puntos que antes sólo se bosquejaban, mientras que, a la inversa, aquí meramente se alude a aspectos desarrollados allí con detenimiento. Se suprimen ahora por entero, naturalmente, las secciones sobre la *historia de la teoría del valor y del dinero*. Con todo, el lector del escrito precedente encontrará, en las notas del capítulo primero, nuevas fuentes para la historia de dicha teoría.

Los comienzos son siempre difíciles, y esto rige para todas las ciencias. La comprensión del *primer capítulo*, y en especial de la parte dedicada al *análisis de la mercancía*, presentará por tanto la dificultad mayor. He dado el carácter más popular posible a lo que se refiere más con-

---

<sup>1</sup> Se encontrará, más adelante, un epílogo a la segunda edición.<sup>a</sup>

<sup>a</sup> Nota suprimida en la 3ª y 4ª ediciones.

cretamente al *análisis de la sustancia y magnitud del valor*.<sup>2</sup> La *forma de valor*, cuya figura acabada es la *forma de dinero*, es sumamente simple y desprovista de contenido. No obstante, hace más de dos mil años que la inteligencia humana procura en vano desentrañar su secreto, mientras que ha logrado hacerlo, cuando menos aproximadamente, en el caso de formas mucho más complejas y llenas de contenido. ¿Por qué? Porque es más fácil estudiar el organismo desarrollado que las *células* que lo componen. Cuando analizamos las formas económicas, por otra parte, no podemos servirnos del microscopio ni de reactivos químicos. La facultad de abstraer debe hacer las veces del uno y los otros.

Para la sociedad burguesa la *forma de mercancía*, adoptada por el producto del trabajo, o la *forma de valor* de la mercancía, es la *forma celular económica*. Al profano le parece que analizarla no es más que perderse en meras *minucias y sutilezas*. Se trata, en efecto, de *minucias y sutilezas*, pero de la misma manera que es a ellas a que se consagra la *anatomía micrológica*.

Exceptuando el apartado referente a la forma de valor, a esta obra no se la podrá acusar de ser difícilmente comprensible. Confío, naturalmente, en que sus lectores serán personas deseosas de aprender algo nuevo y, por tanto, también de pensar por su propia cuenta.

---

<sup>2b</sup> Esto pareció tanto más necesario, por cuanto la obra de Ferdinand Lasalle contra Schulze-Delitzsch, hasta en la parte en que su autor proclama brindar "la quintaesencia intelectual" de mis concepciones sobre esos temas, contiene errores de importancia. *En passant* [incidentalmente]. El que Lasalle haya tomado casi textualmente de mis escritos, y por cierto sin consignar las fuentes, todas las tesis teóricas generales de sus trabajos económicos —por ejemplo las relativas al carácter histórico del capital, a la conexión entre las relaciones de producción y el modo de producción, etc., etc., valiéndose incluso de la terminología creada por mí—, ha de deberse seguramente a razones de orden propagandístico. No me refiero, naturalmente, a sus explicaciones de detalle y aplicaciones prácticas, con las cuales nada tengo que ver.

<sup>b</sup> Nota 1 en la 3ª y 4ª ediciones.

El físico observa los procesos naturales allí donde se presentan en la forma más nítida y menos oscurecidos por influjos perturbadores, o bien, cuando es posible, efectúa experimentos en condiciones que aseguren el transcurso incontaminado del proceso. Lo que he de investigar en esta obra es el *modo de producción capitalista y las relaciones de producción e intercambio* a él correspondientes. La sede clásica de ese modo de producción es, hasta hoy, *Inglatera*. Es éste el motivo por el cual, al desarrollar mi teoría, me sirvo de ese país como principal fuente de ejemplos. Pero si el lector alemán se encogiera farisaicamente de hombros ante la situación de los trabajadores industriales o agrícolas ingleses, o si se consolara con la idea optimista de que en Alemania las cosas distan aún de haberse deteriorado tanto, me vería obligado a advertirle: *De te fabula narratur!* [¡A ti se refiere la historia!]

En sí, y para sí, no se trata aquí del mayor o menor grado alcanzado, en su desarrollo, por los antagonismos sociales que resultan de las leyes naturales de la producción capitalista. Se trata de *estas leyes mismas*, de esas *tendencias* que operan y se imponen con férrea necesidad. El país industrialmente más desarrollado no hace sino mostrar al menos desarrollado la imagen de su propio futuro.

Pero dejemos esto a un lado. Donde la producción capitalista se ha aclimatado plenamente entre nosotros, por ejemplo en las fábricas propiamente dichas, las condiciones son *mucho peores* que en Inglaterra, pues falta el contrapeso de las leyes fabriles. En todas las demás esferas nos atormente, al igual que en los restantes países occidentales del continente europeo, no sólo el desarrollo de la producción capitalista, sino la falta de ese desarrollo. Además de las miserias modernas, nos agobia toda una serie de miserias heredadas, resultantes de que siguen vegetando modos de producción vetustos, meras supervivencias, con su cohorte de relaciones sociales y políticas *anacrónicas*. No sólo padecemos a causa de los vivos, sino también de los muertos. *Le mort saisit le vif!* [¡El muerto atrapa al vivo!]

Comparada con la inglesa, la estadística social de Alemania y de los demás países occidentales del continente europeo es paupérrima. Aun así, descorre el velo lo suficiente para que podamos vislumbrar detrás del mismo una cabeza de Medusa. *Nuestras propias condiciones nos llenarían de horror* si nuestros gobiernos y parlamentos, como en Inglaterra, designaran periódicamente comisiones investigadoras de la situación económica; si a esas comisiones se les confirieran los mismos plenos poderes de que gozan en Inglaterra para investigar la verdad; si a tales efectos se pudiera encontrar hombres tan competentes, imparciales e inflexibles como los inspectores fabriles ingleses, como sus autores de informes médicos acerca de la "Public Health" (salud pública), sus funcionarios encargados de investigar la explotación de las mujeres y los niños y las condiciones de vivienda y de alimentación, etc. Perseo se cubría con un yelmo de niebla para perseguir a los monstruos. Nosotros nos encasquetamos el yelmo de niebla, cubriéndonos ojos y oídos para poder negar la existencia de los monstruos.

No debemos engañarnos. Así como la guerra norteamericana por la independencia, en el siglo XVIII, tocó a rebato para la clase media europea, la guerra civil norteamericana del siglo XIX hizo otro tanto con la clase obrera europea. En Inglaterra el proceso de trastocamiento es tangible. Al alcanzar cierto nivel, habrá de repercutir en el continente. Revestirá allí formas más brutales o más humanas, conforme al grado de desarrollo alcanzado por la clase obrera misma. Prescindiendo de motivos más elevados, pues, su propio y particularísimo interés exige de las clases hoy dominantes la remoción de todos los obstáculos legalmente fiscalizables que traban el desarrollo de la clase obrera. Es por eso que en este tomo he asignado un lugar tan relevante, entre otras cosas, a la historia, el contenido y los resultados de la legislación fabril inglesa. Una nación debe y puede aprender de las otras. Aunque una sociedad haya descubierto *la ley natural que preside su propio movimiento* —y el objetivo último de esta obra es, en defi-

nitiva, *sacar a la luz la ley económica que rige el movimiento de la sociedad moderna*—, no puede saltarse fases naturales de desarrollo ni abolirlas por decreto. Pero puede abreviar y mitigar los dolores del parto.

Dos palabras para evitar posibles equívocos. No pinto de color de rosa, por cierto, las figuras del capitalista y el terrateniente. Pero aquí sólo se trata de *personas* en la medida en que son *la personificación de categorías económicas, portadores de determinadas relaciones e intereses de clase*. Mi punto de vista, con arreglo al cual concibo como *proceso de historia natural el desarrollo de la formación económico-social*, menos que ningún otro podría responsabilizar al individuo por relaciones de las cuales él sigue siendo socialmente una criatura por más que subjetivamente pueda elevarse sobre las mismas.

En el dominio de la economía política, la *investigación científica libre* no solamente enfrenta al mismo enemigo que en todos los demás campos. La naturaleza peculiar de su objeto convoca a la lid contra ella a las más violentas, mezquinas y aborrecibles pasiones del corazón humano: las furias del interés privado. La Alta Iglesia de Inglaterra, por ejemplo, antes perdonará el ataque a treinta y ocho de sus treinta y nueve artículos de fe que a un treintainueveavo de sus ingresos. Hoy en día el propio ateísmo es *culpa levis* [pecado venial] si se lo compara con la crítica a las relaciones de propiedad tradicionales. No se puede desconocer, con todo, que en este aspecto ha habido cierto progreso. Me remito, por ejemplo, al libro azul publicado hace pocas semanas: *Correspondence with Her Majesty's Missions Abroad, Regarding Industrial Questions and Trade Unions*. Los representantes de la corona inglesa en el extranjero manifiestan aquí, sin circunloquios, que en Alemania, Francia, en una palabra, en todos los estados civilizados del continente europeo, la transformación de las relaciones existentes entre el capital y el trabajo es tan perceptible e inevitable como en Inglaterra. Al mismo tiempo, allende el Océano Atlántico, el señor Wade, vicepresidente de los Estados Unidos de Nor-

teamérica, declaraba en mítines públicos: tras la abolición de la esclavitud, pasa al orden del día la transformación de las relaciones del capital y las de la propiedad de la tierra. Son signos de la época, que no se dejan encubrir ni por mantos de púrpura ni con negras sotanas. No anuncian que ya mañana vayan a ocurrir milagros. Revelan cómo hasta en las clases dominantes apunta el presentimiento de que la sociedad actual no es un inalterable cristal, sino un organismo sujeto a cambios y constantemente en proceso de transformación.

El *segundo tomo* de esta obra versará en torno al *proceso de circulación del capital* (libro segundo) y a *las configuraciones del proceso en su conjunto* (libro tercero); el *tercero* y final (libro cuarto), a *la historia de la teoría*.

Bienvenidos todos los juicios fundados en una crítica científica. En cuanto a los prejuicios de la llamada *opinión pública*, a la que nunca he hecho concesiones, será mi divisa, como siempre, la del gran florentino:

*Segui il tuo corso, e lascia dir le genti!*

[¡ Sigue tu camino y deja que la gente hable!]

Londres, 25 de julio de 1867.

## EPÍLOGO A LA SEGUNDA EDICIÓN DE *EL CAPITAL*

Debo, para empezar, informar a los lectores de la primera edición sobre las modificaciones introducidas en la segunda. Salta a la vista la mejor subdivisión de la obra. En todos los casos, las notas suplementarias están indicadas como notas de la segunda edición. En lo referente al texto mismo, lo más importante es lo siguiente:

Capítulo I, 1: hemos efectuado con mayor rigor científico la derivación del valor mediante el análisis de las ecuaciones en las que se expresa todo valor de cambio; del mismo modo, se ha destacado de manera expresa el nexo, en la primera edición apenas indicado, entre la sustancia del valor y la determinación de la magnitud de éste por el tiempo de trabajo socialmente necesario. Se ha reelaborado íntegramente el capítulo I, 3 (La forma de valor), tal como ya lo exigía la exposición doble de la primera edición. Dejo constancia, de paso, que esa exposición doble me la había sugerido en Hanover mi amigo el doctor Ludwig Kugelman. Me encontraba de visita en su casa, en la primavera de 1867, cuando llegaron de Hamburgo las primeras galeras, y fue él quien me persuadió de que hacía falta, para la mayor parte de los lectores, una exposición suplementaria y más didáctica de la forma de valor. Se ha modificado en gran parte el último apartado del capítulo I, "El carácter fetichista de la mercancía, etc." Hemos revisado cuidadosamente el capítulo III, 1 (La medida de los valores), puesto que en la primera edición, en la que nos remitíamos al estudio que del punto habíamos efectuado en la *Contribución a la crí-*

*tica de la economía política*, Berlín, 1859, tratamos con negligencia ese apartado. Reelaboramos considerablemente el capítulo VII, y en especial el apartado 2.

No sería provechoso referirse en detalle a las modificaciones incidentales, a menudo puramente estilísticas, efectuadas en el texto. Están dispersas por todo el libro. No obstante, al revisar la traducción francesa que se está publicando en París, he llegado a la conclusión de que más de una parte del original alemán habría requerido una reelaboración radical aquí, allí una mayor corrección de estilo, o también una supresión más cuidadosa de ocasionales inexactitudes. Faltó el tiempo para ello, pues la noticia de que se había agotado el libro y debía comenzarse a imprimir la segunda edición ya en enero de 1872, no la recibí hasta el otoño de 1871, en momentos en que me hallaba, además, ocupado en otros trabajos urgentes.

La rápida comprensión con que amplios círculos de la clase obrera alemana recibieron *El Capital* es la mejor recompensa por mi trabajo. Un hombre que en lo económico representa el punto de vista burgués, el fabricante vienés señor Mayer, expuso certeramente en un folleto publicado durante la guerra franco-prusiana que la gran capacidad teórica que pasa por ser el patrimonio alemán, ha abandonado totalmente a las clases presuntamente cultas de Alemania y renace, por el contrario, en su clase obrera.<sup>a</sup>

La economía política ha seguido siendo en Alemania, hasta la hora actual, una ciencia extranjera. En su *Geschichtliche Darstellung des Handels, der Gewerbe usw.*, y particularmente en los dos primeros tomos de la obra, publicados en 1830, Gustav von Gülich examinó ya las circunstancias históricas que obstruyeron, entre nosotros, el desarrollo del modo de producción capitalista, y por tanto también el que se constituyera la sociedad burguesa moderna. Faltaba, pues, el suelo nutricional de la eco-

---

<sup>a</sup> En la 4ª edición no se incluyeron los cuatro primeros párrafos de este epílogo.

nomía política. Se la importó, en calidad de mercancía ya terminada, de Inglaterra y Francia; los profesores alemanes de esa ciencia siguieron siendo discípulos. En sus manos, la expresión teórica de una realidad extranjera se transformó en colección de dogmas, interpretados por ellos conforme al espíritu del mundo pequeñoburgués que los rodeaba, y en consecuencia mal interpretados. Se procuraba ocultar el sentimiento de impotencia científica —no totalmente reprimible—, la conciencia poco tranquilizadora de tener que oficiar de dómínes en un territorio que en realidad les era extraño, bajo el relumbrón de la sapiencia histórico-literaria o mediante la mezcla de ingredientes extraños, tomados en préstamo de las llamadas ciencias de cámara, un revoltijo de conocimientos a cuyo purgatorio debe someterse el esperanzado<sup>a</sup> candidato a la burocracia alemana.

A partir de 1848 la producción capitalista se desarrolló rápidamente en Alemania, y hoy en día ha llegado ya a su habitual floración de fraudes y estafas. Pero la suerte sigue siendo esquiva a nuestros especialistas. Mientras pudieron cultivar desprejuiciadamente la economía política, faltaban en la realidad alemana las modernas relaciones económicas. Y no bien surgieron dichas relaciones, ello ocurrió en circunstancias que ya no permitían su estudio sin prejuicios dentro de los confines del horizonte intelectual burgués. En la medida en que es burguesa, esto es, en la medida en que se considera el orden capitalista no como fase de desarrollo históricamente transitoria, sino, a la inversa, como figura absoluta y definitiva de la producción social, la economía política sólo puede seguir siendo una ciencia mientras la lucha de clases se mantenga latente o se manifieste tan sólo episódicamente.

Veamos el caso de Inglaterra. Su economía política clásica coincide con el período en que la lucha de clases no se había desarrollado. Su último gran representante, Ricardo, convierte por fin, conscientemente, la antítesis

---

<sup>a</sup> 3ª y 4ª ediciones; “desesperanzado”.

entre los intereses de clase, entre el salario y la ganancia, entre la ganancia y la renta de la tierra, en punto de partida de sus investigaciones, concibiendo ingenuamente esa antítesis como ley natural de la sociedad. Pero con ello la ciencia burguesa de la economía había alcanzado sus propios e infranqueables límites. La crítica, en la persona de Sismondi, se enfrentó a aquélla ya en vida de Ricardo, y en oposición a él.<sup>1</sup>

La época subsiguiente, 1820-1830, se distingue en Inglaterra por la vitalidad científica que se manifiesta en el dominio de la economía política. Fue el período tanto de la vulgarización y difusión de la teoría ricardiana como de su lucha con la vieja escuela. Se celebraron brillantes torneos. Las contribuciones efectuadas entonces son poco conocidas en el continente europeo, ya que en gran parte la polémica está diseminada en artículos de revistas, escritos ocasionales y folletos. El carácter desprejuiciado de esta polémica —aunque la teoría ricardiana sirve excepcionalmente, también, como arma de ataque contra la economía burguesa— se explica por las circunstancias de la época. Por una parte, la gran industria salía apenas de su infancia, como lo demuestra el mero hecho de que el ciclo periódico de su vida moderna no es inaugurado sino por la crisis de 1825. Por otra parte, la lucha de clases entre el capital y el trabajo quedaba relegada a un segundo plano: políticamente por la contienda que oponía el bando formado por los gobiernos y los señores feudales congregados en la Santa Alianza, a las masas populares, acaudilladas por la burguesía; económicamente, por la querrela entre el capital industrial y la propiedad aristocrática de la tierra, pendencia que en Francia se ocultaba tras el antagonismo entre la propiedad parcelaria y la gran propiedad rural, y que en Inglaterra irrumpió abiertamente con las leyes cerealeras. La literatura económica inglesa correspondiente a esa época recuerda el período de efervescencia polémica que sobrevino en Francia tras la muerte

---

<sup>1</sup> Véase mi obra *Contribución a la crítica . . .*, p. 39.

del doctor Quesnay, pero sólo de la manera en que el veranillo de San Martín recuerda la primavera. Con el año 1830 se inicia la crisis definitiva, concluyente.

La burguesía, en Francia e Inglaterra, había conquistado el poder político. Desde ese momento la lucha de clases, tanto en lo práctico como en lo teórico, revistió formas cada vez más acentuadas y amenazadoras. Las campanas tocaron a muerto por la economía burguesa científica. Ya no se trataba de si este o aquél teorema era verdadero, sino de si al capital le resultaba útil o perjudicial, cómodo o incómodo, de si contravenía o no las ordenanzas policiales. Los espadachines a sueldo sustituyeron a la investigación desinteresada, y la mala conciencia y las ruines intenciones de la apologética ocuparon el sitio de la investigación científica sin prejuicios. De todos modos, hasta los machacones opúsculos que la *Anti-Corn-Law League*, encabezada por los fabricantes Cobden y Bright, sembró a todos los vientos, presentaban aunque no un interés científico cuando menos un interés histórico por su polémica contra la aristocracia terrateniente. Pero la legislación librecambista, de sir Robert Peel en adelante, arrancó este último aguijón a la economía vulgar.

La revolución continental de 1848-1849<sup>a</sup> repercutió también en Inglaterra. Quienes aspiraban aún a tener cierta relevancia científica y se resistían a ser simples sofistas y sicofantes de las clases dominantes, procuraron compaginar la economía política del capital con las reivindicaciones del proletariado, a las que ya no era posible seguir desconociendo. De ahí ese insípido sincretismo cuyo representante más destacado es John Stuart Mill. Trátase de una declaración de bancarrota por parte de la economía "burguesa", tal como lo ha esclarecido magistralmente el gran sabio y crítico ruso Nikolái Chernishevski en su obra *Lineamientos de la economía política, según Mill*.

En Alemania, pues, el modo de producción capitalista alcanzó su madurez después que su carácter antagónico

---

<sup>a</sup> En la 3ª y 4ª ediciones: "1848".

se hubiera revelado tumultuosamente en Francia e Inglaterra a través de luchas históricas, y cuando el proletariado alemán tenía ya una conciencia teórica de clase mucho más arraigada que la burguesía del país. Por lo tanto, apenas pareció que aquí llegaría a ser posible una ciencia burguesa de la economía política, la misma se había vuelto, una vez más, imposible.

En estas circunstancias, sus portavoces se escindieron en dos bandos. Unos —gente sagaz, ávida de lucro, práctica— se congregaron bajo la bandera de Bastiat, el representante más pedestre y por lo tanto más cabal de la apologética economía vulgar; los otros, orgullosos de la dignidad profesoral de su ciencia, siguieron a John Stuart Mill en el intento de conciliar lo inconciliable. Tal como en la época clásica de la economía burguesa, al producirse la decadencia de ésta los alemanes siguieron siendo meros aprendices, reiteradores e imitadores, vendedores ambulantes y al pormenor de los mayoristas extranjeros.

El peculiar desarrollo histórico de la sociedad alemana, pues, cerraba las puertas del país a todo desarrollo original de la economía “burguesa”, pero no a su crítica. En la medida en que tal crítica representa, en general, a una clase, no puede representar sino a la clase cuya misión histórica consiste en trastocar el modo de producción capitalista y finalmente abolir las clases: el proletariado.

En un principio, los portavoces cultos e ignaros de la burguesía alemana procuraron aniquilar *El Capital* por medio del silencio, tal como habían logrado hacer con mis obras anteriores. Cuando esa táctica ya no se ajustó a las demandas de la época, se pusieron a redactar, con el pretexto de criticar mi libro, instrucciones “para tranquilizar la conciencia burguesa”, pero encontraron en la prensa obrera —véanse por ejemplo los artículos de Joseph Dietzgen en el *Volksstaat*— paladines superiores, a los que aun hoy deben la respuesta.<sup>2</sup>

---

<sup>2</sup> Los tartajosos parlanchines de la economía vulgar alemana prueban el estilo de mi obra y mi sistema expositivo. Nadie

En la primavera de 1872 apareció en San Petersburgo una excelente traducción rusa de *El Capital*. La edición, de 3,000 ejemplares, ya está prácticamente agotada. En 1871 el señor Nikolái Sieber, profesor de economía política en la Universidad de Kíev, había presentado ya, en su obra *Teoría tsénnosti i kapitala D. Ricardo* (*La teoría de David Ricardo sobre el valor y el capital*), mi teoría del valor, del dinero y del capital, en sus lineamientos fundamentales, como desenvolvimiento necesario de la doctrina de Smith-Ricardo. En la lectura de esta meritoria obra, lo que sorprende al europeo occidental es que el autor mantenga consecuentemente un punto de vista teórico puro.

El método aplicado en *El Capital* ha sido poco comprendido, como lo demuestran ya las apreciaciones, contradictorias entre sí, acerca del mismo.

Así, la *Revue Positiviste* de París me echa en cara, por una parte, que enfoque metafísicamente la economía, y por la otra —¡adivínese!— que me limite estrictamente al análisis crítico de lo real, en vez de formular recetas de cocina (¿comtistas?) para el bodegón del porvenir. En cuanto a la inculpación de metafísica, observa el profesor

---

puede juzgar más severamente que yo las deficiencias literarias de *El Capital*. No obstante, para provecho y gozo de estos señores y de su público, quiero traer aquí a colación un juicio inglés y otro ruso. La *Saturday Review*, hostil por entero a mis opiniones, dijo al informar sobre la primera edición alemana: el sistema expositivo “confiere un encanto (charm) peculiar aun a los más áridos problemas económicos”. El *S. P. Viédomosti* (un diario de San Petersburgo) observa en el número del 20 de abril de 1872: “La exposición, salvo unas pocas partes excesivamente especializadas, se distingue por ser accesible a todas las inteligencias, por la claridad y, pese a la elevación científica del tema, por su extraordinaria vivacidad. En este aspecto el autor . . . ni de lejos se parece a la mayor parte de los sabios alemanes, que . . . redactan sus libros en un lenguaje tan ininteligible y árido como para romper la cabeza al mortal común y corriente”. Lo que se les rompe a los lectores de la literatura que hoy en día producen los profesores nacional-liberales de Alemania es, empero, algo muy distinto de la cabeza.

Sieber: “En lo que respecta a la teoría propiamente dicha, el método de Marx es el método deductivo de toda la escuela inglesa, cuyos defectos y ventajas son comunes a los mejores economistas teóricos”. El señor Maurice Block —*Les théoriciens du socialisme en Allemagne*. Extrait du *Journal des Économistes*, juillet et août 1872— descubre que mi método es analítico y dice, entre otras cosas: “Con esta obra, el señor Marx se coloca al nivel de las mentes analíticas más eminentes”. Los críticos literarios alemanes alborotan, naturalmente, acusándome de sofistería hegeliana. La revista de San Petersburgo *Viéstnik Ievropi* (*El Mensajero de Europa*), en un artículo dedicado exclusivamente al método de *El Capital* (número de mayo de 1872, pp. 427-436), encuentra que mi método de investigación es estrictamente realista, pero el de exposición, por desgracia, dialéctico-alemán. Dice así: “A primera vista, y si juzgamos por la forma externa de la exposición, Marx es el más idealista de los filósofos, y precisamente en el sentido alemán, esto es, en el mal sentido de la palabra. Pero en rigor es infinitamente más realista que todos sus predecesores en el campo de la crítica económica. . . . En modo alguno se lo puede llamar idealista”. No puedo dar más cumplida respuesta al autor de ese artículo que transcribir algunos extractos de su propia crítica, que tal vez interesen, además, a no pocos de los lectores para los cuales es inaccesible el original ruso.

Luego de citar un pasaje de mi Prólogo a la *Crítica de la economía política* (Berlín, 1859, pp. IV-VII), en el que discuto la base materialista de mi método, prosigue el autor:

“Para Marx, sólo una cosa es importante: encontrar la ley de los fenómenos en cuya investigación se ocupa. Y no sólo le resulta importante la ley que los rige cuando han adquirido una forma acabada y se hallan en la interrelación que se observa en un período determinado. Para él es importante, además, y sobre todo, la ley que gobierna su transformación, su desarrollo, vale decir, la transición de una a otra forma, de un orden de interrelación a otro.

No bien ha descubierto esa ley, investiga circunstanciadamente los efectos a través de los cuales se manifiesta en la vida social... Conforme a ello, Marx sólo se empeña en una cosa: en demostrar, mediante una rigurosa investigación científica, la necesidad de determinados órdenes de las relaciones sociales y, en la medida de lo posible, comprobar de manera inobjetable los hechos que le sirven de puntos de partida y de apoyo. A tal efecto, basta plenamente que demuestre, al tiempo que la necesidad del orden actual, la necesidad de otro orden en que aquél tiene que transformarse inevitablemente, siendo por entero indiferente que los hombres lo crean o no, que sean o no conscientes de ello. Marx concibe el movimiento social como un proceso de historia natural, regido por leyes que no sólo son independientes de la voluntad, la conciencia y la intención de los hombres, sino que, por el contrario, determinan su querer, conciencia e intenciones... Si el elemento consciente desempeña en la historia de la civilización un papel tan subalterno, ni qué decir tiene que la crítica cuyo objeto es la civilización misma, menos que ninguna otra puede tener como base una forma o un resultado cualquiera de la conciencia. O sea, no es la idea, sino únicamente el fenómeno externo lo que puede servirle de punto de partida. La crítica habrá de reducirse a cotejar o confrontar un hecho no con la idea sino con otro hecho. Lo importante para ella, sencillamente, es que se investiguen ambos hechos con la mayor precisión posible y que éstos constituyan en realidad, el uno con respecto al otro, diversas fases de desarrollo; le importa, ante todo, que no se escudriñe con menor exactitud la serie de los órdenes, la sucesión y concatenación en que se presentan las etapas de desarrollo. Pero, se dirá, las leyes generales de la vida económica son unas, siempre las mismas, siendo de todo punto indiferente que se las aplique al pasado o al presente. Es esto, precisamente, lo que niega Marx. Según él no existen tales leyes abstractas... En su opinión, por el contrario, cada período histórico tiene sus propias leyes... Una vez que la vida ha hecho que caduque determinado

período de desarrollo, pasando de un estadio a otro, comienza a ser regida por otras leyes. En una palabra, la vida económica nos ofrece un fenómeno análogo al que la historia de la evolución nos brinda en otros dominios de la biología... Al equipararlas a las de la física y las de la química, los antiguos economistas desconocían la naturaleza de las leyes económicas... Un análisis más profundo de los fenómenos demuestra que los organismos sociales se diferencian entre sí tan radicalmente como los organismos vegetales de los animales... Es más: exactamente el mismo fenómeno está sometido a leyes por entero diferentes debido a la distinta estructura general de aquellos organismos, a la diferenciación de sus diversos órganos, a la diversidad de las condiciones en que funcionan, etcétera. Marx niega, a modo de ejemplo, que la ley de la población sea la misma en todas las épocas y todos los lugares. Asegura, por el contrario, que cada etapa de desarrollo tiene su propia ley de la población... Con el diferente desarrollo de las fuerzas productivas se modifican las relaciones y las leyes que las rigen. Al fijarse como objetivo el de investigar y dilucidar, desde este punto de vista, el orden económico capitalista, no hace sino formular con rigor científico la meta que debe proponerse toda investigación exacta de la vida económica... El valor científico de tal investigación radica en la elucidación de las leyes particulares que rigen el surgimiento, existencia, desarrollo y muerte de un organismo social determinado y su remplazo por otro, superior al primero. Y es éste, el valor que, de hecho, tiene la obra de Marx."

Al caracterizar lo que él llama mi verdadero método de una manera tan certera, y tan benévola en lo que atañe a mi empleo personal del mismo, ¿qué hace el articulista sino describir el método dialéctico?

Ciertamente, el modo de exposición debe distinguirse, en lo formal, del modo de investigación. La investigación debe apropiarse pormenorizadamente de su objeto, analizar sus distintas formas de desarrollo y rastrear su nexo interno. Tan sólo después de consumada esa labor, puede

exponerse adecuadamente el movimiento real. Si esto se logra y se llega a reflejar idealmente la vida de ese objeto, es posible que al observador le parezca estar ante una construcción apriorística.

Mi método dialéctico no sólo difiere del de Hegel, en cuanto a sus fundamentos, sino que es su antítesis directa. Para Hegel el proceso del pensar, al que convierte incluso, bajo el nombre de idea, en un sujeto autónomo, es el demiurgo de lo real; lo real no es más que su manifestación externa. Para mí, a la inversa, lo ideal no es sino lo material traspuesto y traducido en la mente humana.

Hace casi treinta años sometí a crítica el aspecto mistificador de la dialéctica hegeliana, en tiempos en que todavía estaba de moda. Pero precisamente cuando trabajaba en la preparación del primer tomo de *El Capital*, los irascibles, presuntuosos y mediocres epígonos que llevan hoy la voz cantante en la Alemania culta, dieron en tratar a Hegel como el bueno de Moses Mendelssohn trataba a Spinoza en tiempos de Lessing: como a un "perro muerto". Me declaré abiertamente, pues, discípulo de aquel gran pensador, y llegué incluso a coquetear aquí y allá, en el capítulo acerca de la teoría del valor, con el modo de expresión que le es peculiar. La mistificación que sufre la dialéctica en manos de Hegel, en modo alguno obsta para que haya sido él quien, por vez primera, expuso de manera amplia y consciente las formas generales del movimiento de aquélla. En él la dialéctica está puesta al revés. Es necesario darla vuelta, para descubrir así el núcleo racional que se oculta bajo la envoltura mística.

En su forma mistificada, la dialéctica estuvo en boga en Alemania, porque parecía glorificar lo existente. En su figura racional, es escándalo y abominación para la burguesía y sus portavoces doctrinarios, porque en la intelección positiva de lo existente incluye también, al propio tiempo, la inteligencia de su negación, de su necesaria ruina; porque concibe toda forma desarrollada en el fluir de su movimiento, y por tanto sin perder de vista su lado

perecedero; porque nada la hace retroceder y es, por esencia, crítica y revolucionaria.

El movimiento contradictorio de la sociedad capitalista se le revela al burgués práctico, de la manera más contundente, durante las vicisitudes del ciclo periódico que recorre la industria moderna y en su punto culminante: la crisis general. Esta crisis nuevamente se aproxima, aunque aún se halle en sus prolegómenos, y por la universalidad de su escenario y la intensidad de sus efectos, atiborrará de dialéctica hasta a los afortunados advenedizos del nuevo Sacro Imperio prusiano-germánico.

Londres, 24 de enero de 1873.

# CARTAS SOBRE *EL CAPITAL*

DE MARX A ENGELS

[Londres.] 2 de abril de 1858.

Lo que sigue es un breve bosquejo de la primera parte. La porquería entera ha de dividirse en seis libros: I. Capital; II. Propiedad de la tierra; III. Trabajo asalariado; IV. Estado; V. Comercio internacional; VI. Mercado mundial.

*Capital*. Contiene cuatro secciones: A. El capital en general (*éste es el material de la primera parte*); B. *Competencia*, o acción de los diversos capitales unos sobre otros; C. *Crédito*, en que el capital aparece como elemento general en comparación con los capitales particulares; D. *Capitales por acciones*, como la forma más completa (que pasa al comunismo) junto con todas sus contradicciones.

La transición del capital a la propiedad de la tierra es también histórica, ya que la forma moderna de la propiedad territorial es un producto de la acción del capital sobre la propiedad territorial feudal, etc. Análogamente, la transición de la propiedad territorial al trabajo asalariado no es solamente dialéctica sino también histórica, desde que el producto final de la propiedad de la tierra es la institución general del trabajo asalariado, que se presenta a su vez como base de toda la porquería. Pues bien (me es difícil escribir hoy), llegamos ahora al *corpus delicti*, (prueba del crimen).

I. *Capital. Primera sección: El capital en general.* En toda esta sección se supone que los salarios son constantemente iguales a su nivel más bajo. El movimiento de los salarios mismos y el aumento o la disminución del mismo entran en la consideración del trabajo asalariado. Además, la propiedad de la tierra se toma como  $= 0$ ; esto es, hasta ahora nada concierne a la propiedad de la tierra en cuanto relación económica particular. Esta es la única manera posible de evitar tener que tratar con todo al hacerlo con cada relación particular.

(1) *Valor.* Puramente reducido a cantidad de trabajo. El tiempo como medida de trabajo. El valor de uso —ya sea considerado subjetivamente como utilidad del trabajo u objetivamente como utilidad del producto— se presenta aquí simplemente como la presuposición material del valor, que por ahora cae completamente fuera de la determinación de la forma económica. El valor como tal no tiene otro “material” que el trabajo mismo. Esta determinación del valor, indicada por primera vez por Petty y elaborada claramente por Ricardo, es simplemente la forma más abstracta de la riqueza burguesa. En sí misma ya presupone: la disolución: 1) del comunismo primitivo (India, etc.); 2) de todos los modos de producción no desarrollados, preburgueses, no dominados por completo por el intercambio. Si bien es una abstracción, ésta es una abstracción histórica que sólo podría adoptarse sobre la base de un desarrollo particular de la sociedad. Todas las objeciones a esta definición del valor o bien derivan, de condiciones menos desarrolladas de la producción, o bien se fundan en una confusión por la cual se establecen las determinaciones económicas más completas (y de las cuales se abstrae el valor y que, desde otro punto de vista, también puede por lo tanto considerarse como desarrollo ulterior del mismo) en oposición al valor en su forma abstracta y sin desarrollar. Teniendo en cuenta la falta de claridad entre los propios Señores Economistas en cuanto a la forma en que esta abstracción se vincula a las formas

posteriores y más concretas de la riqueza burguesa, esas objeciones eran más o menos justificadas.

De la contradicción entre el carácter general del valor y su existencia material en una mercadería particular, etc., —estas características generales son las mismas que más tarde aparecen en el dinero— surge la categoría del dinero.

(2) *Dinero*. Algo acerca de los metales preciosos como vehículo de las relaciones monetarias.

(a) *El dinero como medida*. Algunas notas sobre la medida *ideal* de Stewart, Attwood, Urquhart; presentado en forma más comprensible por los defensores del trabajo-dinero (Gray, Bray, etc. Algunos palos ocasionales a los proudhonistas). El valor de la mercancía traducido en dinero es su *precio*, que por ahora sigue apareciendo solamente en esta diferencia *puramente formal* del valor. De acuerdo a la ley general del valor, una cantidad particular de dinero expresa meramente una cantidad particular de trabajo corporizado. En tanto que el dinero es medida, la variabilidad de su propio valor no hace al caso.

(b) *El dinero como medio de intercambio, o circulación simple*. Aquí sólo se considera la forma simple de esta circulación. Todas las circunstancias que la determinan más precisamente residen fuera de ella y por consiguiente se considerarán más adelante. (Presuponen condiciones más desarrolladas). Si denominamos C a la mercancía y M al dinero, la circulación simple exhibirá ciertamente estos dos movimientos o circuitos: C-M-M-C y M-C-C-M (el último constituye la transición a la Sección C), pero el punto de partida y el de retorno no coinciden de modo alguno, o si lo hacen es sólo accidentalmente. La mayor parte de las llamadas leyes formuladas por los economistas tratan la circulación del dinero, no dentro de sus propios límites, sino como incluida en y determinada por movimientos superiores. Todo esto hay que eliminarlo. (Entra parcialmente dentro de la teoría del crédito; pero en parte también debe tratarse en los puntos en que el dinero aparece nuevamente, aunque más completamente defini-

do). Ahora viene, entonces, el dinero como medio de circulación (*moneda*). Pero al mismo tiempo como la *realización* (no meramente en trance de desaparición) del precio. De la simple determinación que la mercancía fijada como precio, ya está canjeada idealmente por dinero, antes de serlo en la realidad, surge la importante ley económica de que la *cantidad de medio circulante está determinada por el precio y no viceversa*. (Aquí, algo de historia de la controversia vinculada a este punto). Se sigue, además, que la velocidad puede reemplazar a la masa, pero que para los actos simultáneos del intercambio es necesaria una *masa determinada*; en tanto que aquellos no están relacionados entre sí como + y —; esta igualación y la consideración de la misma sólo se mencionarán en este punto sin embargo, como anticipo de resultados posteriores. No entraré ahora en más detalles del desarrollo ulterior de esta sección, y sólo anotaré que la separación de C-M y M-C es la forma más abstracta y superficial en que se expresa la posibilidad de la crisis. El desarrollo de la ley que expresa que el premio determina la masa circulante, muestra que aquí entran tres suposiciones que de ningún modo se aplican a todas las etapas de la sociedad; por consiguiente, es absurdo tomar, por ejemplo, la afluencia de la moneda llegada a Roma desde Asia y su influencia sobre los precios romanos, poniéndola así junto a las condiciones comerciales modernas. Las determinaciones más abstractas, cuando examinadas con mayor cuidado, siempre indican una concreta base histórica determinada (como es natural, ya que han sido abstraídas de ellas).

(c) *El dinero como dinero*. Este es el desarrollo de la forma M-C-C-M. El dinero como ente independiente del valor, desvinculado de la circulación; la existencia material de la riqueza abstracta. Lo muestra en circulación en la medida en que el dinero no aparece simplemente como vehículo de la circulación, sino como la realización del precio. En su carácter de (c), en que (a) y (b) sólo aparecen como funciones, el dinero es la mercancía general de los contratos (aquí es importante la variabilidad de su va-

lor, debida a la determinación del valor por el tiempo de trabajo) y objeto de atesoramiento. Esta función sigue siendo importante en Asia y fue importante generalmente en el mundo antiguo y en la Edad Media. Ahora sólo existe como parte secundaria del sistema bancario. En épocas de crisis vuelve a cobrar importancia el dinero en esta forma. Consideración del dinero en esta forma y de los engaños que ha producido en el curso de la historia universal. Propiedades destructivas, etc. El dinero como encarnación de todas las formas superiores en que aparecerá el valor; formas precisas en que son limitadas exteriormente todas las relaciones del valor. Sin embargo el dinero fijado en esta forma deja de ser una relación económica; la forma se pierde en su medio material, el oro y la plata. Por otra parte, en cuanto el dinero entra en circulación y es nuevamente canjeado por C, el proceso final, el consumo de la mercancía, cae nuevamente fuera de la relación económica. La simple circulación del dinero no contiene el principio de su autorreproducción y por consiguiente va más allá de sí mismo. Como lo muestra el desarrollo de sus determinaciones, el dinero contiene en sí mismo la demanda de valor que entrará en circulación, lo mantiene durante la circulación y al mismo tiempo establece la circulación: esto es, para el capital. Esta transición, también histórica. La forma antediluviana del capital es el capital comercial, que siempre despliega dinero. Al mismo tiempo, el verdadero capital surge de este dinero o capital de los mercaderes, que cobra el control de la producción.

(d) Esta simple circulación, considerada en sí misma —y aquí tenemos la superficie de la sociedad burguesa, que oculta las operaciones más profundas de la que proviene— no manifiesta diferencia entre los objetos del intercambio, a excepción de los formales y temporarios. Este es *el reino de la libertad y de la igualdad, y de la propiedad basada en el "trabajo"*. La acumulación, que aquí aparece en forma de atesoramiento, es, por consiguiente, tan sólo una mayor frugalidad, etc. En seguida, por una parte el absurdo de los armonistas económicos de los li-

brecambistas modernos (Bastiat, Carey, etc.), quienes establecen este aspecto tan superficial y abstracto como *su* verdad aplicable a las relaciones de producción más desarrolladas y a sus antagonismos. Por otro lado, el absurdo de los proudhonistas y socialistas similares que tratan de aplicar las ideas de igualdad que corresponden a este intercambio de equivalentes (o lo que se supone tal) a las desigualdades, etc., de las que surge el intercambio y a las que este retorna. Como ley de apropiación en esta esfera, aparece la apropiación por el trabajo, un intercambio de equivalentes, de manera que el intercambio devuelve simplemente el mismo valor en una forma material diferente. En resumen, todo es "amoroso", pero muy pronto llegará a un horrible final, y por cierto que debido a la ley de equivalencia.

(3) *Capital*. Esta es realmente la parte más importante de la primera sección, y acerca de la cual más necesito tu opinión. Pero hoy no puedo seguir escribiendo. Esta sucia ictericia me hace difícil sostener la pluma y el inclinar la cabeza sobre el papel me marca. De modo que, hasta la próxima.

★ Acerca de la primera parte de la *Crítica de la Economía Política*, que Marx enviara a Engels para su lectura, escribía este último el 9 de abril de 1858

El estudio de tu resumen de la primera mitad\* me ha tenido ocupado. *It is a very abstract indeed*, lo que no podía evitarse en esa forma abreviada, y a menudo me da trabajo encontrar las transiciones dialécticas, ya que todo razonamiento abstracto se me ha vuelto muy extraño. Esta disposición del conjunto en seis libros, posiblemente no podría ser mejor y me gusta extraordinariamente, si bien todavía no veo con claridad la transición dialéctica de la propiedad del suelo al trabajo asalariado. El desarrollo de la exposición del dinero es también muy bueno. También

---

\* La *Crítica de la Economía Política* fue publicada por partes.

aquí hay puntos particulares que todavía no veo muy claros, ya que a menudo tengo que buscar primero la base histórica por mi cuenta. Sin embargo, creo que tan pronto como tenga la conclusión del capítulo en general, veré mejor la línea, y entonces te escribiré con mayor detalle acerca de ello. El abstracto tono dialéctico de este epítome desaparecerá, naturalmente en su elaboración.

En la carta anterior Marx da el primer plan de su obra económica. *El Capital* no estuvo fijado en su forma desde el comienzo. En el curso de los años 1858 a 1867, a medida que Marx penetraba más profundamente en su documentación, le daba siempre una nueva forma, hasta que halló la forma de presentación que reflejaba con mayor claridad el contenido dialéctico de esta obra, la principal del marxismo. (Ver también el párrafo 3 de la *Introducción a la Crítica de la Economía Política*: “El Método de la Economía Política”).

## DE MARX A ENGELS

Londres, [8 de octubre de] 1858.

Con el favorable giro que está tomando en este momento el comercio mundial (aun cuando la enorme acumulación de dinero en los bancos de Londres, París y Nueva York, muestra que las cosas deben estar todavía lejos de estar del todo bien), es al menos consolador que Rusia ha *empezado la revolución*, pues considero que la convocación de los “notables” a Petersburgo constituye un tal principio. Igualmente en Prusia las cosas son peores que en 1847, y las absurdas ilusiones respecto de la inclinación del Príncipe de Prusia hacia la clase media se esfumarán con violencia. No les hará daño a los franceses si ven que

el mundo puede moverse sin ellos. Al mismo tiempo, hay entre los eslavos, y especialmente en Bohemia, movimientos excepcionalmente grandes, movimientos por cierto contrarrevolucionarios, pero que sin embargo se añaden al fermento.

La guerra rusa de 1854-55, por miserable que fuera y por poco que sus resultados hayan perjudicado a los rusos (Turquía, más bien, fue la única perjudicada), evidentemente ha precipitado, sin embargo, el giro que están tomando las cosas en Rusia. La circunstancia que hizo de los alemanes en su movimiento revolucionario tan completos satélites de Francia, fue la actitud de Rusia. Con un movimiento interno en Moscovia, terminará esta mala broma. Tan pronto como las cosas se desenvuelvan ahí algo más perceptiblemente, podremos probar en qué medida el rico Consejero de Estado Haxthausen\* se permitió dejarse engañar por las "autoridades" y por los campesinos aleccionados por las autoridades.

No podemos negar que la sociedad burguesa ha experimentado por segunda vez su siglo xvi; un siglo décimosexto que, así lo espero, sonará el toque de difuntos de la sociedad burguesa del mismo modo que el primero la dio a luz. La misión particular de la sociedad burguesa es el establecimiento del mercado mundial, al menos en esbozo, y de la producción basada sobre el mercado mundial. Como el mundo es redondo, esto parece haber sido completado por la colonización de California y Australia y el descubrimiento de China y Japón. Lo difícil para nosotros es esto: en el continente, la revolución es inminente y asumirá también de inmediato un carácter socialista. ¿No estará destinada a ser aplastada en este pequeño rincón, teniendo en cuenta que en un territorio mucho mayor el movimiento de la sociedad burguesa está todavía en ascenso?

---

\*. August von Haxthausen (1792-1867), consejero de Estado de Prusia, autor de varios libros, basados sobre sus viajes, acerca de Rusia y Transcaucasia.

En lo que concierne particularmente a China, me he asegurado, por un exacto análisis del movimiento comercial de 1836: *primero*, que el incremento de las exportaciones inglesas y norteamericanas (1844-46) probaron ser puro fraude en 1847, y que también en los diez años siguientes el promedio permaneció casi estacionario, en tanto que las exportaciones chinas a Inglaterra y Norteamérica crecieron enormemente; *segundo*, que la apertura de los cinco puertos y la toma de Hong Kong sólo tuvo como resultado que el comercio pasara de Cantón a Shangai. Los otros "emporios" no cuentan. La principal razón del fracaso de este mercado parece ser el comercio del opio, al que se limita siempre cualquier aumento en el comercio de exportación a China; pero a esto se agrega la organización económica interna del país, su agricultura en pequeña escala, etc., que tomará un tiempo enorme en romper. El actual tratado de Inglaterra con China, que en mi opinión fue elaborado por Palmerston en combinación con el gabinete de Petersburgo y le fue entregado a Lord Elgin en ocasión de su viaje, es una burla del principio al fin.

★ Esta carta muestra cómo estudiaban Marx y Engels el desarrollo del método capitalista de producción y todas sus nuevas manifestaciones, como revolucionarios prácticos. Acerca de China, Engels le escribía a Sorge (residente en Nueva York) el 10 de noviembre de 1894:

La guerra china [con el Japón] le ha dado el golpe de gracia a la vieja China. El aislamiento se ha vuelto imposible, la introducción de vías férreas, de máquinas de vapor, de la electricidad, de la industria en gran escala, se ha vuelto ya una necesidad para los propósitos de la defensa militar. Pero con esto el viejo sistema económico del pequeño cultivo campesino, en que la familia confecciona por sí misma sus productos industriales, también cae a pedazos, y con él el conjunto del viejo sistema social, bajo el cual era posible una población relativamente

densa. Millones de personas serán expulsadas de sus hogares y forzadas a emigrar; y estos millones se abrirán camino llegando inclusive a Europa, y esto en masa. Pero la competencia china, una vez que se establezca en gran escala, madurará rápidamente las cosas, tanto para ustedes en los EE. UU. como para nosotros, y de este modo la conquista de China por el capitalismo le dará al mismo tiempo un impulso al derrocamiento del capitalismo en Europa y Norteamérica.

### DE MARX A ENGELS

[Londres,] 2 de agosto de 1862.

Es un verdadero milagro que yo haya podido proseguir, como lo he hecho, con el trabajo teórico.\* Después de todo, me propongo incluir la teoría de la renta ya en este volumen, como capítulo suplementario, es decir, como «ejemplo» de un principio sentado anteriormente. Te diré en pocas palabras lo que, *cuando elaborada, será una larga y complicada historia*, a fin de que puedas *darme tu opinión*.

Tú sabes que distingo dos partes del capital: *El capital constante* (materia prima, *matières instrumentales* [materias auxiliares], maquinaria, etc.). cuyo vavor *reaparece* meramente en el valor del producto; y en segundo lugar, el *capital variable*, es decir, el capital invertido en salarios, que incluye menos trabajo que el que devuelve el obrero. Por ejemplo, si el salario diario = 10 horas y si el obrero trabaja 12, aquél reemplaza al capital variable + 1/5 (2 horas). A este último excedente lo llamo *plusvalía*.

---

\* En un periodo de desesperadas dificultades pecuniarias.

Supongamos una *tasa de plusvalía* dada (es decir, la extensión de la jornada de trabajo y el excedente de trabajo sobre el necesario para la reproducción de la paga del obrero) y digamos que es igual al 50 por ciento. En este caso, con una jornada de trabajo de, por ejemplo, 12 horas, el obrero trabajaría 8 horas para sí y 4 ( $8/2$ ) para el empleador. Y supongamos ésto para todas las industrias, de modo que cualesquiera diferencias en el tiempo medio de trabajo son simplemente una compensación de la mayor o menor dificultad del trabajo, etc.

En estas circunstancias, con *igual* explotación del obrero en *diferentes* industrias, capitales diferentes del *mismo volumen* producirán cantidades muy *diferentes* de plusvalía en diferentes esferas de la producción, y por consiguiente *muy diferentes tasas de beneficio*, ya que la ganancia no es sino la proporción de la plusvalía respecto del capital total aplicado. Esto dependerá de la *composición orgánica* del capital, esto es, de su distribución en capital, constante y variable.

Supongamos, como antes, que el trabajo excedente = 50 por ciento. Entonces, si por ejemplo 1 Libra = 1 jornada de trabajo (el resultado no altera si tomas la duración de la jornada como una semana), la jornada de trabajo = 12 horas y el trabajo necesario (para la reproducción de la paga) = 8 horas, los salarios de 30 obreros (o jornadas de trabajo) serán entonces = 20 Libras, y el valor de su trabajo = 30 Libras; el capital variable por obrero (diaria o semanalmente) =  $2/3$  de Libra, y el valor que éste produce = 1 Libra. La cantidad de plusvalía producida en diferentes industrias por un capital de 100 Libras será muy diferente según las proporciones de capital constante y variable en que se divida ese capital. Llamemos  $c$  al capital constante, y  $v$  al variable. Si en la industria del algodón, por ejemplo, la composición fuese  $c = 80$ ,  $v = 20$  el valor del producto sería = 100 (dada una plusvalía o trabajo excedente del 50 por ciento. La cantidad de plusvalía = 10 y la tasa de beneficio = 10 por ciento, ya que en beneficio = relación

de 10 (plusvalía) a 100 (el valor total del capital gastado). Supongamos que en la sastrería al por mayor la composición sea  $c = 50$ ,  $v = 50$ ; entonces el producto = 125, la plusvalía (a una tasa del 50 por ciento, como antes) = 25, y la tasa de beneficio = 25 por ciento. Tomemos otra industria, en que la proporción sea  $c = 70$ ,  $v = 30$ ; entonces el producto = 115, y la tasa de beneficio = 15 por ciento. Y finalmente, una industria en que la composición sea  $c = 90$ ,  $v = 10$ ; el producto = 105 y la tasa de beneficio = 5 por ciento.

Aquí tenemos, con *igual explotación* del trabajo, cantidades muy diferentes de plusvalía para iguales sumas de capital invertidas en distintas industrias, y en consecuencia tasas de beneficio muy diferentes.

Pero si sumamos los cuatro capitales anteriores, obtenemos:

	<i>Valor del Producto</i>		<i>%</i>
1) $c = 80$ , $v = 20$	210	Tasa de beneficio =	10
2) $c = 50$ , $v = 50$	125	” ” ” =	25
3) $c = 70$ , $v = 30$	115	” ” ” =	15
4) $c = 90$ , $v = 10$	105	” ” ” =	5
Capital = 400		Beneficio	= 55

*Tasa de plusvalía en todos los casos = 50*

Sobre 100, esto da una tasa de beneficio del  $13\frac{3}{4}$  por ciento.

Considerada como *capital total* de la *clase* (400), la tasa de beneficio sería =  $13\frac{3}{4}$  por ciento. Y los capitalistas son hermanos. La competencia (transferencia o retiro de capital de una industria a otra) provoca que *iguales sumas* de capital en *diferentes* industrias produzcan, a pesar de su diferente composición orgánica, la *misma* tasa

*media* de beneficio. En otras palabras: el beneficio *medio* que produce un capital de 100 libras, por ejemplo, en cierta industria, no proviene de la aplicación de este capital particular ni está vinculado, en consecuencia, a la finalidad con que se produce la plusvalía, sino que constituye una *parte alícuota* del capital total de las clases capitalistas. Es una participación en la cual se pagan los dividendos, en proporción a su volumen, mediante la totalidad de la plusvalía (o trabajo no pagado) que produce el capital variable total (invertido en salarios) de la clase.

Ahora bien, a fin de que los cuatro tipos de capital de la clase anterior produzcan el mismo *beneficio medio*, cada uno de ellos debe vender sus mercancías a  $113\frac{3}{4}$  Libras. Las industrias 2 y 3 las venden *por encima de su valor*, y las 1 y 4 *por debajo* de su valor. El precio regulado de esta manera = gastos del capital + beneficio medio; por ejemplo, el 10 por ciento es lo que [Adam] Smith llama *precio natural*, *precio de costo*, etc. Es a este precio medio que reduce los precios en las diferentes ramas la competencia (por transferencia o retiro del capital) entre las diferentes industrias. Por consiguiente, la competencia *no* reduce a las mercancías a su *valor*, sino a su *precio de costo*, que es *superior*, *inferior*, o igual a su *valor*, según la composición orgánica de los respectivos capitales.

Ricardo confunde *valor* con *precio de costo*. Por consiguiente, cree que si existiera la *renta absoluta* (esto es, una renta *independiente* de la diversa productividad de los diferentes tipos de suelos) los productos agrícolas, etc., se venderían siempre *por encima de su valor*, porque se venderían *por encima* de su precio al costo (capital invertido + tasa media). Esto echaría por tierra su ley fundamental. Por eso niega la existencia de la renta absoluta y sólo admite la renta diferencial.

Pero esta identificación del *valor* de las mercancías con su *precio de costo* es fundamentalmente errónea y viene siendo aceptada tradicionalmente desde A. Smith.

El hecho es éste:

Supongamos que la composición *media* de todo el capital *no* agrícola sea  $c = 80$ ,  $v = 20$ , de modo que el producto (a una tasa de plusvalía del 50 por ciento) = 110, y la tasa de beneficio = 10 por ciento.

Supongamos además que la composición *media* del *capital agrícola* sea  $c = 60$  y  $v = 40$ . (Estas cifras son estadísticamente bastante correctas para Inglaterra; las rentas ganaderas, etc., no comportan diferencias en este caso porque están determinadas por las rentas del cereal y no por ellas mismas.) Entonces el producto, con la misma explotación del trabajo que antes, será = 120, y la tasa de beneficio = 20 por ciento. Por consiguiente, si el agricultor vende su producto *a su valor*, lo vende a 120 y no a 110, que es su *precio de costo*. Pero, *la propiedad de la tierra* le impide al agricultor, equivalente de los capitalistas hermanos, ajustar el *valor* del producto a su *precio de costo*. La competencia entre los capitales no puede modificar ésto. Interviene el terrateniente y extrae *la diferencia entre el valor y el precio de costo*. En general, una baja proporción del capital constante al variable es expresión de un bajo (o relativamente bajo) desarrollo de las fuerzas productivas del trabajo en una esfera particular de la producción. Por consiguiente, si la composición *media* del capital agrícola, por ejemplo, es  $c = 60$ ,  $v = 40$ , en tanto que la del capital *no* agrícola es  $c = 80$ ,  $v = 20$ , esto demuestra que la agricultura todavía no ha alcanzado el mismo grado de desarrollo que la industria. (Lo que es muy fácil de explicar, ya que, prescindiendo de todo lo demás, la industria presupone a la antigua ciencia de la mecánica, y la agricultura presupone a las ciencias enteramente nuevas de la química, la geología y la fisiología). Si la proporción es en la agricultura  $c = 80$ ,  $v = 20$  (como supusimos antes), la *renta absoluta* desaparece. Sólo queda la *renta diferencial*, la que, sin embargo, expongo en forma tal que la suposición de Ricardo, del continuo deterioro de la agricultura, se manifiesta de lo más ridícula y arbitraria.

En la determinación anterior del *precio de costo*, en cuanto distinto del *valor*, debe señalarse también que, además de la distinción entre capital constante y capital variable —la que surge del *proceso inmediato de producción* en que interviene el capital—, hay también una distinción entre capital *fijo* y capital *circulante*, distinción que proviene del *proceso de circulación* del capital. Pero la fórmula se volvería demasiado complicada si yo tratase de introducir también esto en lo dicho más arriba.

Aquí tienes —a grandes rasgos, porque la cosa es bastante complicada— la crítica de la teoría de Ricardo. Admitirás, al menos, que la atención a la *composición orgánica del capital* termina con una pila de lo que hasta ahora parecían ser contradicciones y problemas. . .

★ Esta carta, en la que Marx da un brillante esbozo de lo que más tarde presentó en detalle en el Vol. III de *El Capital*, es de importancia porque los economistas burgueses, a fin de ocultar su fracaso en la comprensión de la naturaleza del método marxista, intentaron industriosamente fabricar una contradicción entre el primero y el tercer volúmenes de *El Capital*. Esta carta es una prueba documental de que Marx ya tenía completo el esqueleto de toda su teoría antes de que fuera publicado el Vol. I, de *El Capital*. También aquí en su teoría de la renta, ya ha logrado elaborar la teoría de la renta absoluta, que en 1851 todavía no había desarrollado.

El manuscrito del año 1862 se conservó; en él hay logros y detallados pasajes sobre la renta, que Marx, en la ordenación final de *El Capital*, relegó al Vol. III.

## DE MARX A ENGELS

Londres, 6 de julio de 1863.

Si te es posible con este calor, mira con algún cuidado el *Tableau Économique*\* adjunto, que reemplazo por la Tabla de Quesnay, y comunícame todas las objeciones que puedas tener. Abarca todo el proceso de la producción.

Tú sabes que, de acuerdo a A. Smith, el *precio "natural"* o "*necesario*" está compuesto de salarios, beneficio (interés) y renta, reduciéndose así enteramente a los ingresos. Este disparate fue adoptado por Ricardo, si bien éste excluye del catálogo a la renta, como meramente accidental. Casi *todos* los economistas han aceptado esto de Smith, y quienes lo combaten caen en alguna otra imbecilidad.

El propio Smith tiene conciencia del absurdo que significa reducir el *producto total* para la sociedad *meramente al ingreso* (que puede consumirse anualmente), en tanto que en *cada rama separada* de la producción resuelve el precio en *capital* (materias primas, maquinaria, etc.) e *ingresos* (salarios, beneficio, renta). De acuerdo a ésto, la sociedad tendría que comenzar de nuevo, *sin capital*, todos los años.

En cuanto a mi tabla,\*\* que figurará como *resumen* en uno de los últimos capítulos de mi libro, es preciso comprender lo siguiente:

1) Las cifras representan millones.

2) En *medios de subsistencia* hay que incluir *todo* lo que anualmente va al *fondo de consumo* (o que podría ir al fondo de consumo *sin acumulación*, estando ésta *excluida* de la tabla).

---

\* Cuadro económico.

\*\* Reproducida en la página 117.

En la Clase I (medios de subsistencia) la *producción total* (700) consiste de *medios de subsistencia* que por su naturaleza *no* entran en el *capital constante* (materia prima, maquinaria, edificios, etc.). Análogamente, en la Clase II, la *producción total* consiste de las mercancías que constituyen el *capital constante*, esto es, que entran nuevamente en el proceso de reproducción como materia prima y maquinaria.

3) Las líneas *ascendentes* son *punteadas*, las *descendentes* son llenas.

4) El *capital constante* es esa parte del capital que consiste de materia prima y maquinaria. El *capital variable*, esa parte que se cambia por trabajo.

5) En agricultura, por ejemplo, una parte del mismo producto (por ejemplo, trigo) constituye medio de subsistencia, otra parte (por ejemplo, trigo) entra en su forma natural (por ejemplo, como *semilla*) en la reproducción, nuevamente como materia prima. Pero esto no influye, porque tales ramas de la reproducción figuran en una de sus cualidades en la Clase II, y en la otra en la Clase I.

6) Lo característico de todo el asunto es, por consiguiente esto:

#### CATEGORÍA I. MEDIOS DE SUBSISTENCIA

Los materiales de trabajo y la maquinaria importan, digamos, 400 Libras (es decir, esa porción de *éstos* que se incluye en la producción anual como *depreciación*; la parte de la maquinaria, etc., que no se gasta *no* aparece en la tabla de ninguna manera). El capital variable cambiado por trabajo = 100 y se reproduce como 300, de los cuales 100 reemplazan a los salarios en el producto y 200 representan la plusvalía (*trabajo excedente no pagado*). El producto = 700, de los cuales 400 representan el valor del capital constante cuyo conjunto ha intervenido, empero, en el producto, y en consecuencia debe ser reemplazado.

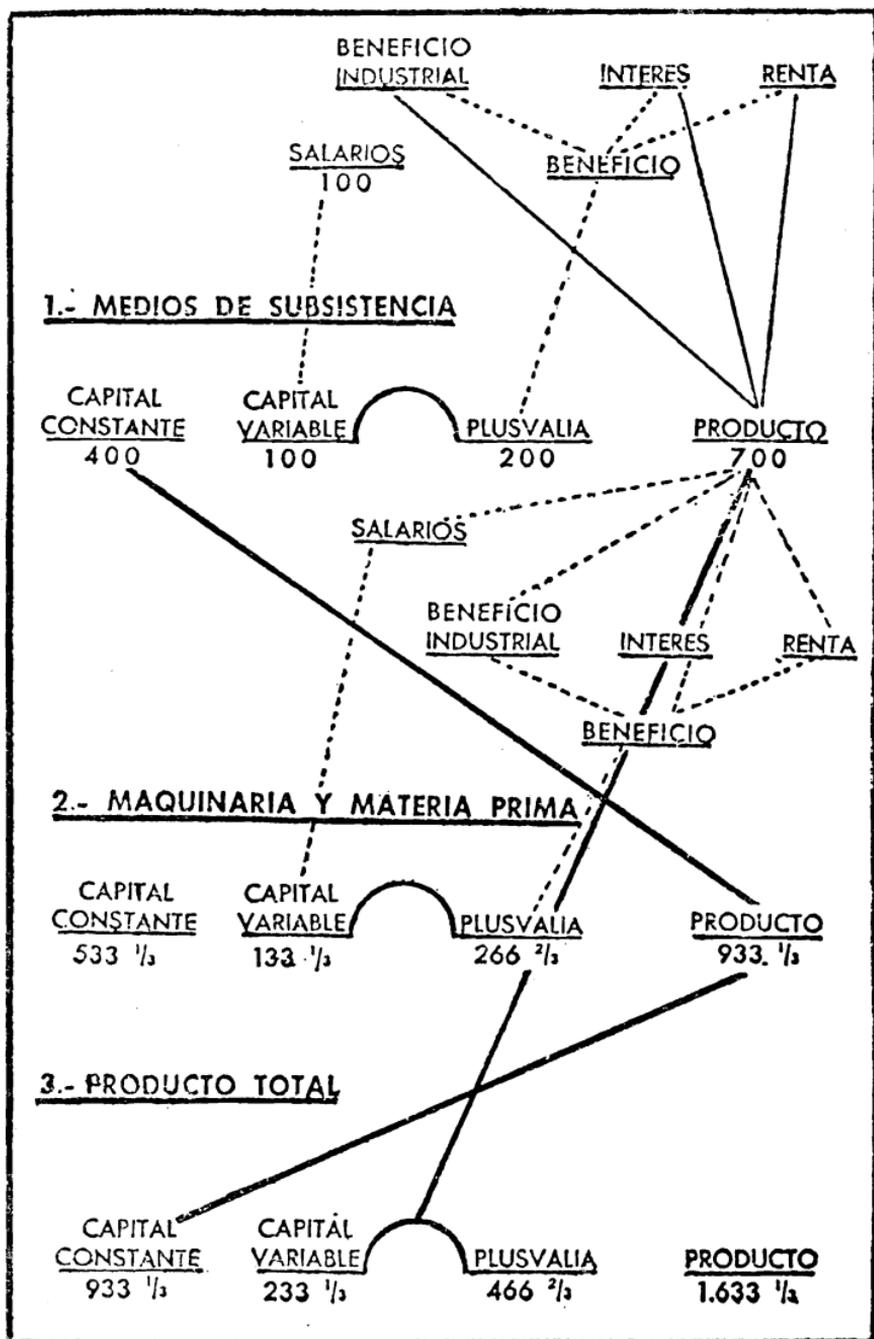
En esta relación entre el capital variable y la plusvalía se supone que el obrero trabaja una tercera parte de la jornada para sí y dos terceras partes para sus superiores naturales.

100 (capital variable) se gasta, pues, en dinero en concepto de salarios, según se indica con la línea punteada; con estos 100 (representado por la línea descendente) el obrero compra el *producto* de esta clase, es decir, medios de subsistencia por valor de 100. De modo que el dinero fluye nuevamente de retorno a la Clase capitalista I.

La plusvalía 200 en su forma general = beneficio, el que, sin embargo, se divide en *beneficio industrial* (incluido el *comercial*), en *interés*, que el capitalista paga en dinero, y en *renta*, que también paga en dinero. El dinero así empleado en beneficio industrial, interés y renta, retorna nuevamente (representado por las líneas descendentes) porque se gasta en el producto de la Clase I. De manera que todo el dinero desembolsado por el capitalista industrial dentro de la Clase I vuelve nuevamente hacia él, en tanto que de los 700 del producto, 300 son consumidos por los obreros, empleados, prestamistas y terratenientes. En la Clase I queda una *plusvalía* de 400 del producto (en medios de subsistencia) y un déficit de 400 en el capital constante.

## CATEGORÍA II. MAQUINARIAS Y MATERIAS PRIMAS

Como el *producto total de esta categoría* (no únicamente esa parte de productos que reemplaza al capital constante, sino también la que representa el equivalente de los salarios y de la plusvalía) consiste de *materias primas* y *maquinaria*, el rédito de esta categoría no puede realizarse en su propio producto, sino únicamente en el producto de la categoría I. Pero dejando de lado la acumulación, como lo hacemos aquí, la categoría I sólo puede comprar de la categoría II la cantidad necesaria para reemplazar su capital constante, mientras que la categoría



II sólo puede gastar la parte de su producto que representa los salarios y la plusvalía (*rédito*) en el producto de la categoría I. Los obreros de la categoría II gastan, pues, su dinero =  $133 \frac{1}{3}$  en el producto de la categoría I. Lo mismo ocurre con la plusvalía de la categoría II, la que, como la de la I, se divide en beneficio industrial, interés y renta. Así, pues, 400 en dinero retorna de la categoría II a los capitalistas e industriales de la categoría I, quienes a cambio envían el resto de su producto = 400 a la anterior.

Con estos 400 en dinero la Clase I compra los 400 necesarios para reemplazar su capital constante de la categoría II, a la cual retorna así nuevamente el dinero gastado en salarios y consumo (por los propios capitalistas industriales, los prestamistas y terratenientes). A la categoría II le queda, pues,  $533 \frac{1}{3}$  de su producto total, con el cual reemplaza su propio capital constante gastado.

El movimiento, en parte dentro de la categoría I y en parte entre las categorías I y II, muestra al mismo tiempo cómo el dinero con que pagan nuevos salarios, intereses y renta del suelo, fluye de retorno a los respectivos capitalistas industriales de ambas categorías.

La CATEGORÍA III representa el conjunto del proceso de reproducción. El producto total de la categoría II aparece aquí como el capital constante del conjunto de la sociedad, y el producto total de la categoría I, como esa parte del producto que reemplaza al capital variable (el fondo de salarios) y a los réditos de las clases que se reparten la plusvalía.

★ QUESNAY, FRANÇOIS (1694-1774). Médico y economista francés, fundador de la teoría fisiocrática que

transfirió la investigación del origen de la plusvalía de la esfera de la circulación, a la propia esfera de la producción inmediata, con lo cual echó las bases del análisis de la producción capitalista. (Marx).

Según los fisiócratas, la renta del suelo era la única forma de la plusvalía, y el trabajo agrícola era por consiguiente el único trabajo productivo. Pero, esta

aparente glorificación de la propiedad territorial se transforma en su negación económica y en la confirmación de la producción capitalista. (Marx).

puesto que los fisiócratas querían echar todo el peso de los impuestos sobre la renta del suelo, exigían que la industria fuese liberada de la tutela del Estado y predicaban la libre competencia. Debemos agradecer especialmente a la doctrina fisiocrática por la famosa Tabla Económica (*Tableau Économique*) de Quesnay, en la cual representaba el proceso de la reproducción del capital social en su conjunto. Esta tabla,

en el primer tercio del siglo XVIII, cuando la economía política estaba en su infancia... fue incontestablemente la idea más brillante de que ha sido culpable hasta ahora la economía política. (Marx. *Ver Theorien über den Mehrwert*, Bd. I.)

## DE MARX A KUGELMANN

Londres, 13 de octubre de 1866.

Desde la última y única carta que le envié, he sufrido de nuevo continuas recaídas, a consecuencia de las cuales mi trabajo teórico ha sido constantemente interrumpido (el trabajo práctico para la Asociación Internacional prosigue constantemente, y es muy grande, porque en realidad tengo que dirigir toda la sociedad). El mes que viene le enviaré los primeros pliegos a Meissner y continuaré

haciéndolo así hasta llevar yo mismo el resto a Hamburgo. Entonces lo visitaré a usted de todas maneras.

Circunstancias personales (interrupciones físicas y externas\* sin tregua) hacen que sea necesario que el primer volumen aparezca separadamente, y no ambos volúmenes juntos como era mi primitiva intención. Después de todo habrá probablemente tres volúmenes.

La obra entera se divide como sigue:

*Libro I. El Proceso de Producción del Capital.*

*Libro II. El Proceso de Circulación del Capital.*

*Libro III. La forma del Proceso en Conjunto.*

*Libro IV. Contribución a la Historia de la Teoría Económica.*

El primer volumen contiene los dos primeros libros.

Creo que el tercer libro llenará el segundo volumen, y el cuarto libro el tercero.

Consideré que era necesario empezar el libro *ab ovo* [desde el principio], es decir, hacer en un capítulo sobre las mercancías y el dinero un *resumen* de mi libro que publicó Duncker.\*\* Pensé que esto era necesario, no sólo para ser completo, sino también porque gente bastante inteligente no comprendió muy correctamente el asunto, y por consiguiente debe faltar algo en la primera presentación, particularmente en el *análisis de las mercancías*. Lassalle, por ejemplo, en su *Kapital und Arbeit* [*Capital y Trabajo*], donde supone haber dado la “quintaesencia intelectual” de mi desarrollo del tema, comete grandes desatinos, lo que, es verdad, siempre ocurre con él en su apropiación tan poco ceremoniosa de mis obras. Es gracioso oírlo acusarme de “errores” literarios e históricos porque a menudo cito de memoria sin consultar el original. Todavía no he resuelto si he de decir algo, en el prefacio, en pocas palabras, sobre el plagio de Lassalle. La manera desvergonzada en que sus ciegos partidarios han salido a mi encuentro lo justificaría.

---

\* Preocupaciones pecuniarias y domésticas.

\*\* *La Crítica de la economía política.*

## DE MARX A ENGELS

[Londres,] 8 de enero de 1868.

*Con respecto a Dühring.* Es mucho para este hombre el que acepte casi positivamente el capítulo sobre la *Acumulación Primitiva*. Es todavía joven. Como discípulo de Carey, en completa oposición a los librecambistas. A esto se agrega que es *profesor universitario*, y por ello no es de lamentar que el *Professor Roscher*, quien bloquea el camino de todos ellos, reciba algunos palos. Una cosa de su exposición me ha llamado mucho la atención. Es ésta: en tanto que la determinación del valor por medio del tiempo de trabajo quede “indeterminada”, como en Ricardo, no hace temblar a la gente. Pero, tan pronto como se la pone en exacta conexión con la jornada de trabajo y sus variaciones, cae sobre ellos una luz muy desagradable. Creo que una de las razones de Dühring al comentar mi libro fue su rabia contra Roscher. Por cierto que se percibe muy fácilmente su temor de ser tratado como Roscher. Es extraño que el tipo no se dé cuenta de los tres elementos fundamentalmente nuevos del libro:

(1) Que en contraste con *todos* los sistemas anteriores de economía política, que *empiezan* los fragmentos particulares de plusvalía con sus formas fijas de renta, beneficio e interés como ya dadas, yo empiezo por tratar la forma general de la plusvalía, en la cual se hallan todavía sin diferenciación todos esos elementos (como si dijéramos en solución).

(2) Que, sin excepción, los economistas no han advertido el simple punto que si la mercancía tiene un doble carácter —valor de uso y valor de cambio— entonces el trabajo encarnado en la mercancía también debe tener un doble carácter; en tanto que el análisis simplemente malo del trabajo, como el de Smith, Ricardo, etc., está obligado a enfrentarse en todas partes con lo inexplicable. Este es, en efecto, todo el secreto de la concepción crítica.

(3) Que por primera vez los salarios se muestran como la forma irracional en que aparece una relación oculta, y esto está exactamente representado en las dos formas del pago de salarios: salario por tiempo de trabajo y por pieza. (Me fue de ayuda el hecho de que fórmulas similares se encuentran a menudo en matemática superior.)

Y en cuanto a las modestas objeciones de Dühring contra la definición del valor, se asombrará cuando vea en el Volumen II cuán poco cuenta “directamente” para la sociedad burguesa la determinación del valor. Por cierto que *ninguna forma* de la sociedad puede impedir el hecho que, en una u otra forma, el tiempo de trabajo a disposición de la sociedad regule la producción. Pero, mientras esta regulación no se cumpla por el control directo y consciente de la sociedad sobre su tiempo de trabajo —lo que sólo es posible bajo el sistema de la propiedad común—, sino por el movimiento de los precios de las mercancías, las cosas quedan como tú las describiste muy correctamente ya en los *Deutsch-Französische-Jahrbücher*.

## DE MARX A ENGELS

[Londres,] 22 de abril de 1868.

Ahora sólo te daré breve cuenta de una «cosita» que se me *ocurrió* cuando estaba mirando la parte de mi manuscrito que trata de la tasa de beneficio. Gracias a ella se resuelve sencillamente uno de los problemas más difíciles. La cuestión es ésta: cómo es que cuando cae el valor de la moneda, es decir, del oro, aumenta la *tasa de beneficio*, en tanto que baja cuando aumenta el valor de la moneda.

Supongamos que el valor de la moneda disminuya en 1/10. Entonces el precio de las mercancías, permanecien-

do constantes las demás circunstancias, aumenta en  $1/10$ . En cambio, si el valor de la moneda aumenta en  $1/10$ , permaneciendo constantes las demás circunstancias, el precio de las mercancías cae en  $1/10$ .

Si mientras cae el valor de la moneda, el precio del trabajo no aumenta en el mismo grado, o sea, si *cae*, la tasa de plusvalía crece y, por consiguiente, quedando iguales todas las demás cosas, también crece la tasa de beneficio. El aumento de esta última —en tanto que continúa la oscilación ascendente del valor de la moneda— se debe simplemente a la baja de salarios, y esta baja se debe al hecho de que el cambio de salarios se acomoda sólo con lentitud al cambio de valor de la moneda. (Así ocurrió a fines de los siglos XVI y XVII.) Si, por el contrario, cuando sube el valor de la moneda los salarios no caen en la misma proporción, entonces la tasa de plusvalía cae, y en consecuencia también —permaneciendo iguales las demás cosas— la tasa de beneficio.

Estos dos movimientos, el aumento de la tasa de beneficio cuando baja el valor de la moneda, y su caída cuando sube el valor de la moneda, se deben, *en esas circunstancias*, únicamente al hecho de que el precio del trabajo no se ha ajustado todavía al nuevo valor de la moneda. Estos fenómenos (su explicación se conoce hace tiempo) desaparecen cuando se ajustan al precio del trabajo y el valor de la moneda.

Aquí empieza la dificultad. Los llamados teóricos dicen: Tan pronto como el precio del trabajo corresponde al nuevo valor de la moneda, por ejemplo cuando ha aumentado al caer el valor de la moneda, el beneficio y el salario se expresan en tanto más dinero. *Por lo tanto, su relación permanece constante.* En consecuencia, no puede haber variación en la tasa de beneficio. A esto replican con hechos los especialistas que se ocupan de la historia de los precios. Sus explicaciones son meras frases. Toda la dificultad proviene de confundir *la tasa de plusvalía con la tasa de beneficio.* Supongamos que la tasa de plusvalía permanezca igual, por ejemplo, 100%. Entonces, si el valor

de la moneda cae en  $1/10$ , los salarios que importan 100 Libras (digamos para 100 hombres) aumentan a 110, y análogamente a 110 la plusvalía. La misma cantidad total de trabajo que antes se expresaba en 200 Libras se expresa ahora en 220. Por lo tanto, si el precio del trabajo se ha ajustado al valor de la moneda, ningún cambio del valor de la moneda puede hacer que la *tasa de plusvalía* suba o caiga. Pero supongamos que los elementos, o algunos elementos, de la parte *constante* del capital, caigan en valor debido a la creciente productividad del trabajo, cuyos productos son. Si la caída de su valor es mayor que la de la moneda, su precio disminuirá a pesar del valor depreciado de la moneda. Si la caída de su valor sólo corresponde a la caída del valor de la moneda, su precio permanece invariable. Supongamos que se presenta el último caso.

En cierta rama de la industria, el capital 500 está compuesto de  $400 c + 100 v$ , de modo que tenemos con una *tasa de plusvalía* de 100%,  $400 c + 100 v + 100 pv = 100/500 = 20\%$ , *tasa de beneficio*. (En el Vol. III pienso usar  $400 c$ , etc., en lugar de  $c/400$ , etc., por ser menos complicado. ¿Qué piensas de ésto?) Si el valor de la moneda cae en  $1/10$ , los salarios suben a 110, *idem* la plusvalía. Si el precio en moneda del capital *constante* no varía, debido a que, como consecuencia del aumento de la productividad del trabajo el valor de sus partes componentes ha caído en  $1/10$ , entonces  $400 c + 100 v + 110 pv$ , o bien  $110/510 = 21 \frac{29}{50}\%$  de tasa de beneficio, la que por tanto habría subido en aproximadamente un  $1\frac{1}{2}\%$ , al tiempo que la tasa de plusvalía  $110 pv/110 v$  sigue siendo, como antes, del 100%.

El *aumento de la tasa de beneficio* sería mayor si el valor del capital constante cayese más rápidamente que el valor de la moneda, y menor si cayese más lentamente. Pero la suba continuará mientras tenga lugar cualquier caída del valor del capital constante, siempre que la misma cantidad de medios de producción no cueste 440 Libras en lugar de, como antes, 400 Libras.

Sin embargo, es un hecho histórico, y en particular puede demostrarse respecto de los años 1850-60, el que la productividad del trabajo, en especial, en la industria propiamente dicha, es estimulada por la caída del valor de la moneda, por la simple inflación de los precios y el general rebato internacional de la cantidad aumentada de moneda.

### DE MARX A ENGELS

Londres, 30 de abril de 1868.

Para el caso en discusión no interesa si p. v. (la plusvalía) es *cuantitativamente* mayor o menor que la plusvalía producida en la propia rama dada de la producción. Por ejemplo, si  $100 \text{ pv}/400 \text{ c} + 100 \text{ v} = 20\%$ , y éste, debido a la caída del valor de la moneda en  $1/10$ , se convierte en  $110 \text{ pv}/400 \text{ c} + 110 \text{ v}$  (suponiendo que caiga el valor del capital constante), entonces no interesa si el productor capitalista sólo se embolsa la mitad de la plusvalía que produce. Porque la tasa de beneficio será entonces para él de  $55 \text{ pv}/400 \text{ c} + 100 \text{ v}$ . Conservo aquí *pv* a fin de mostrar *cualitativamente*, en la expresión misma, de dónde proviene el beneficio.

Pero, es conveniente que conozcas el método por el cual se desenvuelve la tasa de beneficio. Por esto te expondré los *aspectos más generales* del proceso. Como sabes, en el Libro II se describe el *proceso de la circulación* del capital en base a las premisas expuestas en el Libro I. De aquí, las nuevas determinaciones de forma que surgen del proceso de la circulación, tales como el capital fijo y el circulante, el capital invertido a plazo fijo, etc. En el Libro I, finalmente, nos contentamos con la suposición de que, si en el proceso de realización, 100 libras se convierten en 110 *ya están presentes* en el mercado los ele-

mentos de una inversión ulterior de capital. Pero ahora investigamos las condiciones en las cuales estos elementos ya se encuentran en existencia, a saber, el entrelazamiento social de los diferentes capitales, de las partes componentes del capital y de la renta (= pv).

En el Libro III llegamos a la transformación de la plusvalía en sus diversas formas y partes componentes separadas.

*El beneficio* es para nosotros, en primer lugar, tan sólo *otro nombre* u otra categoría de la *plusvalía*. Puesto que, debido a la forma que toman los salarios, el conjunto del trabajo parece ser retribuido, la parte no pagada parece provenir necesariamente, no del trabajo, sino del capital, y no de la parte variable del capital sino del capital como un todo. De este modo, la plusvalía asume la forma del *beneficio*, sin diferencia *cuantitativa* alguna entre uno y otro. Esta es solamente la forma ilusoria en que aparece la plusvalía.

Además, la parte del capital que se consume en la producción de una mercancía (el capital, constante y variable, invertido en su producción *menos* la parte utilizada pero no efectivamente consumida del capital *fiijo*) se presenta ahora como el *precio de costo* de la mercancía; porque para el capitalista, esa parte del valor de la mercancía que *él* debe pagar es el precio de costo de *la mercancía*, mientras que el trabajo no pagado que la misma contiene no está incluido en *su* precio de costo desde su punto de vista. La plusvalía = beneficio se presenta ahora como el *excedente del precio de venta sobre el precio de costo*. Llamemos *v* al valor de la mercancía y *c* a su precio de costo; entonces  $v = c + pv$ , luego  $v - pv = c$ , y en consecuencia *v* es mayor que *c*. Esta nueva categoría del precio de costo es muy necesaria para los detalles del desarrollo ulterior. Es evidente desde un comienzo que el capitalista puede vender una mercancía *por debajo de su valor* con un beneficio (mientras la venda por encima de su precio de costo), y esta es la *ley fundamen-*

*tal* que explica la igualación provocada por la competencia.

Por lo tanto, si el beneficio se distingue al principio *sólo formalmente* de la plusvalía, la *tasa de beneficio*, en cambio, se distingue en seguida y realmente de la *tasa de plusvalía*, puesto que un caso la fórmula es  $p_v/v$  y en el otro  $p_v/c + v$ , de donde se sigue de inmediato, puesto que  $p_v/v$  es mayor que  $p_v/c + v$ , que la tasa de beneficio es menor que la tasa de plusvalía, a menos que  $c = 0$ .

Pero teniendo en cuenta los puntos expuestos en el Libro II, se concluye que no podemos computar la tasa de beneficio mediante la producción de mercancías queelijamos —por ejemplo una producción semanal—, sino que  $p_v/c + v$  representa aquí la plusvalía producida *durante el año* en relación con el capital *invertido* durante el año (es decir, en distinción con el vuelco transitorio de capital). La fórmula  $p_v/c + v$  vale aquí, en consecuencia, para la *tasa anual* de beneficio.

Luego examinamos cómo las variaciones de las *inversiones transitorias* de capital (en parte dependientes de la relación entre las porciones circulante y fija del capital, y en parte de la cantidad de capital circulante invertido en un año, etc.) modifican la *tasa de beneficio* al tiempo que *permanece constante la tasa de plusvalía*.

Tomando la inversión como se dijo, y  $p_v/c + v$  como la tasa anual de beneficio, examinemos cómo puede variar esta última independientemente de los cambios de la tasa de plusvalía e incluso en su cantidad total.

Desde que  $p_v$ , el total de plusvalía = *la tasa de plusvalía multiplicada por el capital variable*, si llamamos  $r$  a la tasa de plusvalía y  $p'$  a la tasa de beneficio,  $p' = r.V/C + V$ . Aquí tenemos las cuatro cantidades,  $p'$ ,  $r$ ,  $v$ ,  $c$ , con tres cualesquiera de las cuales podemos operar buscando la cuarta como incógnita. Esto cubre todos los casos posibles de movimientos de la tasa de beneficio, en tanto que se distinguen de los movimientos de la tasa y aun, en cierta medida, de los de la cantidad total de

plusvalía. Desde luego que esto ha sido hasta ahora *inexplicable* a todo el mundo.

Las leyes así descubiertas serán muy importantes, por ejemplo para comprender cómo influye el precio de la materia prima sobre la tasa de beneficio, y valen *independientemente* de cómo se divida posteriormente la plusvalía entre el productor, etc.\* Esto sólo puede cambiar la *forma de aparición*. Además, estas leyes siguen siendo *directamente* aplicables si  $pv/c + v$  es considerada como relación entre la plusvalía socialmente producida y el capital social.

II. Lo que en I fue tratado como *movimiento*, fuese de capital en una rama dada de la producción, o de capital social —movimientos que varían la composición, etc., del capital— se conciben ahora como *diferencias* entre las *cantidades de capital invertido en las diversas ramas de la producción*.

Se sigue en seguida que la *tasa de plusvalía* suponiéndose *constante* (la explotación del trabajo), la producción de valor y en consecuencia la producción de plusvalía y de aquí la *tasa de beneficio*, son *diferentes*, en las diferentes ramas de la producción. Pero por la competencia, a partir de estas diferentes tasas de beneficio se forma una tasa media o general de beneficio. Esta tasa de beneficio, expresada en términos absolutos, no puede ser otra cosa que la *plusvalía* producida (anualmente) por la *clase capitalista* en relación con el capital *social* total invertido. Por ejemplo, si el capital social = 400 c + 100 v y la plusvalía que produce anualmente = 100 pv, entonces la composición del capital social = 80 c + 20 v, y la del producto (en porcentajes) = 80 c + 20 v + 20 pv = 20 por ciento de tasa de beneficio. Esta es la *tasa general de beneficio*.

Lo que la competencia tiende a producir entre las diversas masas de capital —diferentemente compuestas e invertidas en diferentes esferas de la producción— es el

---

\* (Entre el productor y los demás capitalistas).

*comunismo capitalista*, esto es, que la *cantidad de capital perteneciente a cada esfera de producción*, arrebate una parte alícuota de la plusvalía total proporcional a la parte alícuota del capital social total que integra.

Esto sólo puede lograrse si en cada esfera de la producción (suponiendo, como antes, que el capital social =  $80 c + 20 v$  y la tasa social de beneficio =  $20 pv/80 c + 20 v$ ) la cantidad de mercancías que se produce anualmente se venda al *precio de costo* más el 20% de *beneficio* sobre el *valor del capital ya invertido* (no interesa qué cantidad del capital fijo anteriormente invertido entre o no en el precio de costo anual). Pero esto significa que la *determinación del precio* de las mercancías *no coincidirá con su valor*. Únicamente en aquellas ramas de la producción en que la composición del capital (en porcentajes) sea igual a  $80 c + 20 v$ , el precio  $c$  (precio de costo) + 20% coincidirá con el valor del capital invertido. Allí donde la composición es más elevada (por ejemplo  $90 c + 100 v$ ), el precio está *por encima* del valor; allí donde la composición es más baja (por ejemplo  $70 c + 30 v$ ) el precio está *por debajo* del valor.

El precio así igualado, que divide igualmente el total social de plusvalía entre los totales individuales de capital en proporción con su volumen, es el *precio de producción* de las mercancías, el centro alrededor del cual se mueve la oscilación de los precios del mercado.

Aquellas ramas de la producción que constituyen *monopolios* naturales están exentas de este proceso de igualación aun cuando su tasa de beneficio es mayor que la tasa social. Esto será de importancia para la exposición de la *renta del suelo*.

En este capítulo deben elaborarse más las diversas *causas de igualación* entre las distintas inversiones de capital, que para la concepción vulgar son otras tantas *fuentes originarias* de beneficio.

Además: la *forma cambiada de aparición* que toman ahora las leyes, anteriormente desarrolladas y aun válidas,

del valor y de la plusvalía *después de la transformación del valor en precio de producción.*

III. *La tendencia de la tasa de beneficio a caer a medida que progresa la sociedad.* Esto se deduce ya de lo que se expuso en el Libro I sobre el *cambio de composición del capital con el desarrollo de las fuerzas productivas sociales.* Este es uno de los grandes triunfos sobre los grandes *pons asini* (obstáculos) de toda la economía anterior.

IV. Hasta ahora sólo hemos tratado del *capital productivo.* Con el *capital mercantil* surgen modificaciones.

De acuerdo a nuestra suposición anterior, el *capital productivo* de la sociedad = 500 (no interesa si son millones o billones). Y la fórmula era  $400 c + 100 v + 100 pv$ . La tasa general de beneficio,  $p' = 20\%$ . Supongamos ahora que el *capital comercial* = 100. Los 100 de  $pv$  deben calcularse ahora sobre 600 en lugar de sobre 500. En consecuencia, la tasa general de beneficio se reduce, del 20 al  $16 \frac{2}{3}$  por ciento. El *precio de producción* (para simplificar supondremos aquí que todo el  $400 c$ , incluyendo la totalidad del capital fijo, entra en el *precio de costo* de la producción anual de mercancías) es ahora =  $583 \frac{1}{3}$ . El comerciante vende a 600 y gana entonces, si dejamos de lado la parte fija de su capital, un  $16 \frac{2}{3}$  por ciento sobre sus 100, esto es, tanto como los capitalistas productores; en otras palabras, se queda para sí con  $1/6$  de la plusvalía social. Las mercancías —tomadas en su conjunto y en escala social— se venden *a su valor*. Sus 100 Libras (aparte de su proporción fija) sólo le sirven de capital circulante. Lo que el comerciante trague de más, lo hace simplemente recurriendo a engaños o especulando con las oscilaciones de los precios de las mercancías, o, en el caso de los comerciantes minoristas, lo gana sobre salarios de trabajo —por miserablemente improductivo que sea este trabajo—, y todo esto aparece en forma de beneficio.

V. Ahora hemos reducido el beneficio a la forma en que se da realmente en la práctica, es decir, de acuerdo

a nuestra suposición, el 16 2/3 por ciento. *Luego viene la división de este capital en beneficio del empresario e intereses. Capital que devenga intereses. El sistema del crédito.*

VI. *Transformación del beneficio de plusvalía en renta del suelo.*

VII. Por último hemos llegado a las *formas de aparición* que sirven de *punto de partida* en la concepción vulgar: la renta proveniente de la tierra, el beneficio (interés), del capital, los salarios, del trabajo. Pero desde nuestro punto de vista, la cosa se ve ahora en forma diferente. Se explica el movimiento aparente. Además, el disparate de A. Smith, convertido en el *principal* pilar de toda la economía hasta el presente, de que el precio de una mercancía deriva de esas tres rentas, es decir, sólo del capital variable (salarios) y de la plusvalía (renta del suelo, beneficio, interés), es derribado. Todo el movimiento tiene lugar en esta forma aparente. Finalmente, puesto que esas tres (salarios, renta del suelo, beneficio o interés), constituyen las respectivas fuentes de ingreso de las tres clases —terratenientes, capitalistas y trabajadores asalariados—, tenemos, en conclusión, la *lucha de clases*, en que se resuelve el movimiento de todo el asunto.

## DE MARX A KUGELMANN

Londres, 11 de julio de 1868.

Muchas gracias por las cosas que me envió. No le escriba a Faucher, pues de lo contrario este *mannequin piss\** se creará muy importante. Todo lo que ha logrado es inducirme, si es que hay una segunda edición, a tirarle algunas estocadas necesarias a Bastiat, en la parte que se

---

\* La conocida estatua de Bruselas.

refiere a la *magnitud del valor*. Esto no se hizo antes, porque el tercer volumen contiene un capítulo aparte y detallado sobre los señores de la "economía vulgar". Usted encontrará muy natural que Faucher y Cía. deduzcan el «valor de cambio» de sus engendros, no de la *cantidad de fuerza de trabajo empleada*, sino de la *ausencia de tal gasto*, es decir del «trabajo ahorrado». Y el digno Bastiat ni siquiera hizo él mismo este "descubrimiento", tan bienvenido por esos caballeros, sino que, como era su costumbre, no hizo sino *copiar* a muchos autores anteriores. Las fuentes que empleaba son, por supuesto, desconocidas a Faucher y Cía.

En cuanto al *Zentralblatt*, el hombre hace la mayor concesión posible al admitir que, si uno entiende algo por valor, deben aceptarse las conclusiones que yo saco. El desgraciado no sabe que, aun cuando en mi libro no hubiera un capítulo sobre el valor, el análisis de las relaciones reales que doy contendría la prueba y demostración de la relación real del valor. El disparate acerca de la necesidad de probar el concepto de valor proviene de una completa ignorancia del tema y del método científico. Un chico sabe que un país que dejase de trabajar, no digo durante un año, sino por unas pocas semanas, se moriría. Cualquiera chico sabe también que la cantidad de producto correspondiente a las diversas necesidades requiere masas diferentes y cuantitativamente determinadas del trabajo total de la sociedad. El que no pueda eliminarse esta necesidad de distribuir el trabajo social en proporciones definidas mediante la *forma particular* de la producción social, sino que sólo pueda cambiar la *forma que toma*, es evidente. No se puede eliminar ninguna ley natural. Lo que puede cambiar, con el cambio de circunstancias históricas, es la *forma* en que operan esas leyes. Y la forma en que opera esa división proporcional del trabajo en un estado de la sociedad en que la interconexión del trabajo social se manifiesta en el *intercambio privado* de cada uno de los productos del trabajo, es precisamente el *valor de cambio* de esos productos.

La ciencia consiste precisamente en elaborar *cómo* opera la ley del valor. De modo que si se quisiera “explicar” en el comienzo mismo todos los fenómenos que aparentemente contradicen esa ley, debiera darse la ciencia *antes* de la ciencia. El error de Ricardo es precisamente que en su primer capítulo sobre el valor toma como dadas todas las posibles categorías que deben todavía desarrollarse, a fin de probar su conformidad con la ley del valor.

En cambio, como usted supuso correctamente, la *historia de la teoría* demuestra por cierto que el concepto de la relación del valor *ha sido siempre el mismo*, fuese más o menos claro y rodeado de ilusiones o científicamente preciso. Puesto que el proceso del pensamiento nace de las condiciones, puesto que es él mismo un *proceso natural*, el pensamiento que realmente comprende debe ser siempre el mismo y sólo puede variar gradualmente conforme a la madurez del desarrollo, incluyendo la del órgano mediante el cual se piensa. Todo lo demás es cháchara.

El economista vulgar no tiene la más leve idea de que las relaciones reales y cotidianas del intercambio no necesitan ser directamente idénticas a las magnitudes del valor. Lo característico de la sociedad burguesa consiste precisamente en ésto, en que *a priori* no hay una regulación consciente, social de la producción. Lo racional y lo necesario se producen en la naturaleza sólo como un promedio que opera ciegamente. Y entonces el economista vulgar cree haber hecho un gran descubrimiento cuando proclama con orgullo, en lugar de revelar la interconexión, que en apariencia las cosas parecen diferentes. En realidad, alardea de que se atiene a la apariencia y la toma por la última palabra. Siendo así ¿por qué debe haber ciencia? Pero la cuestión tiene también otro fundamento. Cuando se aprehende la interconexión, toda creencia teórica en la necesidad permanente de las condiciones existentes se derrumba antes de su colapso práctico. En este caso, por consiguiente, está en el interés de las clases dominantes perpetuar esta huera confusión. ¿Y para qué otro fin se les paga a estos charlatanes serviles que no saben procla-

mar otra cosa científica que en economía política no se debe pensar?

Pero *satis supraque*.\* De todas maneras esto muestra aquello a que han llegado a ser estos sacerdotes de la burguesía cuando obreros e incluso industriales y comerciantes entienden mi libro, mientras que esos “escribas” (!) se quejan de que exijo demasiado de su inteligencia.

★ *La Crítica de la Economía Política* de Marx (publicada en 1859), recibió muy poca atención del público.

La conspiración del silencio con que me honra la chusma literaria alemana, dándose cuenta de que los insultos no resolverán la cuestión, afecta desfavorablemente la venta de mis libros, aparte de la tendencia de mis obras,

le escribía a Kugelman el 28 de diciembre de 1862. Y aunque Marx y Engels esperaban un éxito especial con la publicación de *El Capital*, creían necesario preparar el terreno. De aquí que Engels escribiera reseñas del primer volumen de *El Capital* para una cantidad de diarios y periódicos, adaptándose en cada caso con gran habilidad a la característica y tendencia de la publicación; logró publicar estos artículos gracias a la ayuda de amigos del partido residentes en Alemania. (Ver *Marx-Engels Archiv*, Bd. II, 1927, en que se reproducen algunos de los artículos.)

BASTIAT, FRÉDÉRIC (1801-50). Economista vulgar y librecambista francés, “el representante más vacío y por ésto el de mayor éxito de los apologistas de la economía vulgar”. (Marx.)

FAUCHER, JULIUS (1820-78). Economista vulgar alemán, “un regular Münchhausen para mentir”, “un librecambista que ni siquiera sabe lo que es la burguesía”. (Marx.) Faucher escribió una reseña de *El Capital* en

\* Más que suficiente.

que infamaba a Marx diciendo que era un indigno discípulo de Bastiat.

### ENGELS A MARX

26 abril 1868.

La historia de la cuota de ganancia y el valor del dinero es muy hermosa y muy clara. Lo único que no veo claro es cómo puedes poner  $\frac{p}{c + v}$  como *cuota de ganancia*, ya que  $p$  no ingresa solamente en el bolsillo del industrial que la produce, sino que ha de repartirla con el comerciante, etc.; a menos que tú enfoques aquí toda la rama industrial en su conjunto, sin preocuparte de cómo se distribuye  $p$  entre el fabricante, el mayorista, el detallista, etc. Aguardo con gran interés tus explicaciones sobre este punto [...]. El escribir  $400 c + 100 v + 100 p$  es perfectamente correcto; es lo mismo que escribir  $400 \text{ £ } 3 \text{ s } 4 \text{ d } [...]$ .

### MARX A ENGELS

30 abril 1868.

Para el caso debatido, tanto da que  $p$  (la plusvalía) sea *cuantitativamente* mayor o menor que la plusvalía creada en la misma rama de producción. Por ejemplo, si

$\frac{100 p}{400 c + 100 v} = 20\%$  y, al disminuir en  $1/10$  el valor del

dinero, esto se convierte en  $\frac{100 p}{400 c + 110 v}$  (bajo el su-

puesto de que disminuya el valor del capital constante), es indiferente que el productor capitalista sólo se embolse la mitad de la plusvalía por él producida. Pues la cuota de ganancia será, para él, en este caso =  $\frac{55 p}{400 c + 110 v}$ ,

mayor que antes  $\frac{50 p}{400 c + 100 v}$ . Aquí, se conserva  $p$  para demostrar *cualitativamente*, en la misma fórmula, de dónde proviene la ganancia.

Sin embargo, es conveniente que tú conozcas el método de desarrollo de la cuota de ganancia. Te describiré, por tanto, en los rasgos *más generales*, la marcha de la cosa. Como sabes, en el Libro II se estudia el *proceso de circulación* del capital, bajo las premisas sentadas en el Libro I. Por tanto, las nuevas determinaciones de forma que brotan del proceso de circulación, tales como capital fijo y circulante, rotación del capital, etc. Finalmente, en el Libro I nos contentamos con admitir que, si en el proceso de valorización 100 Libras esterl. se convierten en 110, éstas *encuentran* ya en el mercado los elementos en que van a invertirse de nuevo. Pero ahora investigamos las condiciones de la existencia previa de estos elementos, o sea, la absorción social de los distintos capitales, de las partes del capital y de la renta del suelo (=  $p$ ) recíprocamente.

En el Libro III estudiamos la transformación de la plusvalía en sus distintas formas y partes integrantes, separadas las unas de las otras.

1. La *ganancia* no es para nosotros, por el momento, más que *otro nombre* u otra categoría de la *plusvalía*. Como la forma del salario hace creer que se paga todo el trabajo, la parte no retribuida de éste parece forzosamente algo que brota, no del trabajo sino del capital, y no de su parte variable, sino del capital global. Esto da a la *plusvalía* la forma de *ganancia*, sin distinción *cuantitativa* entre una y otra. No es más que la forma ilusoria de manifestarse la misma cosa,

Además, la parte de capital consumida en la producción de la mercancía (el capital empleado en su producción, el constante y el variable, *menos* la parte de capital *fijo* invertida pero no consumida) aparece ahora como el *precio de coste* de la mercancía, puesto que para el capitalista la parte del valor de la mercancía que a él le cuesta es *su* precio de coste, mientras que, desde *su* punto de vista, el trabajo no retribuido que la mercancía encierra no entra en el precio de coste. Ahora, la plusvalía = ganancia aparece como el *remanente de su precio de venta después de cubrir su precio de coste*. Si, por tanto, llamamos al valor de la mercancía  $V$  y a su precio de coste  $pc$ , tenemos que  $V = pc$ , por donde  $V - p = pc$ ; es decir, que  $V$  es mayor que  $pc$ . La nueva categoría del precio de coste es muy necesaria dentro del detalle de las investigaciones posteriores. Desde el primer momento resulta que el capitalista puede vender la mercancía con ganancia *por menos de su valor* (siempre y cuando que sea *por más* de su precio de coste), y ésta es la *ley fundamental* para comprender las compensaciones operadas por la concurrencia.

Por tanto, si la ganancia, por el momento, *sólo* se distingue de la plusvalía de un modo *formal*, la *cuota de ganancia* se distingue desde el primer momento de un modo real de la *cuota de plusvalía*, pues en un caso tenemos  $\frac{p}{v}$  y en el otro  $\frac{p}{c+v}$ , de donde resulta, desde luego, que  $\frac{p}{v}$  es mayor que  $\frac{p}{c+v}$ , que la cuota de ganancia es menor que la cuota de plusvalía, a menos que  $c = 0$ .

Sin embargo, teniendo en cuenta lo que se expone en el Libro II, se desprende que la cuota de ganancia no debe calcularse sobre un producto cualquiera, *v. gr.* sobre las mercancías producidas durante una semana, sino que aquí  $\frac{p}{v+c}$  significa la plusvalía producida *durante el año* en relación con el capital *deseñolsado* (a diferencia del

capital *revertido*) durante este año,  $\frac{p}{c+v}$  significa aquí, por tanto, la *cuota anual de ganancia*.

Luego, investigamos, en primer término, cómo la distinta *rotación* del capital (que, en parte, depende de la proporción entre el capital circulante y el capital fijo, en parte del número de rotaciones del capital circulante al cabo del año, etc., etc.), modifica la *cuota de ganancia*, *permaneciendo igual la cuota de plusvalía*.

Después, partiendo de la rotación y de  $\frac{p}{c+v}$  como cuota anual de ganancia, investigamos cómo ésta puede variar independientemente de los cambios operados en la cuota de plusvalía e incluso en su masa.

Como  $p$ , o sea, la masa de plusvalía, = *cuota de plusvalía multiplicada por el capital variable*, si llamamos  $p'$  a la cuota de plusvalía y  $g'$  a la cuota de ganancia, tendremos que  $g' = \frac{p' \cdot r}{c+v}$ . Tenemos aquí 4 magnitudes:  $g'$ ,  $p'$ ,  $v$  y  $c$ , con tres de las cuales podemos operar buscando la cuarta, que es la incógnita. Esto nos da todos los casos que pueden presentarse, en cuanto a las oscilaciones de la cuota de ganancia, en aquello en que difieren de las oscilaciones de la cuota y, hasta cierto punto, incluso de la masa de plusvalía. Para cuantos no han entendido esto, era, naturalmente, *inexplicable*.

Las leyes así descubiertas, muy importantes, por ejemplo, para llegar a comprender la influencia del precio de las materias primas sobre la cuota de ganancia, no dejan de ser exactas cualquiera que sea el modo cómo la plusvalía se distribuya luego entre el productor, etc. Esto sólo puede hacer variar la *forma de manifestarse*. Además, seguirán siendo *directamente* aplicable cuando  $\frac{p}{c+v}$  se considere como relación de la plusvalía socialmente producida con el capital social.

II. Lo que en I estudiábamos como *oscilaciones*, ya sea del capital de una determinada rama de producción, ya del capital social en su conjunto —oscilaciones que hacen variar su composición orgánica, etc.— se enfoca ahora como *diferencias* entre las *masas de capital invertidas* en las *distintas ramas de producción*.

Así planteada la cosa, tendremos que, suponiendo que la *cuota de plusvalía*, es decir, la explotación del trabajo, sea = la producción de valor, la producción de plusvalía, que vale tanto como decir la *cuota de ganancia*, *diferirá* en las *diferentes ramas de producción*. Pero la concurrencia se encarga de nivelar estas distintas cuotas de ganancia en torno a una cuota de ganancia media o general. Ésta, reducida a su expresión absoluta, no puede ser más que la *plusvalía* producida (anualmente) por la *clase capitalista* en proporción al capital desembolsado, en su volumen *social*. Por ejemplo, si el capital social =  $400 c + 100 v$  y la plusvalía anual producida por él =  $100 p$ , la composición del capital social será =  $80 c + 20 v$  y la del producto (en porcentaje) =  $80 c + 20 v + 20 p = 20\%$  de cuota de ganancia. Tal es la *cuota general de ganancia*.

El ideal de la concurrencia entre las distintas masas de capital alojadas en las distintas ramas de producción y con distinta composición orgánica, es el *comunismo capitalista*; es decir, un régimen en que la *masa de capital vinculada a cada rama de producción*, en la proporción en que representa una parte del capital global de la sociedad, obtenga una parte alícuota de la plusvalía global.

Ahora bien, esto sólo se consigue cuando en cada rama de producción (bajo el supuesto, de que partíamos más arriba, de que el capital global =  $80 c + 20 v$  y la cuota de ganancia social =  $\frac{20 p}{80 c + 20 v}$ ) las mercancías producidas durante el año se vendan al *precio de coste* + 20% de *ganancia sobre al capital desembolsado* (cualquiera que sea la parte del capital desembolsado que entre o no en el precio de coste anual). Pero, para esto la *deter-*

*minación del precio* de las mercancías tienen forzosamente que *diferir* de su *valor*. Solamente en aquellas ramas de producción en que la composición porcentual del capital es de  $80 c + 20 v$ , el precio *pc* (*precio de coste*) + 20% *sobre el capital desembolsado* coincide con su valor. Allí donde la composición es más alta (por ejemplo,  $90 c + 10 v$ ), este precio es *superior* a su valor, y donde la composición es más baja (por ejemplo,  $70 c + 30 v$ ) *inferior* a él.

El precio así nivelado, que distribuye por igual la plusvalía social entre las masas de capital en proporción a su magnitud, es el *precio de producción* de las mercancías, el centro en torno al cual giran las oscilaciones de los precios en el mercado.

Las ramas de producción en las que impera un *monopolio* natural se hallan sustraídas a este proceso de nivelación, aunque su cuota de ganancia sea superior a la social. Esto tiene su importancia, como más adelante veremos, para el desarrollo de la *renta del suelo*.

En este capítulo habrá que investigar, además, las diversas *causas de compensación* entre las distintas inversiones de capital, que al economista vulgar se le antojan otras tantas *causas de nacimiento* de la ganancia.

Asimismo, la *distinta forma de manifestarse* que revisten ahora las leyes sobre el valor y la plusvalía, leyes anteriormente investigadas y que conservan toda su vigencia, *después de la transformación de los valores en precios de producción*.

III. *Tendencia de la cuota de ganancia a decrecer a medida que progresa la sociedad*. Se desprende ya de lo expuesto en el libro I sobre los *cambios de composición del capital al desarrollarse la fuerza social productiva*. Es éste uno de los mayores triunfos logrados sobre el *pons asini* de toda la Economía anterior.

IV. Hasta aquí, sólo se ha tratado del *capital productivo*. Ahora, se introduce una modificación con el *capital comercial*,

Según el supuesto de que veníamos partiendo hasta aquí, el *capital productivo* de la sociedad = 500 (millones o miles de millones, para el caso es lo mismo). Con esta fórmula:  $400 c + 100 v + 100 p. g'$ , cuota general de ganancia, = 20%. Supongamos ahora que el capital comercial = 100.

Los 100 *p* deberán calcularse, ahora, sobre 600 y no sobre 500. Por tanto, la cuota general de ganancia se reduce del 20% al 16 2/3%. El *precio de producción* (para simplificar los cálculos, vamos a suponer que los 400 *c* entran en su totalidad, incluyendo por tanto todo el capital fijo, en el *precio de coste* de la masa de mercancías producidas anualmente) será ahora = 583 1/3. El comerciante vende por 600, y si prescindimos de la parte fija de su capital, realiza, de sus 100, el 16 2/3%, tanto como los capitalistas productivos; o, dicho en otros términos, se apropia 1/6 de la plusvalía social. Las mercancías se venden —en *masse* y sobre una escasa social— por su *valor*. Sus 100 Libras esterlinas (prescindiendo del capital fijo) sólo le sirven al comerciante como capital circulante en dinero. Lo que el comerciante se embolsa además de esto será, bien una estafa, bien el producto de una especulación sobre las oscilaciones de los precios de las mercancías, bien —si se trata de un simple detallista— un salario en forma de ganancia, aunque sea a cambio de un trabajo lamentablemente improductivo.

V. Ahora hemos reducido la ganancia a la forma bajo la que se presenta como algo prácticamente dado, al 16 2/3%, según nuestras premisas. *Queda el desdoblamiento de esta ganancia en beneficio industrial e interés. El sistema de crédito.*

VI. *Transformación de la ganancia extraordinaria en renta del suelo.*

VII. Llegamos, por fin, a las *formas externas* que sirven de punto de partida al economista vulgar: la renta del suelo, que brota de la tierra; la ganancia (interés), del capital; el salario, del trabajo. Pero, enfocada desde nuestro punto de vista, la cosa presenta ahora otro aspecto.

El movimiento aparente se aclara. Además, la tontería de A. Smith, convertida en *pedra angular* de toda la economía anterior, según la cual el precio de todas las mercancías está integrado por la suma de aquellas tres rentas, es decir, por el capital variable (el salario) y la plusvalía (renta del suelo, ganancia o interés), se viene a tierra. El movimiento de conjunto se esconde bajo esta forma aparente. Finalmente, como aquellas tres (salario, renta del suelo, ganancia o interés) constituyen las fuentes de rentas de las tres clases, o sean, los terratenientes, los capitalistas y los obreros asalariados, tenemos como final de todo la *lucha de clases*, adonde viene a desembocar todo el movimiento y que nos da la clave para acabar con toda esta basura [...].

## LA DOCTRINA ECONÓMICA DE MARX

V. I. LENIN

“La finalidad de esta obra —dice Marx en el prólogo a *El Capital*— es descubrir la ley económica que mueve la sociedad moderna”, es decir, la sociedad capitalista, la sociedad burguesa. La investigación de las relaciones de producción de una sociedad dada, históricamente determinada, el surgimiento, desarrollo y decadencia de ellas; tal es el contenido de la doctrina económica de Marx. En la sociedad capitalista impera la producción de *mercancías*; por eso Marx comienza con el análisis de la mercancía.

### EL VALOR

La mercancía es, primero, un objeto que satisface alguna necesidad humana. Segundo, un objeto susceptible de ser cambiado por otro. La utilidad de un objeto lo convierte en *valor de uso*. El valor de cambio (o, sencillamente, el valor) es, ante todo, la relación o proporción en que se cambia un determinado número de valores de uso de una clase. La experiencia diaria nos enseña que, a través de millones y miles de millones de actos de intercambio, se equiparan constantemente todo género de valores de uso, aun los más diversos y menos equiparables entre sí. ¿Qué es lo que tienen de común todos estos di-

versos objetos, que los hace equiparables a cada paso dentro de un determinado sistema de relaciones sociales? Tienen de común el ser *producto del trabajo*. Al intercambiar sus productos, los hombres equiparan las más diversas clases de trabajo. La producción de mercancías es un sistema de relaciones sociales en que los diversos productores crean distintos productos (división social del trabajo), y todos estos productos se equiparan los unos a los otros al ser intercambiados. Lo que, por tanto, se encierra de común en todas las mercancías no es el trabajo concreto de una determinada rama de producción, no es un trabajo de determinada especie, sino el trabajo humano *abstracto*, el trabajo humano en general. Todas las fuerzas de trabajo de una sociedad dada, representadas por la suma de valores de todas las mercancías, son una y la misma fuerza humana de trabajo; así lo patentizan miles de millones de actos de intercambio. Por consiguiente, cada mercancía por separado no representa más que una determinada parte del tiempo de trabajo *socialmente necesario*. La magnitud del valor se determina por la cantidad de trabajo socialmente necesario o por el tiempo de trabajo socialmente necesario para producir una determinada mercancía, un determinado valor de uso.

Al equiparar unos con otros sus diversos productos en el acto de intercambio, los hombres equiparan sus diversos trabajos como modalidades de trabajo humano. No lo hacen conscientemente, pero lo hacen.

El valor es, como dijo un viejo economista, una relación entre dos personas; pero debió añadir: una relación disfrazada bajo una envoltura material. Sólo desde el punto de vista del sistema de las relaciones sociales de producción de una determinada formación histórica de la sociedad, relaciones que, además, se manifiestan en el fenómeno masivo del intercambio, repetido millones y millones de veces, se puede llegar a comprender lo que es el valor.

Como valores, las mercancías no representan más que una determinada cantidad de tiempo de trabajo cuajado.

Después de analizar a fondo el doble carácter del trabajo materializado en las mercancías, Marx pasa al análisis de las *formas del valor y del dinero*. Marx se propone con esto, como misión fundamental, investigar el *origen* de la forma-dinero que reviste el valor, estudiar el *proceso histórico* de desarrollo del intercambio, comenzando por las operaciones aisladas y fortuitas de trueque (“forma simple, aislada o casual de valor”, en que una determinada cantidad de una mercancía se cambia por una determinada cantidad de otra mercancía), hasta remontarse a la forma general del valor, en que toda una serie de diversas mercancías se cambian por otra determinada y concreta, siempre la misma, y llegar a la forma-dinero del valor, en que el papel de esta mercancía, o sea el papel de equivalente general, ya corresponde al oro. El dinero, como producto supremo del desarrollo del cambio y de la producción de mercancías, disfraza y encubre el carácter social de los trabajos privados, la concatenación social existente entre los diversos productores, a quienes sirve de lazo de unión el mercado. Marx somete a un análisis extraordinariamente detallado las diversas funciones del dinero, debiendo advertirse, pues tiene gran importancia, que en este caso (como en todos los primeros capítulos de *El Capital*) la forma abstracta y que parece a veces puramente deductiva, empleada por el autor, representa en realidad un gigantesco material de hechos sobre la historia del desarrollo del cambio y de la producción de mercancías.

El dinero presupone un cierto nivel de desarrollo del intercambio de mercancías. Las diversas formas del dinero —simple equivalente de mercancías o medio de circulación, medio de pago, atesoramiento y dinero mundial— señalan, según el distinto

volumen y el predominio relativo de una u otra función, etapas muy distintas del proceso social de producción (*El Capital*, tomo I).

## LA PLUSVALIA

Al alcanzar la producción de mercancías un determinado grado de desarrollo, el dinero se convierte en capital. La fórmula de la circulación de mercancías era: M (mercancía)—D (dinero)—M (mercancía), es decir, venta de una mercancía para comprar otra. La fórmula general del capital es, por el contrario: D—M—D, es decir, compra para vender (con ganancia). Marx llama plusvalía a este incremento del valor inicial del dinero puesto en circulación. El que el dinero puesto en circulación capitalista “crece” es un hecho conocido por todo el mundo. Este “incremento” es precisamente lo que convierte el dinero en *capital*, como una peculiar relación social de producción históricamente determinada. La plusvalía no puede surgir de la circulación de mercancías, pues este régimen sólo admite el intercambio de equivalentes; ni puede surgir tampoco de un recargo de los precios, pues las ganancias y las pérdidas recíprocas de compradores y vendedores se compensarían, sino que se trata precisamente de un fenómeno masivo, medio, social, y no de un fenómeno individual. Para obtener plusvalía, “el poseedor de dinero necesita encontrar en el mercado una mercancía cuyo valor de uso posea la peculiar cualidad de ser fuente de valor”; es decir, una mercancía cuyo proceso de consumo sea, al mismo tiempo, proceso de creación de valor. Y esta mercancía existe: es la fuerza de trabajo del hombre. Su utilización es el trabajo, y el trabajo crea el valor. El poseedor de dinero compra la fuerza de trabajo por su valor, valor que, como el de cualquier otra mercancía, se determina por el tiempo de trabajo socialmente necesario, necesario para su producción (es decir, por el coste de la manutención del obrero y su familia). El poseedor

del dinero que compra la fuerza de trabajo tiene el derecho a consumirla, es decir, a ponerla a trabajar durante un día entero, digamos durante doce horas. Pero el obrero crea en el transcurso de seis horas (tiempo de trabajo "necesario") un producto que basta para reponer su sustento, y durante las seis horas restantes (tiempo de trabajo "suplementario") crea un producto "suplementario" o plusvalía que el capitalista no le retribuye. Por consiguiente, en el capital, desde el punto de vista del proceso de producción, hay que distinguir dos partes: el capital constante, invertido en medios de producción (máquinas, instrumentos de trabajo, materias primas, etc.) —y cuyo valor se transfiere íntegramente (de una vez o en partes) al producto elaborado— y el capital variable, que es el que se invierte en fuerza de trabajo. El valor de este capital no permanece invariable, sino que se incrementa en el proceso de trabajo, creando la plusvalía. Por tanto, si queremos expresar el grado de explotación de la fuerza de trabajo por el capital, tenemos que comparar la plusvalía obtenida, no con el capital global empleado en la empresa, sino con el capital variable exclusivamente. La norma de plusvalía, como Marx llama a esta relación, sería, pues, en nuestro ejemplo de 6:6, es decir, del 100 por ciento.

Las premisas históricas de surgimiento del capital son: primera, la acumulación de determinadas sumas de dinero en manos de ciertas personas, con un nivel de desarrollo relativamente alto en la producción de mercancías en general; segunda, la existencia de obreros "libres" en un doble sentido: libres de todas las trabas o restricciones puestas a la venta de la fuerza de trabajo y libres de tierra y en general de medios de producción, de obreros sin dueño, de "proletarios" que no tengan con qué vivir de no vender su fuerza de trabajo.

El aumento de la plusvalía es posible por medio de dos procedimientos fundamentales: el de prolongar la jornada de trabajo («plusvalía absoluta») y el de reducir a jornada necesaria de trabajo («plusvalía relativa»). Ana-

lizando el primer método, Marx hace desfilar ante nosotros el grandioso panorama de las luchas reñidas por la clase obrera para reducir la jornada de trabajo y de las intervenciones del Poder público, primero para prolongarla (siglos xiv a xvii) y luego para reducirla (legislación fabril del siglo xix). Después de la aparición de *El Capital*, la historia del movimiento obrero de todos los países civilizados del mundo ha aportado millares y millares de nuevos hechos que enriquecen este panorama.

En su análisis de la producción de la plusvalía relativa, Marx investiga las tres etapas históricas fundamentales del aumento de la productividad por el capitalismo: 1ª, cooperación simple; 2ª, división del trabajo y manufactura; 3ª, maquinaria y gran industria. En las investigaciones acerca de la industria rusa llamada "artesana", que aporta abundantísimo material para ilustrar las dos primeras etapas históricas mencionadas, se ve claramente, como en otros casos, cuán profundamente Marx pone aquí al descubierto los rasgos fundamentales y típicos del desarrollo del capitalismo. Además, el medio siglo transcurrido desde entonces ha venido a revelar, en toda una serie de países "nuevos" (Rusia, el Japón, etc.), el efecto revolucionador de la gran industria mecánica, descrito por Marx en el año 1867.

Continuemos. Importantísimo y nuevo es, en la obra de Marx, el análisis de la *acumulación del capital*, es decir, de la transformación de una parte de la plusvalía en capital, y de la aplicación de esta parte no a satisfacer las necesidades personales o los caprichos del capitalista, sino a fomentar la nueva producción. Marx pone de relieve el error de toda la Economía política precedente, de la Economía política clásica (comenzando por Adam Smith), que suponía que toda la plusvalía convertida en capital pasaba al capital variable, cuando en realidad, ella se descompone en *medios de producción* más capital variable. Tiene enorme importancia en el proceso de desarrollo del capitalismo y de su transformación en socialismo el que la parte del capital constante (en la suma global de ca-

pital) crezca más rápidamente que la parte del capital variable.

La acumulación del capital, al acelerar el desplazamiento de los obreros por la maquinaria, produciendo en uno de los polos riqueza y en el polo opuesto miseria, crea también el llamado «ejército obrero de reserva», el “exceso relativo” de obreros o “superpoblación capitalista”, que reviste formas extraordinariamente diversas y permite al capital ampliar con extraordinaria rapidez la producción. Esta posibilidad, relacionada con el crédito y la acumulación de capital en medios de producción, nos da, entre otras cosas, la clave para la comprensión de *las crisis* de superproducción que estallaban periódicamente en los países capitalistas, al principio cada diez años por término medio y luego en intervalos de tiempo más prolongados y menos determinados. De la acumulación del capital sobre la base del capitalismo hay que distinguir la llamada acumulación primaria: separación violenta del obrero de los medios de producción, expulsión del campesino de la tierra, robo de las tierras comunales, el sistema colonial, el de la deuda pública, los aranceles aduaneros proteccionistas, etc. La «acumulación primaria» crea en un polo el proletario “libre” y en el otro el poseedor del dinero, el capitalista.

Marx caracteriza la “*tendencia histórica de la acumulación capitalista*” con las célebres palabras siguientes:

La expropiación de los productores directos se lleva a cabo con el más despiadado vandalismo y bajo la presión de las pasiones más infames, ruines, mezquinas y furiosas. La propiedad privada, fruto del propio esfuerzo [del campesino y del artesano] y basada, por decirlo así, en la ligazón del trabajador aislado e independiente a sus herramientas y medios de trabajo, es desalojada por la propiedad privada capitalista, basada en la explotación de la fuerza de trabajo ajeno, aunque formalmente libre... Hoy ya no se trata de expropiar al obrero que trabaja por su

cuenta, sino al capitalista explotador de gran número de obreros. Y esta expropiación se realiza por el juego de las leyes inmanentes de la propia producción capitalista, por medio de la centralización de capitales. Un capitalista liquida a otros muchos. Y a la par con esta centralización o expropiación de muchos capitalistas por unos pocos, se desarrolla la forma cooperativa del proceso de trabajo en proporciones cada vez más amplias y grandes: la aplicación técnica y consciente de la ciencia; la explotación sistemática de la tierra; la transformación de los instrumentos de trabajo en tales instrumentos de trabajo que sólo permitan una utilización colectiva; economía de todos los medios de producción empleándolos como medios de producción de un trabajo social, combinado; entrelazamiento de todos los pueblos por la red del mercado mundial y, con ello, el carácter internacional del régimen capitalista. Junto a la disminución constante del número de magnates del capital, que usurpan y monopolizan todas las ventajas de este proceso de transformación, crece la masa de la miseria, de la opresión, del esclavizamiento, de la degeneración y de la explotación, pero crece también la rebeldía de la clase obrera, cada vez más numerosa, que se instruye, une y organiza por el mecanismo del propio proceso capitalista de producción. El monopolio del capital se convierte en traba del modo de producción que ha florecido con él y gracias a él. La centralización de los medios de producción y el carácter social del trabajo llegan a un punto en que son ya incompatibles con su envoltura capitalista. Esta salta hecha añicos. Ha sonado la hora de la muerte de la propiedad privada capitalista. Los expropiadores son expropiados (*El Capital*, Tomo I).

Es sumamente importante y nuevo el análisis hecho por Marx más adelante, en el tomo II de *El Capital*, de la reproducción del capital global de la sociedad. También

aquí Marx no analiza un fenómeno aislado, sino masivo; no una parte fragmentaria de la economía de la sociedad, sino toda la economía en conjunto. Al corregir el error de los clásicos señalado más arriba, Marx divide toda la producción social en dos grandes sectores: 1) producción de medios de producción y 2) producción de objetos de consumo. Y, con las cifras tomadas por él como ejemplo, analiza minuciosamente la circulación del capital social en conjunto, tanto en la reproducción en la escala anterior, como en la acumulación.

En el tomo tercero de *El Capital* se resuelve el problema de la formación de una cuota media de ganancia sobre la base de la ley del valor. El gran avance de la ciencia económica, representado por Marx, reside en que parte siempre en sus análisis de los fenómenos económicos masivos, de todo el conjunto de la economía social y no de casos aislados o de la superficie exterior de la concurrencia, a la que a menudo suele limitarse la Economía política vulgar o la moderna "teoría de la utilidad-límite". Marx comienza analizando el origen de la plusvalía, para luego ver cómo se descompone en ganancia, interés y renta del suelo. La ganancia es la relación que guarda la plusvalía con el capital global invertido en una empresa. El capital de «composición orgánica elevada» (es decir, en el que el capital constante predomina sobre el capital variable en proporciones superiores a la media social) arroja una cuota de ganancia inferior a la media; capitales de «composición orgánica baja», por el contrario, rinden una cuota de ganancia superior a la media. La concurrencia entre los capitales, su paso libre de unas ramas de producción a otras, hacen que, tanto en uno como en otro caso, la cuota de ganancia sea la media. La suma de valores representados por todas las mercancías de una sociedad dada coincide con la suma de precios de estas mercancías; pero en determinadas empresas y ramas de producción las mercancías, bajo la presión de la concurrencia, se venden no por su valor, sino por su *coste de*

*producción*, que equivale al capital invertido más la ganancia media.

De esta manera, el hecho indiscutible y conocido por todo el mundo de que los precios difieran de los valores y de que las ganancias se nivelan, llega a ser plenamente explicado por Marx sobre la base de la ley del valor, pues la suma de los valores de todas las mercancías coincide con la suma de sus precios. Sin embargo, la reducción del valor (social) a los precios (individuales) no se realiza de un modo simple y directo, sino por caminos muy complicados: es completamente natural que en una sociedad de productores de mercancías diseminados, entre los que no existe más lazo de unión que el mercado, las leyes que la rigen no pueden manifestarse más que como leyes medias, sociales, masivas al neutralizarse mutuamente las desviaciones individuales acusadas en uno u otro sentido.

El aumento de la productividad del trabajo significa un crecimiento más rápido del capital constante en comparación con el variable. Pero, como la plusvalía es función privativa de éste, es comprensible que la cuota de ganancia (o sea, la relación de la plusvalía con el capital total y no sólo con su parte variable) tienda a disminuir. Marx analiza detenidamente esta tendencia, y la serie de circunstancias que la ocultan o la contrarrestan.

Sin detenernos a exponer los capítulos, extraordinariamente interesantes, del tomo tercero, que tratan del capital usurario, comercial y financiero, pasaremos a lo más importante: la teoría de la *renta de la tierra*. El coste de producción de los productos agrícolas, debido a la limitación de la superficie de tierra, que en los países capitalistas está toda ocupada por propietarios individuales, se determina por los gastos de producción, no en la tierra de calidad media, sino en la peor, no ateniéndose a las condiciones medias en que el producto es puesto en el mercado, sino a las peores. La diferencia existente entre este precio y el de producción en la tierra mejor (o en condiciones mejores de producción), constituye la renta

*diferencial*. Al analizar en detalle la renta diferencial, demostrando que esta renta brota de la diferencia de fertilidad entre unas y otras tierras, de la diferencia de volumen del capital invertido en la producción agrícola, Marx descubre totalmente (véanse también las *Teorías sobre la plusvalía*, donde merece especial atención la crítica de Rodbertus) el error de Ricardo, de que la renta diferencial se obtiene sólo de la transición sucesiva de tierras mejores a peores. Por el contrario, se dan casos de transición a la inversa, la transformación de una clase determinada de tierra en otra (gracias a los progresos experimentados por la técnica agrícola, a la expansión de las ciudades, etc.), por lo que la famosa "ley del rendimiento decreciente de la tierra" es un profundo error, un intento de cargar sobre los hombros de la naturaleza los defectos, las limitaciones y las contradicciones del capitalismo. Además, la igualdad de ganancias en todas las ramas de la industria y de la economía nacional presupone la plena libertad de concurrencia, la libertad de transferir el capital de una rama de producción a otra. Pero la propiedad privada sobre la tierra crea un monopolio, un obstáculo a esta libre transferencia. A causa de este monopolio, los productos de la economía agrícola, que se caracteriza por una composición más baja del capital y, consiguientemente, por una cuota individual más alta de ganancia, no entran en el proceso totalmente libre de nivelación de las cuotas de ganancias. El propietario de la tierra, como monopolista que es, puede mantener sus precios por encima del nivel medio, y este precio de monopolio engendra la *renta absoluta*. La renta diferencial no puede ser suprimida mientras exista el capitalismo; en cambio, la renta absoluta *puede* serlo; por ejemplo, nacionalizando la tierra, convirtiéndola en propiedad del Estado. Esta medida socavaría el monopolio de los propietarios privados y representaría una aplicación más consecuente y plena de la libre concurrencia en la agricultura. Por eso, los burgueses radicales, como señala Marx, aparecen no pocas veces en la historia con esta progresiva reivindicación bur-

guesa de nacionalización de la tierra, la cual asusta, sin embargo, a la mayoría de la burguesía, pues “afecta” demasiado de cerca a otro monopolio particularmente importante y “sensible” en nuestra época: al monopolio de los medios de producción en general. (El propio Marx expone de un modo maravillosamente popular, conciso y claro su teoría de la ganancia media sobre el capital y de la renta absoluta del suelo en la carta a Engels del 2 de agosto de 1862. Véase *Correspondencia*, t. III, pp. 77-81 y consúltese también en las pp. 86-87 la carta del 9 de agosto de 1862.) Para la historia de la renta de la tierra es importante remitirse al análisis de Marx, quien demuestra cómo la renta en trabajo (cuando el campesino crea el plusproducto trabajando en la tierra del terrateniente) se convierte en renta natural o renta en especie (cuando el campesino crea plusproducto en su propia tierra entregándoselo luego al terrateniente en virtud de una “coacción extraeconómica”) y, más tarde, en renta en dinero (que es la misma renta en especie, sólo que pagada en metálico, el “obrok” de la antigua Rusia, impuesta por el desarrollo de la producción de mercancías) y por último en la renta capitalista, cuando el puesto del campesino lo ocupa el empresario en la agricultura, que explota la tierra con ayuda del trabajo asalariado.

En relación con este análisis de la “génesis de la renta capitalista de la tierra”, hay que señalar toda una serie de ideas muy agudas (y de particular importancia para países atrasados, como Rusia) expuestas por Marx acerca de la *evolución del capitalismo en la agricultura*.

La transformación de la renta en especie en renta en dinero no sólo va acompañada necesariamente, sino que incluso va precedida de la formación de una clase de jornaleros desposeídos, que se ajustan por dinero. En el periodo de aparición de esta clase, cuando todavía sólo se manifiesta esporádicamente entre los campesinos más acomodados, obligados a pagar renta, va desarrollándose, como es lógico, la

costumbre de explotar por su cuenta a jornaleros agrícolas, exactamente del mismo modo que en tiempos del feudalismo los campesinos pudientes, sujetos a la servidumbre, tenían a su vez siervos. De este modo, va desarrollándose poco a poco, entre otros campesinos, la posibilidad de acumular un cierto patrimonio y convertirse en futuros capitalistas. Entre los antiguos poseedores de la tierra, que la trabajan ellos mismos, surge, por consiguiente, un semillero de arrendatarios capitalistas, cuyo desarrollo está condicionado por el desarrollo general de la producción capitalista fuera de la agricultura (*El Capital*, t. III, 2ª parte, p. 332)... La expropiación y el éxodo de una parte de la población rural no sólo “libera” y pone a disposición del capital industrial a los obreros, sus medios de vida y sus herramientas de trabajo, sino que crea también el mercado interior (*El Capital*, t. I, 2ª parte, p. 778).

La depauperación y la ruina de la población rural crea, a su vez, un ejército obrero de reserva para el capital. En cada país capitalista,

una parte de la población rural se encuentra, por lo tanto, consecuentemente en el trance de convertirse en proletarios urbanos o de la manufactura (es decir, no agrícolas). Esta fuente de superpoblación relativa fluye, pues, constantemente... El obrero del campo se ve reducido al salario mínimo: vive siempre con un pie en el pantano del pauperismo (*El Capital*, t. I, 2ª parte, p. 668).

La propiedad privada del campesino sobre la tierra que cultiva es la base de la pequeña producción y la condición para que ésta florezca y adquiera una forma clásica. Pero esta pequeña producción sólo es compatible con un régimen de producción y de sociedad de límites estrechos y primitivos. Bajo el capitalismo,

la explotación de los campesinos se distingue de la

explotación del proletariado industrial sólo por la forma. El explotador es siempre el mismo: el capital. Individualmente los capitalistas explotan a los campesinos por medio de las hipotecas y de la usura; la clase capitalista explota a la clase campesina por medio de los impuestos del Estado (*La lucha de clases en Francia*). La parcela del campesino no es más que el pretexto que permite al capitalista extraer de la tierra ganancia, renta e intereses, dejando al campesino que se las arregle como pueda para arrancar de ella su salario.

Por lo general, el campesino entrega a la sociedad capitalista, es decir, a la clase capitalista, incluso una parte de su salario, descendiendo “hasta el nivel del colono irlandés, si bien, en apariencia, es propietario” (lugar citado). ¿En qué estriba “una de las causas de que en países donde predomina la pequeña propiedad campesina, el precio de los cereales sea más bajo que en los países en que impera el régimen capitalista de producción”? (*El Capital*, t. III, 2ª parte, p. 340.) En que el campesino entrega gratuitamente a la sociedad (es decir, a la clase capitalistas) una parte de plusproducto.

Estos precios bajos (el de los cereales y otros productos agrícolas) son, por tanto, resultado de la pobreza de los productores y en ningún caso de la productividad de su trabajo (lugar citado).

Bajo el capitalismo, la pequeña propiedad de la tierra, forma normal de la pequeña producción, degenera, se destruye, perece.

La pequeña propiedad de la tierra, por su naturaleza, excluye: el desarrollo de las fuerzas sociales productivas del trabajo, las formas sociales del trabajo, la concentración social de los capitales, la ganadería en gran escala y la aplicación progresiva de la ciencia. La usura y el sistema fiscal la lleva por doquier, de modo inevitable, a la ruina. El capital invertido

en la compra de la tierra es capital que se sustrae al cultivo de ésta. Dispersión infinita de los medios de producción y disgregación de los productores mismos. (La cooperación, es decir, las asociaciones de pequeños campesinos, al desempeñar un papel progresista burgués extraordinario, sólo consigue atenuar esta tendencia, pero sin llegar a destruirla; no se debe olvidar tampoco que estas cooperativas dan mucho a los campesinos acomodados, y muy poco, casi nada, a la masa de campesinos pobres, ni debe olvidarse tampoco que las propias cooperativas se convierten en explotadoras de trabajo asalariado.) “La inmensa dilapidación de energía humana, el empeoramiento progresivo de las condiciones de producción y el encarecimiento de los medios de producción”, son “las leyes de la propiedad parcelaria”.

El capitalismo, tanto en la agricultura como en la industria, transforma el proceso de producción sólo a costa del “martirio de los productores”.

La dispersión de los obreros del campo en grandes extensiones de terreno rompe su fuerza de resistencia, mientras que la concentración aumenta la fuerza de los obreros de la ciudad. En la agricultura moderna, como en la industria, el aumento de la fuerza productiva del trabajo y su mayor movilidad se consiguen a costa de la destrucción y agotamiento de la propia fuerza de trabajo. Además, cada progreso de la agricultura capitalista es no sólo un progreso en el arte de expoliar al obrero, sino también en el arte de expoliar a la tierra. . . Por consiguiente, la producción capitalista sólo desarrolla la técnica y la combinación del proceso social de producción, mirando al mismo tiempo las fuentes de todas las riquezas: la tierra y el obrero (*El Capital*, t. I, final del capítulo 13).



Este libro se terminó de imprimir el día 19 de agosto de 1977, en los talleres de la Editorial Libros de México, S. A., Av. Coyoacán 1035, México 12, D. F. Su tiro consta de 3 000 ejemplares.

**Marx como economista es el tema propuesto y desarrollado por el profesor Maurice Dobb en una de sus más célebres conferencias, incluida en este volumen; es también el hilo temático que vincula a los distintos trabajos que lo acuerpan.**

**Los textos de Dobb nos muestran, a partir de un enfoque a la vez didáctico y ameno, la gestación de un pensamiento económico y político rigurosamente científico —el marxista—, construido en el curso de una intensa lucha ideológica contra las concepciones propias de la economía política “clásica”, inexactas y deformantes de la realidad a causa de su apego y defensa de los valores e intereses hegemónicos en la sociedad burguesa.**

**Dicha polémica fue reseñada en lo sustancial en la Correspondencia de K. Marx con F. Engels y L. Kugelmann, algunas de cuyas cartas se incluyen aquí a manera de apéndice —con intención de arrojar más luz sobre las ponencias de Dobb—, lo mismo que otros textos de Marx y V. I. Lenin sobre el Método de la economía política, en los que pareciera concepción materialista.**

BIBLIOTECA "MTRÓJES

HB 97



1112

**EDITORIAL NUESTRO TIEMPO**